

# CÁZAME SI PUEDES

*La Cayafortunas*



*¿Te atreves a jugar al gato y el ratón?*

EVA RIVER

CÁZAME SI PUEDES  
EVA RIVER

© 2015, Eva River  
Todos los derechos reservados.

# *Tabla de Contenido*

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

[19](#)

[20](#)

[21](#)

## *Prólogo*

Samuel miró a su hermano directamente a los ojos, con una mirada seria, mientras negaba con la cabeza.

—Lo has hecho de nuevo. Me gustaría que entendieras que no puedo estar resolviéndote la vida a diario —dijo.

—Yo no te pedí que lo hicieras...

—¡No puedo permitir que mi hermano esté preso en cualquier calabozo con prostitutas y drogadictos!

—Son gente muy agradable, ¡si supieras!

—¿Cuándo vas a madurar?

—Quizá cuando sea una fruta, ¿eh?

—Maldición, Jake —aulló—. No puede ser tan difícil no meterse en problemas durante alguna temporada. Mamá estaba de los nervios y papá... ya sabes.

—Basta, Samuel. Sólo fue una maldita pelea en un bar... Esos polis siempre exageran las cosas. Además, deberías estar orgulloso de mí.

—Samuel lo miró con absoluta indignación—. Tío, un tipo enorme estaba golpeando a una chica, yo no iba a permitir algo así.

—Y me imagino que no podías ayudar sin destrozar la propiedad privada, crear desorden público y atentar con la seguridad de un montón de personas.

—Vale, lo admito, la situación se descontroló un poco. Pero no es para

tanto...

—Sí es para tanto. Es la sexta vez en este año en que te saco de la cárcel y apenas estamos en mayo.

—Te pagaré cada maldita fianza, ¿de acuerdo?

—No es el dinero lo que me preocupa, es tu actitud, tu inmadurez, tienes más de treinta...

Jake suspiró y esperó a que su hermanito mayor terminara con la misma cantaleta de siempre. Que no tenía estudios, que no tenía ningún trabajo honorable, que vivía de excesos a costillas de su familia, que era el ser más irresponsable que conocía y que básicamente era un crío al que ya empezaban a marcársele las patas de gallo.

Samuel era la versión completamente distinta de su hermano. Un hombre de éxito que había labrado una gran fortuna gracias a su empresa de seguridad informática, una de las más reconocidas de los Estados Unidos; además era un hombre serio y responsable.

—¿Qué es esto? —preguntó Jake, interrumpiendo la perorata del otro y tomando una llamativa invitación del escritorio de su hermano.

—Una de esas estupideces de Vacaciones Venus.

—Joder, tío. ¿Estás buscando esposa?

—Por supuesto que no. Esa gente sólo pretende embaucarme y se encargan cada año de enviar una invitación, como si yo fuera a participar en semejante sandez.

—Oye, pero debe haber tías buenas.

—Son puras cazafortunas...

—Eso está claro, pero no por ello dejan de ser bellas. Mira, faltan dos meses. Vaya, ¿por qué no vas?

—¿Estás loco? Esas mujeres no se diferencian demasiado de una prostituta, sólo que sus ganancias van mucho más allá y la compañía te saca hasta los órganos más vitales por estar un mes en su hotel para que te roben la fortuna. Ni loco participaría en algo así.

—No hablo de que te cases, Samuel. Sólo diversión. ¿Sabes?, estaría genial beneficiarse de ellas. No creo que seas tan tonto como para desaprovechar semejante oportunidad de tener un montón de mujeres a tus pies. Un mes rodeado de bellezas y luego te las sacudes y ya está.

—¿Crees que yo soy como tú?

—Recuerdo que hace algunos años lo eras, tío. Fuiste mi mentor, de hecho.

—Era demasiado joven y estúpido...

—Vamos, no tienes nada que perder. Siempre tomas tus vacaciones en julio...

—Mis vacaciones ya están planeadas.

—¿Ah, sí, adónde?

—Voy a Egipto a...

—Dios, eres tan aburrido, Sam. Apostaría cualquier cosa a que vas solo.

—¡No tiene nada de malo ir solo!

—Claro que lo tiene si cada jodido año es así y si tienes una vida social comparada a la de un oso en invierno, si estás podrido en dinero

y puedes pagar el maldito hotel, si tienes dos años de no salir con una chica... Por Dios, comparar Egipto con un hotel lleno de jovencitas dispuestas a hacer lo que sea por ti... ni siquiera tendrás competencia, los demás serán puros viejos... A veces dudo que seas mi hermano.

Dos veces al año un grupo de personas de la Compañía Venus se encargaba de contactar a los solteros más adinerados del país para invitarlos a sus famosas vacaciones. En pleno 2015 ya nadie se andaba con rodeos y no era cosa de sorprender un evento semejante a este. La logística era sencilla. La compañía contactaba a los solteros y solteras, generalmente personas de mediana edad con cuentas de muchísimos ceros, y les ofrecían unas vacaciones exclusivas de un mes en su hotel en California donde encontrarían al amor de sus vidas. Mientras por otra parte recibían solicitudes de mujeres y hombres entre veinticinco y treinta años dispuestos a emprender el mismo viaje y conquistar alguna billetera.

Al Hotel Venus le solían llamar «hotel de solteros». En él sólo había espacio para cien personas, cincuenta millonarias y cincuenta cazafortunas, todas y cada una de ellas muy bien analizadas. Los y las cazafortunas eran personas académicamente preparadas, de gran belleza y buenos modales; debía ser así para que el evento fuera un éxito, con ello la mercancía se hacía muy apetecible para quien estaba dispuesto a ofrecer su fortuna a cambio de una muy buena compañía.

Sophia por poco y perdió la compostura cuando vio el remitente del sobre: Venus Company. Sus manos temblaban al abrir el sobre y la

garganta se le secaba en exceso.

—Madre, me va a matar de los nervios —le dijo Julia—. ¿Qué dice, qué dice?

—Cálmate, querida, que me pones más nerviosa. —Sus ojos bailaron de oeste a este a través del papel mientras leía la carta—. Oh, Dios mío, Julia, ¡has sido aceptada! Por fin pondrás en práctica todo lo que te he enseñado.

Julia sonrió con nerviosismo y no pudo evitar morderse el labio inferior.

—¡Deja de hacer esa obscenidad, Julia! Me pones enferma cada vez que sales con alguna de tus vulgaridades. No podrás hacer eso en el hotel o de lo contrario ninguno de esos hombres apostará por ti. ¡Serás la vergüenza!

—Lo siento, madre. Por supuesto que no volverá a suceder.

—Eso espero. He trabajado mucho para pulirte y convertirte en el mejor trofeo, no puedes echarlo a perder.

Julia quiso arrugar el ceño y recordarle a su madre que ese «trabajo» sólo había consistido en órdenes y regaños mientras que la que había hecho y pagado todo y seguiría haciendo todo era ella.

—No va a suceder así. Regresaré con un diamante en mi anular y tendremos la vida de reinas que merecemos.

—Bien. Sólo quedan dos semanas para que empiece todo. Tenemos que tener calma. Contrataré a un entrenador personal y a un estilista. Además, debemos ir a la biblioteca, debes releerte los clásicos.

—Mamá...

—¡No me llames así!

—Disculpe, madre... Creo que es innecesario. Me mato cada día haciendo dietas y ejercicio y esos libros ya me los he leído al menos tres veces...

—No digas tonterías. Esos viejos sólo saben hablar de libros... Además, necesitas saber más de deportes, política, cultura general..., oh, no olvidemos la música clásica y visitar la ópera y el teatro este fin de semana. Quizá deberías retomar tus clases de piano y pintura. Hay tanto por hacer...

—Madre...

—¡Silencio! ¿Es que no entiendes que debes ser la mujer perfecta? No soportaría que pierdas tu oportunidad, hemos esperado cada día a que cumplieras los veinticinco años y a que Venus te aceptara, no me puedes fallar. Sería un fracaso estrepitoso si regresas como una mujer soltera, todas nuestras amigas se burlarían de ti y recuérdalo: viviríamos en la miseria, entre gente vulgar, sin ningún lujo. Lo hemos apostado todo y nuestra única opción es ganar.

—Lo que usted diga. Siento haberla interrumpido.

Loren abrió la puerta e inmediatamente se encandiló con la sonrisa de su sobrina.

—Tía, me han aceptado en Venus —chilló Julia.

—Jul, cariño, ni que te estuvieran dando una beca de arte en Italia.

—¡No seas así!

Julia entró al piso de su tía y se repantigó en el sofá rojo pecado de la

sala de estar. Si Sophia la hubiera visto habría pegado el grito en el cielo.

—Cielo, sabes que a mí no me gusta en absoluto ese evento. No consigo entender por qué demonios tienes que venderte de esa manera. Tú, tú...

—Yo, yo... Yo creí que te gustaría verme feliz. Sabes el montón de cosas que he hecho para poder ser una buena candidata y conseguir mi meta. Ahora estoy muy cerca...

—¿Tú meta? Esa es la meta de la perra de tu madre.

—¡Tía!

Loren era una mujer exótica. A sus cincuenta años tenía una melena roja hasta el final de la espalda, unas cejas oscuras con arcos infinitos que casi tocaban el cielo, unos labios del rojo más apasionado del universo y un closet lleno de prendas coloridas de esas que hasta en la luna se ven. Además, tenía una carcajada estrepitosa, una legua pérfida y una forma de vivir excitante. Exactamente todo lo que Julia había aprendido a no ser, porque eso no era otra cosa que vulgaridad, decía su madre.

Por supuesto Sophia no soportaba a su cuñada y viceversa.

—Jul, eres una mujer capaz. Joder, que no necesitas perseguir a un viejo decrépito sólo por su cuenta bancaria. Eres una jodida cirujana, podrías conseguir perfectamente un trabajo y labrarte una vida independiente, divertirte, pagar tus propias bragas, financiar tus borracheras, invitar a cenar a un guaperas, enamorarte, tener un montón de pequeños demonios, engordarte un poco...

—¡Dios! No continúes. Yo no soy así, ni lo voy a ser nunca. ¿Trabajar?

¿Amor? Tía, ambas sabemos que eso no existe.

—Muchas personas del mundo trabajan y otra buena parte buscan trabajo.

—¡Los pobres! Pero no hablaba de eso, sino del amor.

—Dios mío, pero que chica tan tonta.

Julia adoraba a su tía, pero en momentos como esos no podía evitar darle razón a su madre.

—Tía Loren, ¿dónde está tu amor? Porque hasta donde sé no tienes ninguno...

Loren la fulminó con la mirada.

—Tú no sabes un carajo de la vida, niñita. Pero un día te vas a arrepentir de haberle hecho caso a tu madre, comprobarás que tus manicuras de cuatrocientos cincuenta dólares no van a hacerte feliz, no van a convertirte en ninguna persona inolvidable y valiosa para el mundo.

Aunque Julia chasqueó la lengua con insolencia y puso los ojos en blanco, en su interior sintió que el corazón se le hacía un puño. Su tía la había molestado con reprimendas de ese tipo durante toda la vida, pero por otra parte su madre decía todo lo contrario.

Ella no conocía otro objetivo más en su vida que convertirse en el trofeo perfecto para conseguir un marido millonario.

Cuando Ethan Lambert, su padre, murió Julia tan sólo tenía trece años y no había vivido gran cosa, sin embargo, había tenido una vida normal. Pero tras la muerte de su padre Sophia empezó a despilfarrar aún más que antes y la fortuna heredada desapareció en pocos años. Desde entonces Sophia había intentado conquistar al menos a cinco

millonarios en busca de un nuevo matrimonio ventajoso, pero no había conseguido más que algunos pellizcos monetarios. Ella, sencillamente, no era competencia para el montón de jovencitas cazafortunas.

Por eso los últimos diez años se había encargado de entrenar a su hija para cazar a un millonario y como todas las madres interesadas sabía que la mejor cacería estaba en Vacaciones Venus. La compañía le daba cierto estatus a semejante trámite tan superficial y absurdo, sin que nadie se detuviera a pensar en lo denigrante que era o en lo mucho que se asemejaba a la prostitución.

Julia no sabía nada, sólo que desde los quince había llevado una vida regida por agendas y órdenes. Su jugosa herencia, que cobró a los veintiún años, para entonces estaba cerca del final. Todo ese dinero invertido en cirugías, clases, lujos descarados... Cada cosa que su madre consideraba necesaria para aparentar opulencia salía de su cuenta bancaria. Ni siquiera la carrera que había estudiado o las innumerables clases y cursos que había tomado habían sido elegidos por Julia, su único papel era pagarlos y conseguir las mejores calificaciones.

Así que si Julia no conseguía un marido en Vacaciones Venus volvería a casa y se encontrarían sin dinero. ¿Qué quedaría después? ¿Conseguir algún otro rico en alguna fiesta o por internet? Quizá, si quería una vida de reina. Pero sabía que Sophia la despreciaría por haber desaprovechado todas sus enseñanzas y por avergonzarla, por convertirse en una mujer corriente e incapaz.

Para nadie era un secreto que todo aquel que saliera de Vacaciones Venus sin un acompañante era un fracasado, no importaba si estaba del lado de los adinerados o del de los cazafortunas. Asimismo, sólo

se permitía a los cazafortunas entrar al hotel en una oportunidad si no lo conseguían no serían readmitidos.

Las amigas de Julia y Sophia consistían en mujeres igual que ellas. Madres desesperadas en que sus hijas obtuvieran un matrimonio ventajoso y jóvenes hermosas y pulidas dispuestas a cazar al mejor millonario. Quizá amistad era un término demasiado amplio para definir las, pero a ellas les gustaba llamarse así, al menos cuando estaban cara a cara.

—Dios mío. Pero mira qué gorda que está Eva y su hija no se le queda atrás —susurró Sophia al oído de su hija—. Y cree que esa va a encontrar marido en el hotel, vaya, qué ilusa. No sé cómo pudieron aceptarla en Venus...

—A mí me parece muy bonita y además dicen que es muy buena en... ejem... seduciendo.

—¡Julia! Es una zorra barata. Recuerda que no debes acostarte con esos hombres, si lo haces estás perdida. Después del sexo pierden interés.

—Madre, ¿está segura?

—Claro que lo estoy. Puedes intentar ciertas cosas para que tampoco parezcas una mojigata aburrida, pero desde luego no llegarás al sexo. Mira, los hombres son adictos al sexo y siempre caen rendidos ante las fulanas, pero jamás, escúchalo bien, jamás se casan con una fulana. Para esposa eligen a las mujeres más decentes y tú te vas a comportar como una.

—De acuerdo.

Ambas mujeres estaban en el aeropuerto de Nueva York. Esperando el vuelo que llevaría a Julia a Santa Bárbara, California, al famoso hotel de Venus.

—Ya me voy, querida —anunció la madre—, no soporto estar aquí rodeada de este tipo de gente. Y prefiero no saludar a Eva y a su hija, no te juntes demasiado con ella. Gracias al cielo pronto viajaremos en aviones privados y nos desharemos de esas amistades. Porque conseguirás un buen marido, ¿cierto?

—Sí, madre. No se preocupe.

—Claro que me preocupo. ¡Mi futuro está en tus manos! Llámame cada día, por favor. Y toma esto. —Le tendió una hoja de papel con unas frases garabateadas.

—Madre, que yo ya me sé las reglas de memoria...

—No me contestes así. Tenlas siempre en mano, si olvidas una fallarás y no queremos que falles, ¿verdad?

Sophia se giró sobre sus tacones y salió sin dar ninguna muestra de cariño a su hija. Julia arrugó el papel en sus manos y a lo arrojó a la primera papelería que encontró mientras se unía a Eva y Esther.

Hacía años que Julia le había dado su propia versión a las reglas de su madre, una versión corriente y vulgar.

Samuel bajó del avión con una sonrisa de oreja a oreja, aún le ardía la palma de la mano en donde la rubia sugerente que le había tocado por compañera de vuelo le había apuntado su número de teléfono. No la llamaría, era poco probable.

El aire cálido de California lo saludó mientras se abría campo y buscaba al chofer que Venus le había prometido enviarle. De pronto vio un coche con el logo de la compañía estacionado a pocos metros y no pudo menos que admirarse del buen trato, claro, con todo el dineral que había pagado no era para menos. Se encaminó hacia él y abrió la puerta trasera.

—Oiga, señor, no puede entrar —dijo el chofer volteándose.

—Disculpen —contestó Samuel mientras se quitaba las gafas de sol, sin apartar la mirada de las chicas que había en el asiento trasero—. Estoy esperando un coche de Venus y creí que era este.

—En cualquier momento llega, no se preocupe.

—Vengo desde Washington y estoy un poco cansado...

—¿Vas a las Vacaciones Venus? —preguntó Esther—. Puedes ir con nosotras, vamos al mismo sitio y así no esperas.

Samuel sonrió.

—Pero, Esther... —balbuceó Julia—, hemos esperado más de una hora por el coche y compartirlo me parece inapropiado...

—Justo por eso, para que él no tenga que pasar por la misma espera. Viene desde Washington, Jul...

—¡Y nosotras venimos de Nueva York, es casi el doble!

—No quisiera molestarlas —dijo Samuel.

—No le hagas caso a mi amiga —terminó Esther.

Samuel no se hizo de rogar. Pidió las llaves al conductor y guardó su maleta en el maletero, luego se sentó junto al chofer y empezó a platicar con Esther como si fueran amigos de toda la vida.

Él analizó a las dos cazafortunas y tuvo que admitir que efectivamente estaban muy bien. Esther era una rubia divertida y muy atrevida, una mujer sensual y alegre dispuesta a todo por encontrar al marido adecuado. Tenía unos ojos verdes felinos y maliciosos, unos labios llenos e insinuantes y un cuerpo lleno de curvas como un reloj de arena. Samuel captó toda esa belleza, pero ella no era de su tipo, aunque no la descartaba, se notaba a leguas que un hombre podría pasarla muy bien con una mujer así.

Julia también era hermosa, pero ella lo sabía y no pregonaba con ello, a él ni siquiera lo volteó a ver y eso de algún modo le molestó, estaba acostumbrado a que las chicas le sonrieran con descaro. En general ella era todo lo opuesto a su amiga, castaña, delgada y atlética, elegante, discreta... Lo único sugerente que tenía eran sus ojos del color de las almendras. Y a Samuel las almendras le encantaban.

Fue justo en ese instante en el que decidió que la desagradable, engreída y hermosa mujer sería una de sus víctimas. Era justo la cazafortuna idónea para bajar de la nube... se encargaría de que saliera del hotel tan soltera como entraba.

—¿Ya habías intentado entrar antes? —preguntó Esther a Samuel.

—¿Entrar?

—A vacaciones Venus, que si ya lo habías intentado. Nosotras apenas lo hicimos este año y tuvimos la suerte de ser aceptadas, no lo hicimos antes porque como hay que tener veinticinco...

—Ah, no. Todos los años me envían una invitación, pero hasta este he aceptado.

Julia que iba tomando agua mineral de una botella por poco y se atraganta. Cuando consiguió calmar la tos que le invadió no pudo evitar preguntar:

—Tú... ¿eres uno de los millonarios?

—Pues claro. Samuel Evans, deberías de saber quién soy. ¿No se supone que deben saber esas cosas?

Julia y Esther se miraron con ojos como platos. No tenían ni idea de quién era, sin embargo, había algo que no podían pasar desapercibido: ese millonario ni siquiera llegaba a los cuarenta años.

Julia le lanzó una mirada y vio que era atractivo... mucho. Él sería su futuro marido... tenía que ser él. Así Loren no diría que estaba tras la fortuna de un viejo decrepito y su madre estaría orgullosa. Tenía que ser él. Tenía que hacer algunas averiguaciones en Google, pero si estaba invitado por Venus era porque tenía una muy buena fortuna. Aunque pensó que no sería fácil, estaba claro que todas querían a un marido millonario y guapo antes que a uno millonario y viejo...

—Señor Evans, soy Julia Lambert. Un gusto conocerlo. ¿Dijo que era de Washington? Oh, qué ciudad tan tranquila y su historia, me encanta principalmente en primavera....

Samuel sonrió. Sí, Julia Lambert sería su víctima.

—Señor Evans, pero cómo va a ir usted al lado del chofer. Podemos cambiar de asiento —sugirió Esther.

—Señor, qué pena. Si me hubiera dicho. Llamaré inmediatamente a algún otro chofer libre de la compañía... —secundó el chofer.

—Llámenme Sam. No se preocupen, creo que el destino quiso que yo viajara en este coche. Uff, qué agradable que va a resultar California...

Julia llegó al hotel tan cansada que ni siquiera reparó en los detalles que su madre tan insistentemente le había pedido que reparara. Simplemente fue a recepción y pidió su llave de habitación. Quiso tomar una ducha o incluso una bebida fría pero no tenía más fuerzas que para poner una alarma a las 6.00 de la tarde y después entregarse al sueño más profundo.

El día uno era más que todo para acomodarse en las instalaciones y conocer el hotel. Por la noche los encargados de Vacaciones Venus hacían una cena y así empezaba la cacería. La mejor parte siempre era la última semana. Venus enloquecía.

Samuel también se dedicó a dormir, llevaba horas, días, siglos, despierto. Él no se molestó en poner ninguna alarma. Si se despertaba bien y si no también.

Julia abrazó su almohada y quiso llorar. No podía creer que las horas

de sueño se hicieran tan increíblemente cortas. La maldita alarma chillaba y chillaba, hasta que lo comprendió. Lo que sonaba no era su alarma, era su móvil. ¡La madre que la parió!

—Hola, madre...

—¡Te he estado llamando toda la tarde! ¡Te dije que me avisaras cuando llegaras! ¡No puedo creer que apenas al día uno y ya estés haciendo todo mal!

—Estaba almorzando con mi futuro esposo —mintió descaradamente.

—Oh, Dios mío. ¿Con quién?

Julia se quitó la máscara de sabia y fresas que utilizaba para dormir e inmediatamente quedó encandilada con la luz que entraba por la ventana. El sol ni siquiera se había empezado a esconder.

—Samuel Evans...

—¿Evans? ¿Quién demonios es ese?

—¡Madre! —se alarmó Julia al escuchar esa horrible y vulgar maldición. Pero por supuesto cuando quién decía las vulgaridades era Sophia todo tomaba otro significado...

—¡Contéstame!

—Madre, en estos momentos viene hacia mí. Adiós.

—Pero, querida...

—Mañana se lo cuento todo.

Y colgó.

Vaya, ni siquiera sabía que pudiera mentir así. Aunque prefirió imaginar que no mentía. Quizá no estuviera en ese momento con aquel hombre, pero lo estaría. Lo sabía.

Entró al navegador de su móvil y buscó Samuel Evans en Google. Inmediatamente aparecieron tres pequeñas fotos en la parte superior y el resto de la página se cubrió de entradas de revistas de tecnología y algunos artículos de periódico. Era él, lo reconoció al instante aun cuando las fotos eran demasiado pequeñas. No pudo encontrar una biografía, al parecer, y le extrañó bastante, no era un hombre mediático. Por lo tanto, le resultó imposible saber a cuánto ascendía su fortuna, pero supo que era un buen botín cuando googleó sobre su empresa, Evans ICorp. Sus ojos se derritieron ante el título de una página del New York Times: Evans ICorp se posiciona como la mejor empresa de seguridad informática en los Estados Unidos. Trabajaba con el Instituto de inteligencia, la NASA y el ejército estadounidense; además de tener sedes en las principales potencias de Europa.

Si Julia era Julieta, Samuel a fuerza tenía que ser su Romeo. Cómo pudo ser tan tonta de confundir a un millonario de ese calibre con un cazafortunas. Dios, si su madre se enteraba de lo borde que había sido con él en el coche. Se suponía que ella sabía oler el dinero, pero sólo se suponía porque el de Samuel no lo habría olido ni registrándole la billetera. Aunque el tipo no es que tuviera pinta de millonario, se comportaba como... como... Julia no sabía cómo pero no como millonario. Lo importante era reivindicarse con él y engatusarlo.

Se levantó de la cama y se miró al espejo. Gracias al cielo no se le notaba nada el cansancio. Justo en ese momento volvió a sonar su móvil.

Sophia, otra vez.

—Sí, madre, diga.

—Aléjate de ese Evans. Ve a por el señor Norman Hendell.

—Pero, madre, Samuel Evans tiene una...

—Ya sé quién es, he investigado. Pero también sé que el señor Hendell estará e irás a por él. ¡NO TE PUEDES CONFORMAR CON MENOS!

—Pero...

—¡HENDELL!

Norman Hendell era un magnate del petróleo. Su nombre aparecía en todas partes, sobre todo en las listas de hombres más influyentes de los Estados Unidos. Julia lo conocía y no tenía nada que ver con Samuel Evans...

¿Billetera mata cualquier lindeza?, susurró al espejo.

Silvery Walt era la creadora de Venus y sus famosas vacaciones. Tal empresa surgió de su propia experiencia, si no hubiera cazado la fortuna del difunto señor Walt jamás habría podido crearla. Nunca había tenido timidez en confesarlo, pero su idea había surgido por lo difícil que era ser cazafortunas en la actualidad. Los hombres ricos se casaban con las primeras mujeres jóvenes que aparecían y luego se lamentaban porque se encontraban con que en eventos sociales los dejaban en ridículo, que eran unas niñas mimadas, que los engañaban con sus más importantes socios... E igual en el caso de las mujeres adineradas y sus jóvenes parejas. Hasta que Venus apareció y se encargó de que esas relaciones fueran ventajosas para ambos. Básicamente tendrían su pareja joven pero no cualquier pareja porque Venus sólo elegía a las mejores carnadas.

—Señores y señoras —saludó con una voz efusiva a todos los presentes en el salón principal—, es para Venus un placer tenerlos aquí y ofrecerles el mejor de nuestros servicios. Les garantizamos las mejores vacaciones de sus vidas. Este será un viaje inolvidable. Bienvenidos a Vacaciones Venus. ¡Empieza la cacería, suerte a todos!

Por ilógico que pareciera ese era el lema de Venus: "empieza la cacería". Podían presumir de honestos, pero no de imaginativos, claro está.

Todos levantaron en alto sus copas del mejor champán del Valle de Napa.

Los huéspedes iban vestidos con sus mejores galas, esa era la primera noche para impresionar y abrirse campo.

Samuel resucitó a media noche y se planteó seriamente volver a dormirse, pero algo, su espíritu libre quizá, le dijo que no y lo obligó a darse una ducha rápida y ponerse algo presentable encima. Eran unas jodidas vacaciones y él buscaba diversión. Ahí tirado jamás la iba encontrar. Y, bueno, quizá aquella cazafortunas de ojos miel ya estuviera en brazos de un millonario, él no lo pensaba permitir. No antes de que pasara por los suyos.

Así que no querías compartir el coche, nena. ¿Qué pasaría si te cuento que tengo tres putos coches mejores que ese y un avión privado? ¿Serías tan amable de compartirlos conmigo el resto de la vida?, murmuró a la habitación mientras la recordaba, hermosa y también antipática. Joder, ni siquiera sabía quién era Samuel Evans.

Repasó su aspecto por última vez y bajó al salón principal. La noche aún era joven. Se quedó en la entrada observando a todos los presentes, sin duda que las jovencitas eran muy hermosas y los hombres jóvenes también contaban con un buen aspecto; del resto de personas no se podía decir lo mismo, a leguas se notaba que hacía bastante que ya habían cumplido los cincuenta. Con razón aquellas dos cazafortunas lo habían confundido.

Miró hacia todas partes buscando a alguna de las dos chicas, pero no consiguió ver a ninguna.

—Oh, pero qué jovencito tan buen mozo —le dijo una mujer pequeña

que rondaría los mil años y que parecía haber tomado más de una copa—. Soy Fanny Lincoln, querido.

—Señora Lincoln, es un placer. Es usted la dueña de esa marca de zapatos tan famosa, ¿cierto?, qué honor conocerla.

—Sempiternal. Sí, esa soy yo.

—Déjeme felicitarla, es usted una mujer emprendedora y permítame presentarme. Soy Samuel Evans.

—Llámame de tú, Sam.

Vaya con la señora. Tímida no era. Seguramente había vivido cada uno de sus años.

—Querido, te veo muy solo. ¿No has encontrado compañera aún?

—Justo eso hacía, miraba los prospectos. Pero parece que ya todo el mundo le ha puesto el ojo a alguien. —Miró el salón y observó que ya se habían formado pequeños grupos de personas.

—Yo estoy sola, cariño —dijo la mujer e intentó hacer algo parecido a un sensual aleteo de pestañas, pero a Samuel más le pareció un tic.

—Señora Lincoln, ¿acaso se me está insinuando? —preguntó Sam con una sonrisa juguetona.

—Oh, cielo, puedo hacer mucho más que insinuarme contigo.

—Me alaga usted, pero siento decirle que no soy quien usted cree. Yo estoy aquí en su misma condición. Yo también vine a ofrecer mi fortuna.

—Oh —se sorprendió ella y se desilusionó también—. Qué pena, de seguro te he hecho pasar un bochornoso momento.

—Por supuesto que no, es usted una dama muy agradable y le

aseguro que cualquiera de esos muchachitos se pelearía por usted.

—Dios bendito, qué suerte que a esta edad ya una no cree en los amores a primera vista porque de lo contrario en este instante mi corazón estaría sangrando por ti.

Samuel y Fanny Lincoln se quedaron platicando unos minutos más, hasta que ella decidió que debía echarle un ojo a esos jovencitos y él se fue por una copa.

Julia no había apartado la vista de la entrada durante toda la noche y había empezado a sentirse morir a cada minuto. El millonario guapo no aparecía y para colmo de males cuando por fin apareció una señora de edad lo había acaparado.

Casi muere por una sobredosis de encanto. ¡Ese tipo sonreía como el sol! Apenas lo vio dirigirse al bar ella salió de su escondite. Se había tenido que ocultar para que nadie llegara a molestarla porque ella ya tenía pareja y no estaba dispuesta a cambiar su plan, aunque su madre se negara. Además, tenía una ventaja con Evans. Sólo ella y Esther sabían que él también era un millonario, las demás lo confundirían con un cazafortunas y eso le daba la oportunidad de tenerlo sólo para ella. Esther no era un peligro, parecía muy concentrada en escarbar en la billetera de John Rivaldi.

—Señor Evans, no lo vi en el brindis —empezó ella.

Samuel se volteó y sonrió. Así que me estabas esperando.

—Estuve arreglando algunas cosas de negocios, señorita...

—Lambert, Julia Lambert. Pero cómo va a estar trabajando, estas son

unas vacaciones...

—Oh, nena. —Julia abrió los ojos de par en par. ¿Nena? ¿Debía pegarle una bofetada por la falta de respeto?, su madre sin duda habría dicho que sí. Mi madre no está aquí—. No es tan fácil manejar un negocio como el mío, nosotros no tenemos vacaciones. Estar aquí probablemente me está generando una pérdida de muchísimos millones, pero ya regresaré a recuperarlos.

A ella el corazón le dio un salto con la última frase. Samuel mientras tanto la invitó a tomar una copa y guardó silencio mientras la repasaba de pies a cabeza. Iba enfundada en un vestido rojo que se le pegaba al cuerpo de una forma muy seductora y que con una larga abertura dejaba apreciar una de las infinitas piernas. Elegante, bella, joven y sexy, una combinación tan difícil de conseguir.

—Y por qué no me hablas un poco de Evans ICorp —sugirió Julia.

Samuel casi devuelve el líquido que se estaba tomando. No, nena, ese tema es intocable. Por lo que veía la morena ya se había encargado de averiguar quién era él.

—Es un tema muy complicado. Ya sabes, la seguridad informática no es como hablar de la educación.

Julia se mordió el labio. Odiaba que la trataran como a una tonta, ella no sabía gran cosa sobre informática, pero desde luego podía llevar una conversación superficial al respecto. ¡No hagas esa vulgaridad!, chilló la vocecilla de su madre en su mente e inmediatamente sus dientes soltaron el labio aprisionado. Cuando levantó la vista comprobó que Samuel tenía los ojos clavados en su boca y no pudo evitar ruborizarse.

—¿Y tú te dedicas a algo? —preguntó Samuel al verla acalorada. Dios, qué boca.

— Mmm... No en este momento, pero soy cirujana. Cirujana plástica, más específicamente.

—Vaya... Nunca he salido con una cirujana. —Julia tragó con dificultad y Samuel le sonrió hasta quemarla—. California es un lugar caliente, vamos a dar una vuelta fuera. Te veo algo acalorada.

Si la vergüenza matara Julia habría muerto ahí mismo y su cuerpo se habría desfragmentado en menos de un segundo. Tantos años de entrenamiento y ahora no sabía cómo comportarse. ¿Por qué ese hombre resultaba tan diferente, sería la edad? Era un descarado y maldición... a Julia le estaba gustando.

Como ella no se movía Samuel le colocó una mano en la cintura y la condujo hacia una de las salidas al jardín.

Ambos contemplaron las vistas, hechizados. El jardín rebosaba de colores y luces tenues y a lo lejos el rugido del mar envolvía un paisaje que huía por el horizonte. El aire olía a mar y a verano. El viento soplaba un aire cálido y viciado.

—Qué hermoso lugar.

—Bajemos a la playa.

Julia negó. Andaba un vestido largo hasta los tobillos y unos zapatos de un tacón vertiginoso. Él se percató de inmediato en cuál era la preocupación de la chica y sin pensárselo ni un segundo la tomó en sus brazos y empezó a bajar hacia la playa.

La morena chilló como un animal en peligro y se maldijo por haber hecho tal cosa, ¡qué vergüenza! Ese hombre estaba loco,

definitivamente, se le iban a echar a perder sus zapatos y Dios sabía que le habían costado una fortuna, por no hablar del vestido y el tiempo que había invertido peinándose.

Samuel la bajó y la dejó sentada en una roca que había en mitad del camino.

—Señor Evans, creo que esta es una locura.

—Llámame Sam, guapa. Y esta no es una locura. Son unas vacaciones y ¿sabes qué hace la gente normal en sus vacaciones?, pues divertirse, desvelarse, tostarse la piel, hacer lo que le gusta y un paseo por la playa me parece que nos va a sentar genial.

Se arrodilló frente a ella y le tomó uno de los tobillos. Joder, ¿quién diría que había belleza en un pie? Sujetó el zapato con cuidado y antes de deshacerse de él acarició la piel como si de un masaje muy delicado se tratase. Miró a Julia y se perdió en sus ojos. Un calor le recorrió el cuerpo y deseo tumbarla en la arena e inspeccionar algo más que su tobillo.

Julia tuvo que contener un jadeo. Dios, ¿cómo un tobillo puede ser tan sensible? No conseguía explicarse cómo, años atrás, cuando llevaba una tobillera no había muerto de placer. Nunca en su vida había deseado con tantas fuerzas besar a un hombre.

Samuel siguió con el otro zapato y luego se quitó los suyos. El único ruido que se escuchaba era el de las olas al golpear con fuerza y luego su sonoro lamento al alejarse.

—Listo, vamos.

Al diablo con el vestido y los zapatos. Julia tomó la mano que él le ofrecía y sonrió como hacía mucho tiempo no lo hacía, genuinamente;

quizá se excedió y mostró un poco sus encías, quizá tenía algún diente manchado de labial, quizá resultó vulgar..., pero no le importó.

Los pies de ambos se hundían en la arena con un encanto perezoso y suave mientras hablaban de cosas triviales y reían. Ninguno tocó temas personales, simplemente hablaron de lo que cualquier persona normal podría hablar con un desconocido en el tren y a pesar de todo sintieron como si ese fuera un momento único.

—¿Qué haces? —preguntó Julia.

Samuel se encogió de hombros y terminó de quitarse el saco de su traje, luego continuó con la corbata y la camisa. Julia sabía que se estaba comportando como una fulana vulgar, pero le resultó imposible no mirar los hombros anchos, los pectorales de acero y el abdomen de tableta de chocolate. Madre mía.

No había conseguido aún que sus ojos obedecieran a su cerebro y dejaran de ser tan descarados cuando por segunda vez en esa noche se encontró con que sus pies no tocaban el suelo. Tenía que admitirlo: estar en los brazos de Samuel se sentía muy bien.

—¡Estás loco!

—¿Y tú no? —Sus pies tocaron el agua y se adentró más y más a pesar de los chillidos de ella—. Te advierto que me gustan las chicas un poco locas —avisó y la tiró al agua que ya le llegaba a la cintura. Rio al verla salir manoteando y apartándose el cabello de la cara—. Y tú me gustas, Julia... No me digas que me he equivocado de chica.

Julia había tragado un poco de agua, pero estaba segura de que no era eso lo que tenía atravesado en algún sitio de la garganta. Nunca nadie le había dicho que ella le gustaba. Samuel la había elegido, eso

quería decir, ¿no? ¡Por Dios! Por fin podría tener algo que realmente quería. No, mamá, esta vez no voy a hacer lo que tú quieres, esta vez no.

Ahucó sus manos y las llenó de agua para arrojársela a Samuel. Él levantó las cejas y con teatralidad fingió indignación. Y de pronto ambos se vieron jugando como dos adolescentes. Sus trajes caros estaban cubiertos de arena y sal, sin duda para ese entonces eran pedazos de tela inservibles, pero a ninguno le importó.

Julia hundió a Samuel por los hombros y lo vio perderse en el fondo y en el momento menos esperado se vio halada por los pies y sumida en la oscuridad del mar junto a él. Ambos se miraron y aunque ninguno pudo ver la mirada del otro bajo el agua sí la pudo sentir. Entonces Samuel atrajo a Julia hasta pegarla a él, las olas creaban millones de burbujas sobre ellos y los balanceaban un poco. Julia se enroscó a la cintura de él y omitió el hecho de que su vestido se había subido hasta la cintura, simplemente lo sujetó del cuello y rogó porque los dos tuvieran alguna anomalía en los pulmones y tuvieran la capacidad de respirar en el agua para que ese momento no se acabara nunca.

Sin embargo, no tenían esa anomalía. Samuel que llevaba más tiempo sumergido tomó impulso con sus pies para subir a la superficie con Julia enroscada en él, pero antes unió sus labios a los de ella.

Julia sintió cómo subían y cómo esos labios se pegaban a los suyos. Al principio el agua salada se había colado en el beso, pero luego el sabor de Samuel la había sustituido.

Apenas tuvieron oportunidad de respirar un poco cuando una ola enorme los golpeó de lleno en la cara y en un instante se rompió la magia. Habían olvidado que la suavidad con la que las olas se





Julia se levantó con una sonrisa en la cara. Buscó su móvil para ver la hora y se alegró de haberse levantado a tiempo para el desayuno en el restaurante, quería conocer mejor a los demás huéspedes. Sonrió a la pantalla y sin pensárselo llamó a su tía.

—Tía Loren —canturreó—. ¡Hola!

—Hola, cielo. Pareces muy contenta. ¡California es un paraíso!

—Sí, tía, hasta el momento todo lo que he visto me ha encantado...

—Supongo que no incluyes a esos ancianos ricachones...

—Pues no todos son ancianos...

—¿De qué hablas?

—He conocido a un millonario que no lo es y creo que me encanta.

—Oh, Jul. ¡No te creo nada!

—¡Te lo juro! Se llama Samuel Evans...

—¿Ese hombretón de la informática? Es muy atractivo, justo ayer leí algo sobre él en alguna parte, por cierto jamás sabido de él.

—No es un hombre muy mediático —dijo Julia. ¡Qué raro, alguien con esa personalidad no puede ser discreto ni aunque quiera! Bah, cosas más raras he visto—. Pero te aseguro que es guapísimo. Tiene treinta y tres años, mide como metro noventa y tiene una mandíbula tan cuadrada como la de Arnold Schwarzenegger y su cuerpo, oh, Dios, es como siempre imaginé que sería el de un Dios griego.

—Ja, ja... Creo que hay alguien muy impresionada. Me parece que la bruja de tu madre no va a estar muy contenta si te oye hablar así.

—Oh, ¡mi madre! Ella no quiere que me... mezcle con Samuel.

—Seguramente habrá otro hombre más rico y por supuesto esa arpía te ha mandado a por él.

—Pues sí.

—Mira, cariño, yo sólo te voy a decir una cosa. Deja de hacerle caso a tu madre, pero ten cuidado. Que porque el muchacho esté guapo y joven, lo que haces no deja de ser cazar su fortuna y venderte. —Julia puso los ojos en blanco—. No me parece muy normal que un tipo como Evans esté ahí buscando esposa pudiendo encontrarla en cualquier otro lugar más decente sin problema, no quiero decir que tú no valgas la pena. Pero, bueno, si yo fuera la madre de ese muchacho querría que él se casara con alguna de las hijas de sus socios o algo así, ¿me entiendes? Vete con mucho cuidado, quizá tiene alguna enfermedad o es homosexual y por eso está allí.

Julia también se había preguntado qué hacía un hombre como él allí, pero no quería darle demasiadas vueltas al asunto. Finalmente cortó la llamada e inmediatamente vio que entraba una nueva, Sophia.

—Buenos días, madre.

—Te dije que te contactarás conmigo cada día. ¿Cómo te fue anoche?

Julia se mordió el labio y se sorprendió haciéndolo cuando dirigió la vista al espejo.

—Muy bien, madre.

—¿Hendell se interesó por ti? Oh, Dios mío. Creí que no serías capaz. Ahora debes ser muy cautelosa...

No, madre, el señor Hendell ni siquiera sabe que existo y no me interesa que lo sepa porque yo no quiero que él se fije en mí. Le dije que quería conquistar a Evans y así va a ser.

—... debes estar a la altura de las circunstancias y pensar en nuestro futuro. Ese hombre tiene tanto dinero como arena el Pacífico. Imagínate cuánto dinero para ropa, viajes, zapatos, lujos... Oh, ya me veo vestida con aquel hermoso vestido de Gucci en un cóctel importante.

Julia deseaba sacar a su madre de ese error y decirle lo que realmente pensaba, pero al final no lo hizo. No podía contradecir a su madre y ¿si la decepcionaba? No, no podía.

—Seguramente se verá muy hermosa, madre.

—Regia, espectacular...

Julia llegó al restaurante rebotante de alegría, pero esta se le borró en un segundo cuando vio que cada mesa establecía con quién y dónde debía sentarse. Buscó su nombre en una lista de la entrada y por supuesto también buscó el de Samuel, como temía sus mesas no coincidían.

Se dirigió a la mesa cinco y gimió cuando vio quien encabezaba la mesa. Se había decepcionado tanto al comprobar que ella y Samuel no coincidían que no prestó atención a sus compañeros. Norman Hendell reía sonoramente con una rubia platino de unos veintiocho años.

—Buenos días —saludó Julia, en el tono adecuado que su madre le

había enseñado y con la sonrisa justa para parecer agradable.

Hendell clavó la mirada en ella y se apresuró a levantarse para ayudarle con la silla. La rubia platino dejó de sonreír al instante.

—Señorita, no la había visto con anterioridad— Soy Norman Hendell.

—Un gusto, señor Hendell. Julia Lambert.

—Lambert, Lambert... —dijo una mujer de una melena tan roja como la de Loren, pero con unos veinte años más—. Ese apellido me suena, pero a estas edades una ya no sabe ni dónde está. Yo soy Alice Jordan y este guapetón —añadió, señalando a un joven de ojos del color del cielo tormentoso— es Michael Claus; esta rubia tan bonita es Chandal Phillips; los demás no han llegado aún.

—Un gusto conocerlos a todos —respondió Julia educadamente y a punto estuvo de caerse de la silla cuando vio a Samuel entrar con una chica de cabello negro infinito y el idiota estaba sonriendo.

Samuel ayudó a su compañera a sentarse y cuando dio un rápido repaso a la estancia se encontró con unos ojillos de oro derretido mirándolo. Sonrió a Julia y luego, sin esperarse a que ella le respondiera su gesto, le plantó los ojos al escote de Zafron Milner. Esta chica realmente no tiene problemas para llenar un escote.

Había pasado toda la noche como un estúpido adolescente pensando en cómo se le pegaba aquel vestido mojado a Julia, en cómo se le marcaban los pechos dibujando sus pezones como guijarros mientras él la besaba y se extasiaba, también pensó en su sonrisa, su cabello cayendo húmedo por sus hombros y aquel olor a primavera que la seguía a todas partes. Se había sentido tan bien con ella, mucho más

allá de lo que ella ocasionaba en su entrepierna, había ocasionado algo en su mente. Definitivamente esas chicas estaban bien entrenadas. Se suponía que él no debía sentir algo así por ninguna de esas mujeres y menos por esa tan desagradable, pero maldito fuera, lo había sentido. Tuvo que recordarse que sólo iba a jugar con ella y que aún quedaba mucho tiempo para acostarse con quienes quisiera.

Y Zafron había aparecido justo en el momento en que revisaba cuál mesa le correspondía, pero a diferencia de Julia, Zafron sí lo había reconocido al instante y con tres palabras amables ya parecían amigos del alma. Bien, ella también podría ser una de sus víctimas. Era casi tan alta como él, su piel era como un manto perlado de un dorado exquisito y el cabello oscuro le acariciaba las caderas siempre que echaba la cabeza hacia atrás y se reía con una risa ronca y femenina a partes iguales.

Pocos minutos después el desayuno empezó y todas las personas en cada una de las diecisiete mesas empezaron a presentarse y hablar como si se conocieran de toda la vida mientras sus miradas y sus mentes vagaban por cada una de las caras del restaurante buscando la que pareciera la mejor opción.

Samuel miró que Julia se la pasaba muy bien entre un hombre de ojos de cervatillo asustado con serios problemas de calvicie y otro con serios problemas de «juventud no me dejes» que tenía una coleta tipo highlander oscura como la conciencia de Samuel y que en absoluto le combinaba con el rostro arcaico. Eso no le gustó nada y mucho menos le gustó no tener ni idea de quiénes eran esos vegetes. Se suponía que él debía saber eso, ¿no? Mierda.

—Ese hombre, el de la coleta —dijo como quien no quiere la cosa—,

¿cómo es que se llama? Dios, tengo tan mala memoria para los nombres...

—¿Hendell?

Samuel levantó las cejas y no supo si asentir o no. ¿Quién carajos es Hendell?

—Ese hombre es un magnate y empezó siendo un chiquillo abandonado en una vieja iglesia de Texas. ¿Quién diría que se convertiría en uno de los reyes del petróleo? —dijo Zafron.

—Yo vi una vez un reportaje en el que mostraban su casa de Houston y era enorme —agregó otra chica.

Samuel seguía sin saber quién era, pero sin duda tenía más dinero que él.

—A mí me gustan sus ideas respecto a proyectos ambientales. Hendell ha tratado de que su negocio impacte lo menos posible en la sostenibilidad.

—Pues a mí la verdad es que me da dolor de ojos de sólo verlo —agregó una diva de cincuenta y pocos—. ¡Es horrible, si se cree un pirata o algo así y se tiñe el cabello! ¡Jesús, como si la cara no le delatara cada uno de sus años!

—Bueno, pero ¿qué era lo que ibas a decir de Hendell, Samuel?

—preguntó un político de Nueva York.

—No, Nada. Creo que lo confundí.

—¿Qué ese hombre es rico? —chilló la rubia platino. Julia deseó

golpearse contra la mesa, como si necesitara más competencia para conseguir a Samuel.

—Sí, es Samuel... eh, no recuerdo su apellido, algo así como Mercy o Fairbanks, no sé —se hizo la despistada e inmediatamente cambió de tema.

Cuando se levantaron de la mesa Julia no supo qué hacer. Según sus planes Samuel iría corriendo a invitarla a pasear por allí o a charlar en algún lugar tranquilo, pero al parecer si él pensaba hacer eso no sería con ella. Esa tipa bronceada se le había pegado como una lapa y no lo soltaba y él no es que pareciera muy ansioso de ser soltado. Cosa que comprobó cuando los vio besándose en pleno pasillo. ¿Cómo podía hacer eso cuando unas horas antes la había besado a ella?

—Julia, ¿te gustaría acompañarme a hacer un poco de equitación?

—preguntó Norman Hendell tras ella.

—Sí, señor. Por supuesto —contestó ella automáticamente sin dejar de mirar a la pareja. Nunca había sentido una ausencia de aire tan horrible.

Sophia aulló desde el otro lado del teléfono, a pesar de que ella aseguraba que jamás se rebajaba a tal cosa.

—¡Zafron, Zafron, se llama Zafron! ¿Por qué no puede llamarse Lucy o Anne? Dios, si hasta tiene un nombre que intimida...

—Maldita la hora en que tu padre se obsesionó con esa insulsa de Julia Roberts y quiso llamarte igual.

—Madre, cálmese.

—¿Cómo voy a calmarme? Esa mujer te quiere robar a Hendell...

Si supieras que Hendell es quien me sigue a mí y no yo a él.

—... mira, yo voy a encargarme de saber quién es esa mujer y tú tienes que hacer lo siguiente...

Sophia pasó a enumerar cada una de sus mejores estrategias para deshacerse de la competencia. Julia escuchó cada cosa con atención e incluso apuntó las que le parecieron más factibles en una libreta. Lo único que quería era dormir, le dolía cada milímetro de su trasero de tanto montar a caballo.

Samuel estaba bastante seguro que después del sexo lo que más le gustaba era dormir. Primero abrió el ojo derecho, le fue imposible enfocar nada entonces lo cerró. Toc, toc. Abrió el ojo izquierdo, vio aún

menos que con el otro. Toc, toc.

Maldita sea, pero quién coño me despierta a estas horas.

—Sam, querido —saludó Zafron bajo el marco de la puerta—. Vaya, veo que has estado durmiendo. ¿No te habré molestado?

—Claro que no, nena. Pasa. En realidad, llevaba algún rato despierto, pensando en ti.

Zafron pasó uno de sus dedos por la mandíbula de Samuel y le rozó el labio, dio un saltito cuando él lo atrapó con sus dientes de estrella de cine.

—¿Qué pensabas exactamente?

—¿Qué te gustaría que pensara?

Toc, toc. Toc, toc. Toc, toc. Toc, toc.

Samuel se disculpó y fue a abrir la puerta. No había nadie, arrugó el entrecejo y cuando volvía a cerrar vio un sobre blanco en el suelo, dentro encontró una nota.

Dicen que las mejores langostas del universo se encuentran en un restaurante cerca de aquí.

Te invito a probarlas.

En el Vannitan a las 8.00, te esperaré!

J.L.

¿A las 8?00? ¿Te esperaré? ¿De verdad estás tan segura de que

iré?

Samuel no pudo darle más vueltas al asunto, unas garras rosa pálido se colaron por su abdomen desde atrás y luego bajaron a un ritmo tan vertiginoso que no pudo continuar respirando a un ritmo normal. Lanzó el sobre y la nota a un lado y sujetó una de las manos de la chica. No debe pasar, todavía no. Sin embargo, no tardó mucho en deshacerse de sus bermudas y llevar la mano hasta la base de su pene. Joder, al fin y al cabo, no pierdo nada con cambiar un poco los planes. Sintió como los pezones de Zafron se le clavaban en la espalda, envolvió su pene con la mano de ella y la suya, luego empezó a masajear de arriba abajo.

Despertó a las 8:00. El cuerpo suyo y el de Zafron yacían en una alfombra y absolutamente nada los cubría. Miró la hora y sonrió. Chúpate esa, guapa, por lo del taxi.

Algo debió de sucederle. Julia, debiste de darle tu número, así él te habría llamado y se disculp... Miró la hora una vez más, 8:29. A las 8.30 me largo. Pero ¿y si sólo se ha atrasado un... poco? Suspiró resignada y volvió a mirar la hora con desilusión. 8.30. ¡Qué se vaya al...! ¡A donde sea! Se levantó y pagó la copa que se había tomado. Cuando salió vio a Samuel acercándose por un lado de la calle. Ella ni siquiera se detuvo un momento, simplemente tomó otra dirección y se alejó.

No se sabía ni por qué estaba actuando así, así no conseguiría nada. Pero es que jamás se había sentido tan furiosa. Lo del beso en el desayuno había sido un golpe bajo, pero que la dejara esperando

había sido como un millón de patadas. Tuvo un momento de arrepentimiento y estuvo a punto de deshacer su camino para buscarlo, sin embargo, justo en ese momento apareció un chico de cabello claro y piel bronceada.

—Hola, guapa. Toma. —Le tendió una cerveza y sonrió como lo haría un gato si pudiera sonreír, claro.

Julia se dio cuenta de que había invadido una pequeña fiesta en la playa.

—No, yo... —Intentó devolver la cerveza.

—Pensábamos que no ibas a llegar, nena. Claire dijo que eras guapa, pero no nos advirtió que tanto.

—Creo que me están confundiendo...

—Me encanta esa canción, vamos a bailar.

Y así fue como a Julia se le olvidó que el patán de Samuel existía. ¡Le estaba encantando California! Jamás había sido más libre en su vida. Los últimos diez años todo lo que hacía había estado regido bajo el ojo crítico de su madre. Nunca había ido a una fiesta a la playa, nunca había bailado con un desconocido, nunca había coreado una canción sin importarle lo terrorífica que era su voz, ni mucho menos había probado el tequila.

Jona, el chico que la confundió en la playa, resultó ser un surfista de dieciocho que no tenía ni cien dólares en su cuenta corriente, vivía de enseñar a los turistas a surfear y lo poco que se ganaba lo gastaba en divertirse. Sin duda esa era una mala influencia, su madre se habría infartado en menos de un segundo al verla con él. O sin él, porque estaba como una cuba, sudada como un caballo y despeinada como

una bruja.

—Siempre he querido montármelo con una chica mayor —dijo Jona y cayó de la hamaca en la que se había sentado con Julia. Ella empezó a reír.

—Vaya, pues creo que eso sería ilegal.

—A mí me gusta vivir al límite, preciosa. —Se levantó y volvió a ocupar un lugar junto a ella—. Si no lo hago ahora que soy joven, entonces ¿cuándo?

Julia suspiró. ¿Qué puede significar vivir al límite?

Jona se acercó a su boca y la besó. Ella dio un respingo y se separó, se quedó mirándolo con ojos de animalillo asustado. Luego frunció el ceño. Al carajo, yo también soy joven y quiero vivir al límite. ¡Chúpate esta, MAMI!

—Yo te voy a enseñar cómo es montárselo con una tía mayor.

—Oh, sí, quiero verlo...

Julia intentó ponerse a horcajadas sobre él, sin embargo, hacer algo semejante en una hamaca y con cierto porcentaje elevado de alcohol no es de las ideas más brillantes. Al instante cayeron de culo en la dura arena, pero eso no los detuvo.

Julia sabía perfectamente cómo satisfacer a un hombre. Incluso de eso se había encargado su madre. Cuando cumplió los dieciocho Sophia la había llevado a Italia, ahí había perdido su virginidad y el hombre que se encargó de ello también se encargó de enseñarle todo sobre la materia. Suena como una muy buena primera vez, ¿no? Excepto por el hecho de que ese hombre había sido contratado para exactamente eso, era su trabajo, y hacía lo mismo con cada mujer que

le pagaba para enseñarle. Julia había recibido clases hasta para saber cómo tener relaciones sexuales satisfactorias... al menos para el hombre.

Desde ese viaje a Italia jamás había vuelto a estar tan cerca de que un pene entrara en ella. En ese momento no le importó, su cerebro ya no funcionaba muy bien gracias al tequila y su vena rebelde, en cambio sí estaba resultando una completa listilla.

Esto definitivamente no está saliendo bien. Tan sólo me atrasé media hora, ella debía de estar ahí sentada esperándome. ¿Acaso no está aquí para quedarse con mi fortuna? ¡No entiendo un carajo! Samuel había estado dando vueltas por toda la playa. No podía creer que Julia no estuviera en el restaurante, incluso la había esperado durante una hora, primero creyendo que ella podía estar en el baño y luego pensando que quizá se había atrasado. Al final había caído en su propia trampa.

Sus pies se hundían en la arena; el olor a mar, cerveza y carne asada se elevaba por el aire; algunas fogatas decoraban la orilla; mujeres y hombres bailaban y reían; una mujer se la mamaba a un tipo...

...

...

...

Samuel prácticamente escuchó el típico sonido de una cinta rebobinándose en su cerebro.

Pero qué coño. ¿Julia?

Sus últimas esperanzas de que Julia estuviera lamentándose en su cama por haber sido tan tonta, las lágrimas de dolor al verse sin la fortuna de Samuel, las maldiciones en busca de una nueva estrategia para cazarlo... Todas se fueron al carajo. ¡Ella se la estaba comiendo a otro y no era ningún anciano!

Eso sí que no, yo sólo juego mi juego y no voy a permitir que te salgas de mis manos. Samuel separó a Julia del crío y como si fuera un saco de patatas se la colgó del hombro y desapareció, dejando al cagueta con una antena parabólica de entrepierna y un montón de maldiciones en la boca. Julia lanzó exclamaciones aproximadamente durante un minuto y luego se quedó como muerta.

Media hora después la llevaba a su habitación en el hotel.

Julia se despertó y todo su mundo dio vueltas. Vueltas horribles. Se levantó como si tuviera un petardo en el trasero, necesitaba vomitar ya. De pronto se detuvo, Santo cielo, ¿qué había hecho?, esa no era su habitación, aunque se le parecía. En un sofá encontró a Samuel durmiendo. Luego pensaría en eso, su prioridad era no bañarse con su propio vómito. Encontró el retrete y el peor martirio de su vida comenzó.

Samuel escuchó las arcadas y se levantó de inmediato, la imagen que vio retorcida sobre el retrete no le pareció muy agradable. Sin embargo, él sabía más que cualquiera en el mundo sobre resacas y cosas peores, de hecho.

Se aproximó, le sujetó por el cabello que ya tenía vómito y con la mano libre llenó un pequeño vaso de agua. Cuando Julia dejó de devolver se enjuagó la boca con el agua para eliminar el sabor ácido y acompañar una pastilla de la que Samuel no podía asegurar legalidad alguna.

—Supongo que no quieres escuchar esto, pero estás horrible, Jul.

—Dios, perdona todos mis pecados... Si mi madre se entera... Maldito Vicencio Fontani... Odio el tequila más que las puñeteras dietas... Pedófila... Dios santo... Dios santo... Dios santo... Dios santo... Dios santo... Diossssssssss.

Samuel detuvo la verborrea inentendible cuando sin aviso previo lanzó

a Julia bajo un chorro de agua fría. Ella aulló, chilló, rio... pero no tuvo fuerzas para huir y cuando empezó a sentirse un poco más viva se dejó hacer.

Samuel tuvo que agradecer que el olor del vómito fuera un excelente antiafrodisiaco, porque desnudarla le costó tanto como pensar.

Julia despertó y se encontró sola en la habitación de Samuel. No se demoró ni un segundo en huir de allí. Cada minuto de la noche anterior le pesaba. No sabía si suicidarse por la resaca física o por la emocional. ¿Con qué cara volveré a mirar a Samuel? Sin duda alguna no quiero volver a vivir al límite. ¡Por poco y me le como la poll... el pene!

Llegó a su cuarto y lo primero que hizo fue apagar el móvil, después se medio cambió de ropa y por último se durmió más o menos durante toda una era histórica. Hasta que algún atrevido llamó a su puerta. Fue a abrir juntando cada minúsculo gramo de fuerza que tenía y se llevó tal sorpresa que la conciencia le llegó de sopetón.

—Julia —dijo Norman Hendell y frunció el ceño al ver el aspecto de la chica—, he encontrado estas flores y pensé que te gustarían.

Se apresuró a pasarse una mano por el cabello como si con eso fuera a conseguir que esa greña se le acomodara de alguna forma decente. Casi olvidó sonreír, pero lo recordó justo a tiempo.

—Señor Hendell, están preciosas.

—Lámame Norman, querida. ¿No me invitas a pasar?

Ella miró la habitación en busca de algún desajuste y concluyó que el

único desajuste era ella. Volvió a mirar a Hendell y notó que este tenía su vista clavada en sus...

¡Bragas! Maldición, ¿dónde demonios está mi camisón? Miró hacia el mismo lugar que el hombre. Oh, no y son casi transparentes.

—Discúlpeme un momento —dijo y le cerró la puerta en la cara. Encontró el camisón a los pies de la cama, pero como le pareció que ese pedazo de seda india no cubría mucho optó por un pantalón y una blusa—. Ya está —canturreó cuando volvió a abrir la puerta, simulando que no había pasado nada.

—Veo que duermes con muy poca r...

—¡Oh, qué flores —interrumpió— tan espectaculares! Iré a dejarlas cerca de la ventana para que les dé luz, más tarde pediré un jarrón.

—No sólo vine a dejarte las flores, también quisiera invitarte a cenar.

—Señor... —se detuvo al ver que el arqueaba las cejas—. Norman, eres tan atento y me caes también que me siento horrible en este preciso momento, porque debo rechazar tu invitación —contestó. Su madre y su tía habrían aplaudido ante esa respuesta, aunque por distintas razones—. Quizá en otro momento. Ahora me encuentro un poco enferma y...

—¿Qué te pasa? Podría llamar a un médico inmediatamente o encargarme de que el tuyo venga...

—Oh, no. Qué pena, no te preocupes. Sólo es... una migraña y bueno, debes de saber que es una molestia muy desagradable.

—¡Vaya que lo sé! Discúlpame por molestarte, supongo que lo mejor es que me vaya —se despidió.

—No te preocupes, gracias por las flores. —Abrió la puerta con una

sonrisa que irradiaba dulzura y encanto, pero se le borró cuando vio que Hendell no salía de la habitación, entonces se percató que Samuel se lo impedía.

—Buenas noches, Jul. Buenas noches, señor... ¿Hendell?

—Es usted Samuel Evans, ¿no? —Samuel asintió—. No sabía que ustedes eran amigos —agregó en un tono menos amable que el que usaba con Julia.

—¿Amigos? Oh, no. Julia es mi futura esposa.

A Julia los ojos le saltaron de la cara y casi se entrechocaron con la puerta de la habitación de en frente mientras el corazón hacía otro tanto. Hendell sintió que la cara le pesaba como el plomo.

—¿Son pareja? —inquirió el hombre mayor.

—Norman, cómo crees, Samuel y yo... —empezó Julia, tartamudeando.

—Fue un amor a primera vista —se apresuró a añadir Samuel—. Justo venía a cuidar de ella, mire —continuó, levantando una bolsa de papel que llevaba en la mano—, aquí traigo unos medicamentos para mi Jul. ¿Le ha contado que se siente mal? De hecho, le molestan enormemente las conversaciones y más que todo la luz.

Hendell miró la luz del pasillo que justamente estaba sobre sus cabezas y rápidamente se despidió. Aunque no muy contento. Quizá tendría que teñirse más el cabello u optar por algún look más juvenil. ¡Un hombre de sesenta y tres necesita de ciertas ayudas si quiere competir con uno treinta y pocos! Todavía puedo impresionar a Julia.

—¿Por qué le has dicho eso? —Se suponía que Julia debía gritarle o al menos jurar un poco, sin embargo, lo dijo en un tono perfectamente cuidado y respetuoso como su madre le había enseñado.

—Porque es cierto —contestó Samuel, perdiendo el tono alegre que había mantenido con Hendell.

—¡Claro que no es cierto! —Su tono subió levemente.

—Te aseguro que sí que es cierto...

—¿Ah sí? Pues ayer, mientras estabas con —la asquerosamente hermosa Zafron Minombreesgenial, alias «Pradas de segunda mano»— la señorita Milner, me pareció que no pensabas demasiado en ese amor a primera vista.

Samuel se tensó. ¿Cómo sabía ella lo que había pasado con Zafron?

—Guapa, ¿viste cómo se me tiraba encima? Te juro que fue el desayuno más incómodo de mi vida. No te imaginas lo difícil que estuvo comportarme a la altura, imagínate si me alejaba de ella, ¿qué habrían pensado mis compañeros de mesa?

—¡Qué no tenías hambre! Pero no hablaba del desayuno —en realidad sí, un poco— sino del beso. Les vi tan compenetrados —su tono empezó a subir de una forma que a Sophia no le habría gustado—, caray, qué compenetrados. ¡Y ni hablemos de la cena!

—¿Beso? No recuerdo ningún beso. —Mierda, al menos fue un buen beso—. La cena... pero si busqué a tu amiga, Esther, por todo el hotel para pedirle tu número y avisarte que llegaría un poco tarde. Lástima que no la encontré. Pero tú —expuso, señalándola con el dedo—, de qué te preocupas por un beso que ni siquiera puedo recordar que

existiera, si yo te encontré con tu hermosa boquita en la polla de un...

—Adiós. Me duele un montón la cabeza.

—Mira, es nuestra primera pelea y no podemos dejarla así, ¿cierto?

—Felación, dices... Mmm no recuerdo nada similar, oh, no. Creo que te ha pasado lo mismo que a mí con lo de tu beso, te has confundido.

—Eso creo. ¿Ha terminado la pelea?

—¿Cuál pelea?

Los dos se sonrieron con un encanto y una inocencia... pero sus cerebros maquinaban algo mucho menos encantador. Ya se lo harían pagar.

¡Sí, tan confuso, un milímetro más y te le tragabas hasta los huevos!, pensó Samuel, ¡Pero esa mamada será lo único realmente bueno que te pase antes de deshacerme de ti!

¡Así que no te la podías quitar de encima, pobrecillo!, pensó Julia, ¡Pero ese beso te costará al menos un 15% de tus acciones en Evans ICorp, mi pequeño regalo de bodas, claro!

Julia entrecerró los ojos y negó con la cabeza, no se iba a subir con Samuel en la moto acuática. Qué gracia tendría si sospechaba que él no la dejaría manejarla, definitivamente no ¡Hacía exactamente todo lo que no debía de hacer! Las clases de su madre se habían ido al garete desde que ella había llegado a Venus.

—Yo conduciré una y tú otra —avisó.

—¿Alguna vez has conducido una? —preguntó él con una cara de impaciencia que no podía evitar.

—No, pero he escuchado que es fácil.

Samuel terminó por encogerse de hombros.

—¿Entonces qué tipo de motos quieren? —intervino el hombrecillo que alquilaba las motos.

—Esta para mí. —Samuel señaló la que tenía justo al lado, una que a todas luces parecía ruda—. Y esta —continuó, señalando una mucho más pequeña que además era rosa— para ella.

El hombre procedió a darles algunas indicaciones y a arreglar lo del alquiler con Samuel. Julia observaba la moto como si fuera una niña. Jamás había hecho algo tan divertido, porque suponía que era divertido y su millonario guaperas le había asegurado que en efecto lo era. Aunque de pronto se le contrajo la cara en una mueca.

Vivir al límite, había dicho Jona, ¿si no es ahora cuándo? Sin duda

para una chica como ella una pequeña dosis de adrenalina se acercaba peligrosamente a vivir al límite. Pero Julia había intentado vivir al límite dos días antes y no le había salido demasiado bien, por poco habría terminado acostándose con aquel muchachito y encima borracha hasta los huesos.

Miró la moto que había elegido Samuel, mientras continuaba cavilando, y entonces negó con la cabeza. ¿Cómo demonios voy a vivir al límite si dejo que él elija por mí?

—Señor, quiero aquella moto —indicó y señaló una azul y negra que no tenía flotadores a los lados.

—No puedes usar una sin flotadores —empezó Samuel.

Ya había recibido demasiadas órdenes durante toda su vida y con su madre era suficiente dictadura como para encima sumar a Samuel.

—¿Quién lo dice? Me parece que he tomado una decisión, no he pedido tu opinión —dijo y cuando esas palabras llegaron a sus propios oídos se sintió como una desconocida, pero sobre todo como una campeona, eso de decir que no cada vez le gustaba más.

Samuel la miró con la boca abierta y finalmente asintió. Si esta niñita quiere romperse sus uñas no es mi problema.

Salieron con sus respectivas motos y él procedió a indicarle cómo se manejaba. Realmente era muy sencillo. El aire les agitaba los rostros y el olor de la brisa marina les inundaba los pulmones mientras el mar brillaba tanto que dolía verlo bajo aquel sol ardiente del Pacífico.

Julia sintió un poco de pánico, pero no olvidó ni una sola de las reglas que le había indicado el hombre de las motos (por ejemplo: no acercarse a cierta distancia de la costa, donde estaban los bañistas),

ella era una experta en aprender reglas, aunque la verdad era que últimamente se estaba convirtiendo en una experta en romperlas... No te distraigas, Jul, sólo vive al límite. ¿Si no es ahora, cuándo?

Suspiró y entonces escuchó cómo la moto de Samuel cobraba vida y una sonrisa enorme le surcaba su perfecta cara de modelo pecador. Ella procedió a hacer lo mismo y quiso conocer alguna palabrota más contundente que «joder» para expresar su frustración cuando salió como a empujones, cualquiera habría dicho que la moto no funcionaba...

Respiró más profundo y volvió a arrancar, esta vez le fue mejor. Cuando la velocidad empezó a ser más constante, y sus nervios se quedaron en la costa enterrados bajo varias toneladas de arena, sintió una sonrisa tan grande como la de Samuel en su propia cara. Oh, Dios. Se balanceaban sobre el agua como si ella estuviera hecha de magia y el cabello se le agitaba con el aire. Lo mejor fue cuando llegó al lugar donde las olas son más altas. La moto saltaba como una posea y si no fuera porque tenía que ir tras Samuel se habría devuelto una y mil veces sólo para sentir cómo se elevaba en el aire y volvía a caer al agua con unos saltos de infarto.

Tras dejar atrás las olas se encontró con la imagen de Samuel en su moto sobre un mar que parecía tan calmado, relajante y profundo; él se levantaba sobre sus pies y el traje de neopreno se le pegaba como una segunda piel, no había querido llevar el chaleco salvavidas, así que su traje era lo único que le cubría... Su espalda ancha, su cadera estrecha, su trasero respingón y sus piernas como troncos conformaban la silueta más apetecible que ella había visto jamás.

—¿Tienes miedo? —gritó a Julia, sacándola de sus fantasías.

—¿De tí? —replicó, burlona—. Podríamos hacer una competencia o algo.

—No quisiera herir tu orgullo, de hecho, debo felicitarte por no haberte dado un chapuzón durante los primeros diez segundos. Esa moto no es para principiantes.

—¡No me digas! ¿Entonces, me atrapas tú o te atrapo yo?

Ya quisieras poder atraparme, nena. Pero ten la seguridad que eso no va a ocurrir ni aquí ni en ningún otro lugar.

—Tú ya me tienes atrapado, Jul. Desde el día en que te vi.

No tanto como me gustaría, pero primero se congela el infierno antes de que te deje escapar.

—Entonces atrápame a mí, a ver si puedes.

Julia salió a toda velocidad y Samuel hizo otro tanto, ambos hacían quiebres improbables que sólo en el agua eran posibles. Saltaban, giraban, rebotaban, incluso parecían volar, se adueñaban del mar como si fuesen sus amos. Él intentaba interceptarla y engatusarla, aprender sus maniobras, predecir sus siguientes movimientos, provocarla y toda aquella técnica que se le ocurrió. Pero Julia nunca cayó, el mar era una pista infinita para ella y ni por un segundo la tuvo lo suficientemente cerca, ella no resultó predecible y eso le sorprendió.

Samuel no podía creer que atraparla empezara a parecerle un imposible. ¡Él era el gato y ella el ratón! Hasta hacía media hora Julia no tenía la menor idea de cómo usar una moto de agua y él en cambio le enseñaba cómo hacerlo. Contra todos los pronósticos la chica no se había caído (aunque había estado muy cerca).

—Creo que no puedes conmigo, Samuel.

—Eso es lo que te estoy haciendo creer, guapa —fingió él—. La verdad es que verte recortada contra el horizonte me está poniendo un poco nervioso y eso que llevas ese horrible chaleco salvavidas, pero en fin..., con la parte inferior del bikini es suficiente para que un tío sensible como yo quede bastante impresionado.

Julia sintió un cosquilleo y una humedad en aquel sitio céntrico que vibraba tanto últimamente. Bajo el chaleco llevaba su blusa de neopreno y la parte de arriba del bikini y sin embargo se sintió desnuda al ver la mirada oscura de Samuel.

—Tanto como para foll... —detuvo su argumento, lo mejor era que usara otra palabra—... hacerte el amor aquí mismo.

Ambos tragaron con dificultad y como por casualidad miraron ese sol malvado y cruel que de pronto había aumentado la temperatura hasta las llamas. ¡Maldito sol!

—Yo también podría decir que me pones nerviosa, ¿sabes?

—¿Qué tan nerviosa?

—Como para preguntarme de qué vamos.

El sol probablemente se enfrió, quizá hasta se congelara. ¡Maldito sol!

—¿A que te refieres?

—Tú sabes a qué. Yo vine a este lugar para casarme con un millonario, pero nunca creí que en tan solo la primera semana habría encontrado uno tan fácilmente. Uno que incluso asegurara que yo sería su futura esposa...

—Así es el amor a primera vista.

—Esto no es amor y ambos lo sabemos. ¿Qué estás haciendo aquí,

Samuel? —Acercó su moto a la de él y quedaron a menos de un metro.

—A lo que viene todo el mundo, sé perfectamente qué son las Vacaciones Venus y vine porque era justo lo que necesitaba. Quiero casarme y me parece que una chica joven, guapa y preparada es una buena opción. Tú eres mi mejor opción. —Su cara se tensó. No quería tener esa conversación. ¡Todo se le estaba apresurando demasiado!

—Debe de haber miles de chicas así en tu mundillo de negocios.

No conozco una sola tía de esas características y no creo que la llegue a conocer en mi vida. Mi mundillo... si supieras...

—No son tan atractivas —bromeó.

—No te creo. Mira, Samuel, sé que piensas que soy una tonta...

—Yo no pienso que eres una...

—Claro que sí —atajó ella—. Nunca has querido hablar sobre tu trabajo, ni sobre nada que requiera más esfuerzo que si hace o no mucho calor, que si conozco o no tal ciudad, que si vi esta o aquella película. Vamos, que ni siquiera hemos hablado de literatura, ¿temes que sólo lea revistas de moda? No soy una imbécil, sé algo de tecnología; puedo entablar perfectamente una conversación sobre los conflictos que del otro lado del mundo; tengo mis propios criterios sobre nuestro gobierno y sus políticas; de hecho, si me esfuerzo puedo diferenciar entre Osama y Obama.

Perfecto, pues yo no tengo ni puta idea de nada de esa mierda. Lo de Osama y Obama sí, por supuesto, pero sólo eso.

—Nena, nos estamos conociendo. Me parece que no son los temas más apropiados, son muy aburridos.

—¡Es el mundo en el que vivimos!

—Julia...

—Cuéntame de tu familia.

Joder, joder, jodeeeeer.

—Ese también es un tema aburrido...

—Nuestras familias van a emparentar, ¿no? Creo que es algo primordial, de hecho.

—Tengo una madre, un padre y un hermano.

Ella levantó las cejas. Él se rindió.

—Mi madre es una mujer muy intensa —no puedo creer que esté hablando de mamá con una cazafortunas, espero que jamás se entere—, como todas las madres supongo, siempre pendiente de mi peso, mis citas, mi vida o cualquier cosa. Le encantan las flores y tiene el jardín más increíble que puedas imaginar, además, pertenece a clubes de lectura, cocina y cualquier cosa que se te ocurra. Mi padre es un hombre ejemplar, de esos que siempre andan haciendo el bien y a los que el mal no se les acerca ni por error. Es abogado, aunque también se dedica a coleccionar arte y antigüedades. Siempre que lo ves te encojes un poco, intimidado por su gran tamaño, pero en su interior en lugar de un ogro vive un oso de peluche.

Se quedaron en silencio. Ella lo estudió con su mirada y luego volvió a atacar:

—No me has dicho nada de tu hermano.

Samuel miró hacia la playa y quiso estar más cerca del rompiente de las olas para que una lo arrojara fuera.

—Jake es un buen tío.

—¿No se caen bien? —preguntó al ver que él no se esmeraba demasiado con la descripción.

—Es dos años menor que yo y... —Dios, qué digo de ese jodido gilipollas, ¿la verdad?— Pues nada..., es un espíritu libre. Le gusta viajar, tener chicas en su cama, le fascina sentirse a su aire—joder, no sigas—, se vuelve un poco loco con el dinero, sólo conoce sus reglas, es imprudente...

—Ja, ja, ja —rio ella—. ¡Pero si te estás describiendo!

A Samuel se le encogió el estómago hasta desaparecerle del cuerpo. Ni siquiera estuvo seguro de que su cara no se contrajera como si tuviera mierda en la nariz.

—Creo que —continuó Julia— me gustaría conocer a Jake Evans. —Él desvió la mirada hacia la playa, apretando sus puños.

No, nena, estoy seguro de que no...

—Jake Evans no dudaría ni un minuto en llevarte hasta la cama y follarte.

—Tú tampoco creo que dudes demasiado al respecto.

—Creo que es hora de que me atrapes a mí... —zanjó el tema.

Samuel dejó un montón de burbujas y agua arremolinada tras de sí, dibujando el rastro de la moto.

Julia lo siguió, pero su mente iba maquinando otras cosas. Ni siquiera se ha molestado en preguntar por mi familia. ¿Por qué no quiere saber nada de mí, por qué no quiere que sepa nada de él? Además, esa cara que había puesto... Aumentó la velocidad. Samuel seguía una

dirección que lo acercaba al sol, con la ventaja de que él llevaba gafas oscuras y ella no. No creo que me engañe, por qué habría de hacer algo así.

¡Bam!

Julia sólo sintió que su cuerpo flotaba en el aire.

Samuel maldijo, se había detenido para mirar si ella lo seguía y entonces se percató de que sí lo hacía, pero demasiado cerca. Lo próximo que supo fue que la moto de ella se estampaba contra la suya y que Julia había salido volando por encima de él. Cayó al agua a unos diez metros, la contempló sentado cómodamente desde su moto, y empezó a dar vueltas sobre la superficie, rebotando como si lo que la detenía fuera césped y no el agua del Pacífico, luego perdió intensidad hasta desaparecer bajo el azul profundo. Encendió su moto y se dirigió hacia el lugar. Segundos después ella salió. Al menos fuiste precavida con el chaleco.

—Maldita sea —balbuceó Julia cuando consiguió que el salvavidas la sacara a flote—. ¡Imbécil, casi me matas! —Se sentía histérica y estaba completamente trastornada, sin tener la menor idea de dónde estaba—. ¡Casi me mato!

—Te dije que esa moto no era para ti.

Ella enfocó la vista y buscó el lugar del que provenía la voz hasta encontrarlo, cuando lo consiguió vio que tras él (en un plano borroso) se veía su moto solitaria y traicionera.

—¡Estás de broma! La moto no tiene nada que ver. Si tú no te hubieras detenido tan de pronto...

—Anda, deja de discutir y sube. —Le tendió la mano para ayudarla a

subir a su moto, pero ella lo desfragmentó con la mirada.

—¡Vete a la mierda! —Joder, Jul, así no hablamos las damas... a la mierda las damas y a la mierda Samuel.

—Jul...

—¡No me llames Jul!

—¿Por qué no? —gritó, ya empezaba a dejar de ser divertido.

—¿Me has pedido que te llame Sam a ti? ¿Lo he hecho yo? Pues no, así que no seas igualado.

—No sé qué demonios te pase, pero... —Se lanzó al agua sin siquiera pensarlo—. No voy a soportar una estúpida pataleta de niña mimada.

—Yo no soy una niña mimada —chilló y le dio un guantazo—. Aquí el hijo de papi y mami eres tú.

—¡Tú eres un parásito que sólo busca dinero!

—Y tú un bastardo perdedor que necesita comprar a una mujer.

—Puedo tener a la mujer que quiera...

—¿Ah sí? Entonces no deberías estar en Venus... ¿Te amputaron el pene?

—¿Qué...? Pero qué coño... —Sacudió la cabeza y arrugó el ceño.

—Para que estés tan necesitado de una mujer... pues..., no sé. Quizá te amputaron el pené y estás tan castrado como un...

La sacudió fuerte por los hombros y la acercó tanto a su cuerpo que a ella le quedó muy claro que su pene no tenía nada de amputado. Le agarró la mano y se la llevó a su inmensa erección.

—¿Te parece amputado?

—¿Qué? —fingió un tono sereno—. ¿Estás seguro de que no es una vagina?

La lanzó lo más lejos que pudo y maniobró casi de forma imposible para medio deshacerse del traje de neopreno. Dejó su herido y orgulloso pene al desnudo y como si tal cosa se colocó flotando de espaldas y se llevó la mano a su... endurecimiento.

Julia siguió la dirección de la mano de Samuel. Arriba, abajo, arriba, giro a la derecha, movimiento con el pulgar, giro a la izquierda, abajo, arriba... Madre mía.

Samuel estaba tan duro como una piedra, desde que la había visto subida en la moto se había mantenido en una perpetua semierección, pero cuando la vio gritando como loca eso de semi pasó a convertirse en totalidad. Esta mujer me vuelve jodidamente loco, como un maldito crío.

—Ah, mira, sí es el penecillo valiente —concluyó ella y con toda la fuerza de voluntad se resignó a apartar los ojos y nadar hacia su moto que entonces le pareció a miles de kilómetros.

¿Penecillo? ¿Le había llamado penecillo? No, eso no quedaría impune. Samuel nadó tras ella y al instante la alcanzó, le sujetó una mano y la llevó hacía su penecillo. Julia abrió la boca dispuesta a protestar y quizá asesinarlo por semejante descarado, sin embargo, fue como si la mano se le hubiera quemado. ¡Otra vez ese maldito sol! Y no pudo hacer nada distinto a estrechar su mano y hacer con ese musculo exactamente lo que él había hecho un instante antes... Arriba, abajo, arriba, giro a la derecha, movimiento con el pulgar, giro a la izquierda, abajo, arriba.

Lo besó como nunca había besado y poco le faltó para derretirse

cuando Samuel ahogó un gemido en sus labios, luego las manos de él le desataron el chaleco y sus cuerpos se pegaron tanto que si ese maldito sol se ponía un grado más caliente terminarían completamente fundidos. Los pechos quedaron al aire, aunque no por mucho tiempo porque él se encargó de ahuecarlos en sus labios, succionarlos, mordisquearlos, arañarlos, torturarlos, besarlos y todas esas cosas que Julia no sospechó podían sentirse tan vulgarmente bien.

La mitad del tiempo se hundían y la otra mitad trataban de seguir a flote, pero ni siquiera eso los detenía, al menos no al principio.

—Jul, te juro que me duele desearte tanto. Maldita sea, terminaremos ahogándonos. Vamos al hotel, Dios, necesito llegar al hotel ya y hacerte lo que he querido hacerte desde el primer día. —Volvió a besarla y le mordió el labio inferior como si quisiera prendarse de él.

—D..e... a...c...u...e...r...d...o... —Sí, sí, sí.

Cuando Julia y Samuel llegaron al Hotel Venus no pudieron menguar su pasión y eso que el maldito sol ya se escondía por el horizonte. Se metieron mano en la entrada, en el ascensor, el pasillo y entonces, cuando él apenas buscaba la llave de su habitación, la puerta se abrió como por arte de magia.

—Sam, querido... —susurró Zafron Minombreesgenial, desde el otro lado de la puerta con tan solo unas pequeñas bragas... ¡comestibles!

Loren salió de la ducha entre maldiciones y charcos de agua. Odiaba que la interrumpieran cuando se bañaba, pero era demasiado nerviosa como para no contestar una llamada. Las raras veces en que no contestaba al teléfono del quedaba una sensación de terror e imaginaba que quien la llamaba quizá estaba pasando por alguna emergencia.

—Cielo —contestó al ver que era su sobrina—, ¿estás bien?

—No —susurró Julia desde el otro lado.

—¿Qué pasa?

—Samuel Evans es una basura asquerosa...

La joven le contó a su tía todo, absolutamente todo, lo que le había pasado con Samuel. Loren se quedó patidifusa con el empeño de Julia en conseguir que ese tipo se fijara en ella y de pronto se dio cuenta de algo espantoso.

—Jul, esto no es por su dinero, ¿cierto?

—¿De qué hablas? Claro que es el dinero, ese es el único motivo por el que estoy aquí.

—Tú y yo sabemos que eso no es verdad, cariño. Si fuera así no te importaría y ya estarías detrás de otro hombre.

La línea se quedó sumida en el más profundo de los silencios. Luego Loren continuó:

—Ahora si me estoy preocupando, Jul. Maldita sea, tu madre es la única culpable de esto. Te ha tenido toda la vida encerrada en una burbuja, no sabes nada de nada a excepción de cómo cazar a un millonario, pero esa no es la vida real y ahora que por primera vez te enfrentas a ella te topas con un gilipollas que te ha atontado en una semana. ¡Una semana! Y tú caes. Pues claro que vas a caer, ese chico es probablemente la piedra con la que cualquier mujer debería tropezar, aprender y luego alejarse. Eso si eres una mujer normal, no una cazafortunas...

—Tía...

—Cállate, ¿es que no comprendes que vas a echar a perder tu vida?, maldita sea. Ese muchachito ya no es ningún misterio, me imagino que ya sabes por qué está ahí...

—¿Por qué? —No tenía ni la menor idea.

—¡Ves, lo que te digo! ¡Pues para follarse a todas las tías que pueda! El muy cabrón seguramente no ha dejado ni una sola braga en su sitio allá, donde sea que vive, y se ha metido en ese hotel para encontrar nuevos polvos. Pero si el jodido no es ningún idiota, sabe que ahí la única competencia que tiene son unos vejetes y que las mujeres harán exactamente lo que tú. ¡Ir tras el millonario guapito!

Julia abrió la boca para decir que esa era una completa tontería, pero la verdad era que no tenía una teoría mejor y que pensándolo bien era, para su desgracia, algo muy plausible. Samuel sólo la usaba. Claro, por eso jamás permitía que pasaran a temas personales...

—No puedo creer que alguien pueda hacer algo así....

—Aléjate de él. Joder, aléjate de ese hotel y de paso de tu madre. Jul,

no necesitas venderte. No lo necesitas.

Pero sí lo necesitaba, si no lo hacía su madre jamás la perdonaría. Ella había vivido tanto tiempo deseando su cariño, cumpliendo todos sus caprichos, obedeciendo sus órdenes, llamándola de usted y sólo para convertirse en la hija que ella quería y así se pudiera sentir orgullosa. Julia no quería nada más en el mundo que darle a su madre el sueño de toda la vida. ¡Convertirla en la reina!

—Ven, Jul, vivirás en mi casa mientras tanto...

—No, tía. He perdido una semana y probablemente me cueste demasiado cara, pero recuperaré hasta el último minuto. Vine aquí con un objetivo y lo voy a conseguir.

Julia contempló el local donde estaba la joyería, una de las más lujosas de los Estados Unidos, en el hotel. Hasta de eso se encargaba Venus. Cuando había llegado, al mirarla, se dijo que justo ahí su futuro marido le compraría el anillo de compromiso... Sin embargo, había hecho todo mal. No le había hecho caso a su madre, se había obsesionado con Samuel Evans y se había quedado atrás en el juego.

Cuando encontró a aquella tipa en su habitación no tuvo dudas de que él ya se había acostado con ella. Se sintió tan usada como jamás se lo había hecho sentir su madre y eso era mucho decir. Julia había estado a punto de hacer exactamente lo mismo que Zafron, entregarse a ese idiota. El deseo la había nublado por completo. Su madre se lo había dicho en muchas ocasiones, jamás debía apresurarse con el sexo o los hombres perderían el interés.

Samuel se había acabado para ella. No entendía por qué le daba tanta rabia y porque algo en su interior le gritaba que sacara las uñas y se lo arrebatara a Zafron, pero no haría eso. Lo que iba a hacer era lo que se esperaba de ella. A por Hendell.

Lo primero que hizo fue enviarle una nota de agradecimiento por las flores. Pensó en aclararle que ella y Samuel no tenían nada, pero eso horrorizaría a su madre. ¡No se podía ser tan desesperada! Dejaría que la suerte la ayudara un poco y si eso no servía se desesperaría. Para su fortuna la suerte fue muy generosa. Hendell la invitó a cenar. Ella ya había visto otras chicas rondando al millonario, pero eso no le importaba. Además, él no se mostraba interesado por ninguna de ellas, lo que sí pasaba con Julia. Tal vez fuera más sencillo de lo que creía. ¡Ella estaba jugando y quitaría del camino a quien fuera con tal de ganar!

Había evitado a toda costa hablar con su madre, siempre inventaba que estaba tan ocupada con Hendell que casi ni paraba en su habitación, por lo cual no podían comunicarse tanto. Sophia no se alegraba nada, estaba segura de que su hija cometería cualquier estupidez si no estaba bajo su tutoría. Si supiera...

Samuel vio el nombre que aparecía en su móvil y lo arrojó a la cama. No quería hablar con nadie, mucho menos con su hermanito. Todo le había salido mal. Lo sabía, acostarse con Zafron había sido una tontería, al menos acostarse tan pronto. Ahora Julia no quería ni verlo, lo ignoraba, rechazaba sus atenciones y se paseaba con aquel tipo patético.

Odiaba que sus planes se hubieran estropeado tan precipitadamente. Joder, justo cuando se iba a acostar con Julia. Julia. ¿Por qué no se la sacaba de la mente? Tan sólo era una abusiva cazafortunas a la que sólo le interesaba el dinero y a pesar de todo lo hacía sentirse el peor de los cabrones.

Samuel jamás había jugado con ninguna mujer, siempre era claro con sus intenciones, porque generalmente se acostaba con mujeres agradables. Pero ella era una cazafortunas que sólo quería su billetera, no se merecía su respeto, no debía sentirse mal por nada. ¡Pero lo hacía, vaya que lo hacía!

Su cabeza le decía que tenía que divertirse, si con Julia no había servido, entonces que viniera la siguiente. Como había fantaseado que sería. Sin embargo, un coñazo de vocecilla le susurraba que no dejara que Julia se le escapara.

Y luego estaba Zafron. Dios, no lo dejaba en paz, le incomodaba tanto que ni siquiera se la ponía dura de tan intensa que resultaba. ¿Por qué la compañía de Julia jamás lo incomodó? Porque es una cabrona sutil y calculadora que está dispuesta a robarte el apellido sin que te des ni cuenta. En cambio, Zafron se comportaba como una prostituta muerta de hambre y no desperdiciaba ni un segundo para pedirle dinero. Que para el salón de belleza, que para un nuevo vestido, que porque tenía un problema en casa...; desde luego él no le había dado ni un centavo.

—Señor Evans, qué puntual. Ese siempre es un buen indicio de que la cena será buena —dijo Ingrid, su nueva víctima.

Samuel se sentó frente a ella, sonrió y contestó:

—No podía esperar un minuto más para verla, señorita. Está usted preciosa. Pero ¿Qué tal si nos hablamos de tú?

Una chispa de triunfo iluminó la mirada de aquella rubia y a él no le pasó desapercibida. Había ido a divertirse con esas mujeres y eso era lo que haría. Al carajo con Julia.

—Me parece genial, Samuel.

—¿Pedimos algo de tomar mientras charlamos un poco?

Terminó su pregunta con la sonrisa más encantadora que tenía... hasta que vio a quienes entraban. Era la quinta vez en que veía a Julia y Norman Hendell juntos durante esa semana y para ella no parecía ser ninguna tortura...

Su hermano lo había llamado al menos mil veces. Ya temía lo peor. Sabía exactamente lo que estaba pasando: se había metido en un problema gordo.

Joder, Jake, qué coño has hecho.

Miró al mar recortando el horizonte y como de costumbre empezó a pensar en Julia... Nunca había pensado tanto en una mujer. Me he obsesionado, eso es todo. Ya se me pasará... se me tiene que pasar.

Quedaban poco más de dos semanas para que Venus cerrara sus puertas, la parte más cuerda de sí le decía que se fuera ya mismo y se olvidara de ese estúpido juego en el que se había metido. Pero nunca conseguía hacerlo. Ingrid le agradaba, no era tan molesta como Zafron, aunque tampoco le hacía sentir como Julia.

Sacudió la cabeza con efusividad, no podía pasarse el día entero pensando en esa... innombrable. Buscó un espejo y miró su imagen. Cada día se sentía más avergonzado de sí mismo, ni siquiera un millón de aventuras con mujeres hermosas conseguirían que se sintiera mejor. Me he equivocado de pies a cabeza, debo irme de aquí y reponerlo todo... Pero, maldita sea, no puedo. Sólo será Julia, sólo ella. Es la única manera de que me la saqué de la cabeza. No podré vivir tranquilo si no termino con ella...

Samuel llegó a la playa y se acostó en una tumbona. A su lado había un montón de huéspedes, entre ellos Norman Hendell. Evitó dos arcadas al verlo en zunga. ¡Era la cosa más desagradable que jamás habían visto sus ojos! Estaba tumbado boca abajo, para más tortura visual, y la piel se le veía achicharrada por el sol. Al menos Julia no estaba con él, cosa que le causó un alivio imprevisto.

Cerró los ojos y se llevó las manos detrás de la cabeza. Necesitaba volver a meterse en el juego. Como el gato, por supuesto. ¿Cómo era que decía la canción? Ratón, que te pilla el gato. Ratón, que te va a pillar. Si no te pilla esta noche, mañana te pillaré. Sí, eso era. Ya la pillaría y entonces su aventura en Venus habría terminado.

Por fin sintió que se relajaba un poco y entonces un golpe en plena cabeza lo sacó de cualquier fantasía aventurera... Para cuando abrió los ojos se encontró tirado en la arena y viendo nublado. Se llevó la mano al lugar golpeado y recuperó ese signo vital llamado respirar. ¡No había sangre!

—¡Jesús! Señor Evans, disculpe. Ha sido un accidente. Estábamos jugando voleibol y se me fue un poco la mano.

—Joder, creía... —No tenía ni la menor idea de qué creía o si creía algo siquiera.

La joven estaba un poco nerviosa y empezó a disculparse de todas las formas posibles y preocuparse porque a él le sucediera algo o quizá era más bien que temía que él fuera de esos millonarios que abusan de su poder y la acusara de atacarlo o algo así.

—No te preocupes, guapa. Estoy perfectamente —le avisó.

—¿Está seguro?

—Claro que sí. ¿Por qué mejor no me invitas a jugar y nos olvidamos de este accidente?

—¿A jugar? —Balbuceó—. Bueno, es que no sé si querría. Somos puros —cazafortunas—... esto... jóvenes. Usted me entiende. —Miró hacia la cancha de voleibol y vio a sus compañeros y compañeras de juego.

Samuel siguió la mirada de ella y se encontró con Julia que reía como si tal cosa con un guaperas.

—Nena, ¿acaso tengo pinta de snob? O, ¿es que no invitan a los millonarios a sus juegos?

—No, claro que no. Llámame Lucy, ven y te presento. Puedes jugar en mi equipo.

—Chicos, Samuel Evans fue mi pobre víctima. Pero ya me ha perdonado el golpazo y lo he invitado a jugar —canturreó Lucy.

Julia que estaba hablando muy cómodamente con un chico de su edad, llamado Bobby, a varios metros del nuevo jugador, se quedó de piedra cuando escuchó el nombre de ese cretino asqueroso. Inmediatamente se le pasó el buen humor y se despidió de Bobby en un susurro a su oído.

—Julia, pero si el juego está reñidísimo y eres de las mejores —respondió él en otro susurro.

—Es que me da un dolor de cabeza terrible si me expongo demasiado al sol —se disculpó.

—A mí no me engañas. Ese millonario es tu dolor de cabeza, ya te había visto antes con él..., pero tú ignóralo, está en el otro equipo.

¡Por favor!

Julia suspiró. No debes de huirle a ese estúpido, él es quien debe sentirse avergonzado por ser un gusano asqueroso, no tú.

—De acuerdo, sólo porque me caes muy bien.

Bobby sonrió. Era muy mono. Julia ya había charlado con él durante toda la semana y le parecía un hombre interesante. Hasta donde sabía tenía pescado a un ranchero sureño. Sí, la cacería en Venus no discriminaba preferencias sexuales.

Samuel maldijo mentalmente cuando se enteró de que no jugaría en el mismo equipo que Julia, pero no importaba. No le había quitado el ojo de encima, mucho menos si ella se había encargado de llevar un traje de baño que cortaba la respiración, y sabía que la había incomodado. Genial.

Cada vez que le daba al balón trataba de enviarlo justo donde ella estaba, aunque en ángulos imposibles, para que fallara. Pero comprobó que la morena era muy buena jugadora y que se movía como un tigre. Lo que más le molestó fue el hecho de que ella se hizo como si el mar le hablara y no devolvió sus ataques. Mierda.

Julia estuvo tratando de comportarse como toda una dama y no gritarle al imbécil ese que sólo la quería provocar. Desde el minuto uno se había encargado de incordiarla. Volvió a ver hacia donde Norman descansaba y se encontró con aquel espectáculo que era el hombre en zunga, ahogó un gemido de vergüenza ajena, y se lamentó de que él pobrecillo aún no se hubiera despertado. Esa habría sido la mejor excusa de todas para dejar tirado el partido.

La verdad era que el tiempo que había pasado con Norman no podía llamarlo desagradable. Aunque el tipo tenía algo así como el Complejo de Peter Pan, siempre alardeaba de una juventud que físicamente desde hacía mucho lo había abandonado. No era atractivo, y Julia creía que ni siquiera en sus mejores años lo había sido, pero eso todas las cazafortunas lo sabían. No había millonarios guapos en Venus, a excepción del gusano asqueroso, por supuesto. Básicamente cuando Norman dejaba el rollo «juventud no me dejes» era un hombre divertido. A ella le habría gustado como abuelo, sin embargo, tendría que conformarse con que fuera su marido. Hendell estaba encantado con ella.

Se despistó cuando el balón le dio en el hombro derecho y la dejó sentada de culo en la arena. ¡Por supuesto había sido el gusano! Sin siquiera pensárselo agarró el balón mientras pasaba por debajo de la red (irrespetando las reglas del juego) y se lo estampó en todo el morro a Samuel, luego le dio un empujón con toda su fuerza y lo dejó tan sembrado en el suelo como él la había dejado.

Todos se quedaron boquiabiertos.

—¡Esta jodida loca! —aulló Samuel y sintió el sabor de la sangre en la boca.

—¡Déjame en paz, gusano! —contestó ella y nada tonta se apresuró a desaparecer de la escena del crimen, huyendo hacia las tumbonas.

—Esto no se va a quedar así.

Samuel la siguió y antes de que ella llegara donde su vejete particular se le lanzó como si fuera su oponente y él un defensa de fútbol americano.

Julia gritó cuando se percató de que le arrebataban el suelo de sus pies y la dejaban boca abajo con los ojos cerquísima del trasero del agresor. ¡Como si ella fuera una bolsa de deporte! Por supuesto que sabía quién era ese tipo que olía a pecado e indecencia.

—Suéltame, animal —chilló. Samuel la colocó en otra posición donde le tapó la boca para que dejara de gritar, no quería que el vejete se despertara—. E igo e eltes —continuó ella con voz ahogada por una manaza enorme.

Samuel corrió como si sólo llevara una pluma encima y de paso le dio una que otra palmada al trasero de la chica. Se dirigió hacia el lugar más solitario de la playa y empezó a injuriar hasta al presidente cuando ella empezó a morderlo. Al final tuvo que desistir y arrojarla al suelo con un juramento.

—Eres un psicópata...

—Y tú una loca.

Ella se levantó y salió corriendo en la dirección que habían abandonado. No llegó muy lejos, Samuel volvió a atraparla.

—Quiero hablar contigo, nena. Relájate un poco. ¡No te voy a violar!

—No estoy muy segura...

—¡Ya quisieras!

—Y deja de llamarme nena, igualado.

Samuel soltó una sonora carcajada. Qué coño se creía esa mujer, ella lo había llamado gusano. ¡A Samuel Evans, un tipo que la podía hundir en el fondo de la mierda con tan sólo una llamada!

—Hablemos como dos adultos, ¿de acuerdo?

—No tengo nada que hablar con una bazofia como tú.

¿Bazofia? Ja, ja. Lo habían llamado cosas peores. ¿Por qué no le decía hijo de puta? ¿No era de señoritas? ¿Y robar fortunas sí? Qué cara la de esta tía. Y qué labios, y qué cuerpo... y... ¡Mierda!

—Tenemos que hablar de lo nuestro.

Ella soltó una risa irónica y a él la polla le bailó un hip hop al escucharla.

—¿Qué haces? —gritó Julia.

Samuel le amarró las manos con su camiseta. Mejor prevenir que lamentar.

—Sólo soy precavido. —Torció el gesto y descaradamente le zafó el pareo que ella llevaba atado a la cintura para amordazarla. Sí, así está perfecto. Julia abrió los ojos con terror y buscó a su alrededor, pero estaban completamente solos—. Tú y yo teníamos algo y lo has echado... lo hemos —se corrigió— echado a perder. Era algo realmente bueno.

Julia no lo podía creer. ¿Ella que había hecho? Maldito gusano, Maldito gusano, Maldito gusano, Maldito gusano, Maldito gusano, Maldito gusano, MALDITOOOOOOOOOO.

—Lo que viste en mi habitación —continuó él— fue un error. Te lo juro. Si me hubieras dejado explicártelo, nada de esto estaría pasando.

Maldito gusano.

—Te dije que Zafron se me había lanzado encima y lo que hizo esa tarde..., aparecerse desnuda en mi habitación..., ¡qué morro!

No me digas...

—Yo sería incapaz de meterme con una mujer así.

Por eso el otro día estabas con ella en la playa, por supuesto ella te estaba acosando, claro.

—A mí sólo me gustas tú.

Yo y las otras tres mujeres con las que te he visto, menos Zafron, desde luego.

—Te lo juro. Te he extrañado tanto.

Samuel se detuvo, se sentía un poco patético. Lo peor es que los ojos de Julia seguían atravesándolo como dagas homicidas. La cosa no pintaba bien. Tendría que ser más contundente.

—He extrañado tu aroma a primavera, tus ojos de oro líquido —joder, qué mierda estoy diciendo— y tus labios dulces...

Ay, Dios, que si me vomito de tanta cursilería me ahogo. No permitas que muera así.

—... los días han perdido su color, las noches me resultan tan frías —la madre que me parió, apesto— y mi corazón...

Oh, no, mi madre agonizará de vergüenza si los periódicos dicen que su hija murió ahogada por el vómito, despeinada, sudada y con el trasero lleno de arena.

Samuel detuvo toda la porquería de argumento que se estaba montando, incluso tuvo el noble gesto de ruborizarse ante tanta tontería. Pero entonces lo vio. Los ojos de Julia ya no eran dagas. ¡Los tenía húmedos!

Se apresuró a quitarle la mordaza.

—¿Estás bien, te pasa algo?

Ella lloriqueó un poco y luego lo miró hasta el fondo del alma.

—Oh, Samuel... —Hipó, desvió la mirada avergonzada y no pudo contener un nuevo sollozo—. ¡Nunca nadie me había hablado tan bonito!

A Samuel se le desencajó la cara. Tiene que ser broma. ¿Era broma? ¡Estaba llorando ante toda esa mierda que no volvería a pronunciar ni por todo el oro del mundo!

—Eh... yo —joder—... Es lo que me haces sentir.

Antes de que su estúpida lengua volviera a montar un rollo patético la tomó por la cintura y unió sus labios a los de ella. Sintió cómo la chica se estremecía en sus brazos y él también se estremeció. Si hubiera sabido que convencerla sería tan fácil no habría estado todos esos días como un idiota pensando en ella.

—¡Pensé que jamás te acercarías a pedir perdón! —susurró ella sobre sus labios.

—¿Eh sí? —se extrañó. Vaya que son raras las tías.

—¿Por qué no me sueltas?

Él la miró con desconfianza. Finalmente la soltó y se sorprendió gratamente cuando Julia se le arrojó al cuello y lo abrazó. Ahí estaba aquel olor a primavera...

—Yo también te extrañé a ti —argumentó Julia—. Creí que te había perdido.

—Nada de eso. Creo que debemos recuperar el tiempo perdido.

—¿Y Norman?

Samuel hizo una mueca.

—¿Qué con él?

—Bueno, sólo es que él es un buen hombre y...

—¿Te gusta —su billetera— él?

Julia volvió a hacer aquel gesto que lo volvía loco y a su madre también, aunque por motivos muy distintos. Se mordió el labio con una parsimonia que debía ser ilegal.

—Pues... Creo que Norman es un buen partido. Es agradable, tiene mucho dinero y, además, me hace sentir como una reina. Me da todo lo que quiero.

Así que al final Julia también era como Zafron y le pedía dinero al vejete...

—¿Qué quieres? —sonsacó Samuel.

—No, nada —indicó Julia, volviendo a morderse el labio.

—¿Por qué no me lo quieres decir?

—Esto... es que tú no eres como Norman... Él es más... no sé... más. Más adinerado, nena. Suéltalo, ten los ovarios.

—Yo bajaría hasta la luna por ti —oh, no, otra vez hablando mierda.

—Más detallista —aclaró ella—. ¿Sabes?, ayer fuimos a ver el atardecer al peñasco y, oh, Dios, es la cosa más hermosa que jamás he visto. También me dedicó una de las sinfonías de Beethoven el miércoles en el restaurante, la pidió exclusivamente para mí porque le conté que era mi preferida.

—¡Pero él no te bajaría la luna como yo! —jodeeeeer, ¿en serio estoy compitiendo contra el cruce de Peter Pan y Matusalén?

—¡Bájala, entonces! —dijo Julia y su tono fue serio.

Samuel se quedó sin palabras. Nadie podía hacer algo así... miró hacia el cielo en busca de alguna explicación metafórica y se encontró directamente con una luna llena que parecía dispuesta a echarle una bronca por usarla de anzuelo.

—Mírala ahí —improvisó él—. Acuéstate conmigo y mirémosla.

Julia la miró, luego lo miró a él, una sonrisa le tembló en los labios y por último se le volvieron a humedecer los ojos.

—Samuel.

—¿Qué?

—Creo que ver la luna es mucho más bonito que ver el atardecer desde el peñasco.

Samuel la atrajo más y volvió a besarla. Se acostaron en la arena y se

quedaron mirándola, brillante e imponente en el cielo azul, abrazados en silencio.

Samuel sintió que se asfixiaba y quería gritar, pero no podía, la voz no le salía de la garganta. Y el pecho se le oprimía cada vez con más fuerza. Era como si alguien quisiera atraparlo y jamás soltarlo. Sus músculos no respondían. Y de pronto... ¡Zas! ¡Zas! ¡Zas! ¡Zas! ¡Zas! Le estaban abofeteando. El corazón se le disparó en ese pecho que absurdamente había empequeñecido y los ojos se le abrieron con tanta fuerza que le ardieron...

Pero los ojos no le ardían por haberlos abierto de forma tan precipitada, no señor. Él no estaba teniendo una pesadilla, todo eso que sentía era real.

Julia no lo había planeado, pero los Dioses habían conspirado a su favor y ella no era una malagradecida. ¡Qué si podía llorar como la mejor de las actrices, claro que podía, su madre se lo había enseñado! Ese gusano engreído había creído que ya la tenía en su mano... ¡Iluso!

—Creíste que con esas frasecitas sacadas de alguna carta de amor de un escolar a su maestra me convencerías —gritó a Samuel que todavía se encontraba confundido.

¡Zas! ¡Zas! ¡Zas!

Samuel sacudió la cabeza. Oh, no, no, ¡coño!

¡Zas! ¡Zas! ¡Zas!

Estaba enterrado en la arena. ¿Cómo había pasado eso?, no tenía ni

idea... era imposible... ¿o no?

Julia aullaba cosas ininteligibles mientras le arrojaba arena. Por fin pudo entender lo que ella decía.

—¿Te crees que no sé a lo que estás jugando?

¡Zas! ¡Zas! ¡Zas!

—Julia, estás loca. —Intentó moverse, pero le fue imposible. Él que siempre había creído que eso de tener un sueño pesado era una virtud más que un defecto ahora confirmaba lo erróneo de ese pensamiento. ¡Me ha enterrado, esta loca ha esperado a que me durmiera para aprisionarme y torturarme!— ¿Qué coño haces? ¡Ayúdame a salir de aquí o...!

—¿O qué? —¡Zas!— No me amenaces porque por si no te has dado cuenta no soy yo la que está en desventaja.

—¡Te comportas como una psicópata!

—Tú empezaste. Me secuestraste, me ataste, me amordazaste y casi me provocas asfixia por vómito. ¡Qué manera la tuya de parodiar a un poeta! —se burló.

—Que me saques de aquí, maldita demente.

¡Zas! Pero qué se creía ese asqueroso para hablarle así.

La voy a matar, juro que la voy a matar y luego la arrojaré desde el peñasco hasta que las rocas destrocen esa estúpida cara.

—Vas muy mal si crees que voy a volver a ser tan imbécil de caer en tu jueguito. ¿A que tienes tu propio juego? ¿Qué clase de enfermedad de transmisión sexual tienes que has de venir aquí para poder follar? —¿Follar? Ups, se me escapó.

—Yo no tengo ning...

—¿No hay prostitutas en donde vives?

¡Zas! ¡Zas! ¡Zas!

Julia lo estaba disfrutando. No tenía ni la menor idea de que la venganza sentara tan bien. Hasta que una ola enorme bañó sus tobillos y vio como Samuel ponía cara de terror y desaparecía bajo el agua. ¡Oh, mi Dios! No supo que hacer más que salir corriendo, pero el grito de él la detuvo.

—Hija de puta, me vas a... —Otra pequeña ola le cubrió la cara. ¿Por qué la marea había empezado a crecer así tan deprisa?— Vuelve aquí y saca... —Nuevamente desapareció.

Julia miró hacia el mar con un terror paralizante y luego hacia la cabeza de Samuel que entonces volvía a aparecer. Si lo dejo aquí se va a ahogar y yo seré la culpable. Corrió a toda velocidad hacia él y empezó a escarbar la arena. Dios, por qué lo cubrí tanto. Cada vez que una ola lo tapaba ella se sentía desfallecer de terror y las jodidas a cada minuto se volvían más continuas, la marea se acercaba hasta ellos demasiado rápido.

Cuando Samuel por fin pudo liberar una mano empezó a escarbar también, pero su brazo estaba demasiado adormecido y ya se había tragado un montón de agua. ¡Esa loca psicópata lo mataría! ¡En qué momento había puesto sus ojos en una demente!

Julia lanzó un gritito cuando vio que Samuel se deshacía de los restos de arena al levantar su cuerpo con toda la fuerza que pudo. Entonces como una serpiente empezó a arrastrarse, alejándose del agua, y luego comenzó a levantarse como si fuera un viejecillo. Julia no le

ayudó, simplemente lo contempló con ojos de animal asustado. Él tosía, carraspeaba e intentaba limpiarse la arena de la cara con el dorso de la mano.

—Eres una puta loca, te juro que te voy a matar.

¿Pies para qué los tengo? Julia salió corriendo en dirección al hotel y por encima del hombro vio que Samuel no la podría alcanzar, debía de tener todos los músculos entumecidos.

Julia escuchó cómo alguien aporreaba su puerta. Se llevó una mano al pecho y miró la hora. ¡Ni siquiera había amanecido! Por un momento pensó que sería la policía, habían descubierto el cuerpo inerte del gusano y, como había sido la última con quien lo vieron, era la sospechosa con más probabilidades. Luego su cerebro por fin despertó y supo que no podía ser la policía. Ella lo había desenterrado y él no estaba muerto. De hecho, aunque hubiese muerto no tendría heridas ni nada que la delatase a ella, ¿no? Todos pensarían que se había ahogado sin más.

—Julia, quiero que me abras en este mismo instante —aulló Samuel desde el otro lado.

No sabía qué era peor, si él o la policía, pero era una mujer responsable, madura y... últimamente una problemática.

Salió corriendo al baño, se lavó la cara, se peinó, se puso crema hidratante y se hizo un rápido pero efectivo enjuague bucal; por último, se encaminó a la puerta.

Samuel estaba hecho un asco, fue lo único que necesitó para que su aplomo de mujer correcta se cayera al suelo.

—Te juro —amenazó él, entrando a la habitación y arrinconándola contra una pared— que lo vas a pagar. Ya llamé a mis abogados y estoy dispuesto a ir hasta las últimas consecuencias.

—Sam... Señor Evans, yo...

—Cállate, joder. ¡Por poco me matas! Me engañaste...

—Ah, no. Si aquí vamos a hablar de engaños... tú eres el maestro. Yo sólo me desquité, sí, quizá me excedí...

—¿Quizá? -la interrumpió.

—... Pero usted me secuestró y encima pretendió engañarme con esas tretas. Por no decir que casi me mata también, creo que estamos a mano...

—No me hables de usted como si yo fuera uno de esos vejetes... Un momento, ¿casi te mato? ¿Se puede saber de qué demonios hablas?

—Casi me vomito con todas las cursilerías que dijiste. ¡Dios, me habría ahogado con mi propio vómito!

Samuel inmediatamente se ruborizó, algo que no le ocurría al menos desde los quince. No sabía cómo ignorar ese tema, realmente había dicho un montón de tonterías. Y la muy bruja me hizo creer que le había gustado. Abrió la boca dispuesto a alejarse, a toda prisa, de ese tema, pero su móvil empezó a sonar. Maldita sea, otra vez no.

—No se te va a olvidar mi nombre —sentenció mientras sacaba el móvil, luego se retiró al baño de ella y antes de cerrar la puerta gritó—: Ni se te ocurra mover ese hermoso culo de aquí o te arruinaré. Mis abogados sólo están esperando la orden y son unos putos amos en su trabajo.

Eso era exactamente lo que Julia quería, salir corriendo a toda pastilla, pero ciertamente ella no quería saber nada de los abogados de un millonario estúpido. Ese gusano le iba a destrozar la vida y por ende la de su madre... Oh, no. No quería ni pensar en lo que se le vendría. Todo por no hacer caso a Sophia, le había pedido que se comportara

con recato y que se alejara de Samuel Evans y por primera vez en la vida le había desobedecido. Ahí estaba el resultado...

Se sentó en un pequeño sofá y aguzó el oído para escuchar lo que Samuel decía al teléfono, aunque no entendió nada. Ese tipo hablaba peor que una panda de adolescentes del gueto juntos.

—Ahora sí, vamos a resolver esto —avisó Samuel cuando salió del baño.

Julia lo miró de arriba abajo como el gusano que era, al menos se había lavado la cara.

—A mí me parece que la solución es muy fácil —contestó ella—; hagamos como que nada de esto ha pasado. No nos conocemos, no nos interesamos. Simplemente ignorémonos.

Samuel se lanzó en la cama como un niño pequeño y tuvo que contener una docena de blasfemias para no gemir de dolor. Se sentía peor que si hubiera competido en una maratón. Sólo Dios sabía cuánto tiempo había estado enterrado. Además, llevaba la cara y el cuello cubiertos de arañazos. Pero una cosa sí sabía: no pensaba aceptar la solución de Julia.

—Oh, nena, eso suena bien, pero hay un pequeño problema...

—Dime, estoy abierta a la negociac...

—Estoy enamorado de ti, guapa, e ignorarte me resultará pero que muy difícil. Por no decir que no estoy dispuesto a que pases de mí.

A la morena se le hizo un nudo en el estómago. ¿Enamorado? Odiaba no saber cómo reaccionar ante ese hombre tan desagradable y lo peor era que aun sabiendo de la clase de porquería que estaba hecho la atraía como un imán enorme.

—¿Sabes?, prefiero vérmelas con tus abogados. Adiós, sal de mi habitación.

—Ya investigaste todas las cuentas bancarias y descubriste que la de ese viejo del petróleo tiene más ceros que la mía, ¿cierto?

—Exactamente para eso estoy aquí y tú y todos los que estamos en el hotel lo sabemos.

—¿Entonces lo aceptas?

—Pues claro, soy una cazafortunas, Evans. Si no quisiera que nadie se enterara no estaría en Venus.

—¿Cómo puedes estar con un hombre sólo por el tamaño de su billetera?

—Supongo que de la misma manera en que tú pagas para estar con una mujer.

—Yo no pag...

Samuel se quedó en silencio, maldiciendo mentalmente. Sí, todo ese asunto de las vacaciones se le estaba saliendo de las manos y su hermano no hacía más que jorobarlo llamándole continuamente como si fuera su niñera... Tenía un problema enorme.

—¡Qué te largues! —chilló Julia.

—Seamos maduros...

—Yo soy una mujer madura. Si me quieres demandar haz lo que se te dé la gana, que para cuando eso suceda yo voy a ser tan o más millonaria que tú, querido.

Vaya, si ella hubiese sabido que en su interior habitaba un monstruo entonces lo habría sacado más seguido. Se sentía genial poner a

alguien en su sitio. No iba a permitir que esas estúpidas vibras, porque ya se había repetido hasta la saciedad que no eran sentimientos, que sentía por Samuel Evans la alejaran de su objetivo. Había trabajado duro, se había sacrificado a ella misma solamente por cumplir el sueño de su madre y ahora, en el momento decisivo, no iba a echarlo a perder por un gusano demasiado idiota y atractivo.

—De acuerdo, me iré. Pero que lo sepas, esto no se ha acabado. Por encima de mi cadáver te vas a quedar con ese tipo... ni con ningún otro.

Samuel salió de la habitación como alma llevada por el diablo, no por lo que ella le había dicho; si no por lo que había dicho él. Lo había dicho en serio. No estaba dispuesto a ver a Julia con otro hombre que no fuera él.

No podía comprender cómo podía sentirse de ese modo con una mujer así. ¿Por qué me importa tanto?, ni siquiera la conozco.

La tercera semana en Venus comenzó con más acción que las anteriores. Ya se habían dado algunas disputas entre quienes se peleaban pareja, sin embargo, al final no había pasado a más. Dos cazafortunas se habían lanzado a mitad de la piscina dándose de manotazos por un orgulloso y hinchido macho de ochenta y seis primaveras o más bien inviernos... También dos millonarios habían tenido una acalorada discusión en el casino, cada quien apostando más y demostrando ser mejor partido que el otro para impresionar a una hermosa chica de rasgos nativos que era menor que sus propias nietas.

Julia se había propuesto cumplir con su objetivo como si su madre estuviera allí con una lupa en la mano, revisando cada movimiento. Gracias a Dios a pesar de los errores que ella había cometido con el gusano, el señor Hendell estaba hipnotizado con ella y parecía adorarla.

A Samuel lo había evitado en todo momento y las flores que cada día le llegaban a su habitación junto a una nota de perdón las había tirado inmediatamente a la papelera... no sin antes llevárselas a la nariz y perderse en su aroma. ¡Lo odiaba, claro que lo odiaba!

Hasta que él apareció en su habitación.

—Vengo a proponerte una cosa, Jul.

—Lárgate de aquí inmediatamente.

—Quiero follar hasta que nos duela.

Ella se quedó atónita sin poder evitar que un escalofrío le bajara directamente al clítoris y que sus pezones cosquillearan en el sujetador.

—¿Qué clase de mujer crees que soy?

—Mejor no toquemos ese tema...

—No voy a permitir que me ofendas...

—Yo quiero que te acuestes conmigo, tú me quieres a mí como marido. ¿Por qué no hacemos un trueque y ya está?

—Samuel, tengo a Norman Hendell, para qué te querría a ti... Tu billetera es mucho más delgada.

—Yo no soy un saco de arrugas.

—¿Esa te parece una ventaja?

—Claro que es una ventaja.

—No, si llegáramos a casarnos sería más fácil que me dejaras tú a que me dejara Normal y ese sería un muy mal negocio. A mí no me gusta perder. Por no decir que tú no te casarías conmigo ni aunque yo fuera la Diosa del sexo.

Samuel se quedó con la boca abierta. Sin duda era una mujer directa y no le daba pena admitir su desfachatez.

Julia se sentía como la bruja malvada. Nunca antes había estado tan cómoda, entonces cometió una locura... Hizo exactamente lo que quería hacer. Ella tendría todo lo que su madre quería, un marido multimillonario, pero también lo que ella quería, divertirse con Samuel. No había tenido una aventura, pues la tendría.

—Samuel, yo también quiero f... follar contigo. Y podremos hacerlo, pero con algunas condiciones.

A él el pene le empezó a cobrar vida, ansioso. Aunque por otro lado le molestaba lo que ella decía. ¿Quién me entiende, joder?

—¿Qué condiciones?

—Será cuando yo lo decida. Y será secreto. Mi relación con Norman continuará, lo nuestro sólo va a ser sexo.

—¿Cuándo piensas decidirlo?

—Cuando me dé cuenta de que no eres un idiota. Ah, tampoco pienso aceptar que te acuestes con todas las chicas de Venus. Sí quieres hacerlo conmigo será sólo conmigo.

¿Qué? Era un coñazo de propuesta... Estaba claro que él era el único que salía perdiendo.

—Tú tampoco te acostarás con el viejo.

—Soy yo la que pone las reglas, Samuel. Yo haré lo que sea por la fortuna de Norman y si es necesario acostarme con él lo haré. —A pesar de lo que decía sentía una sensación horrible al imaginarlo.

—No voy a aceptar eso.

—Entonces adiós. Realmente estoy cansada y quiero...

Samuel se abalanzó sobre ella la empotró contra la pared, hundiéndole las uñas en el trasero. No la besó, posó su boca directamente sobre su pezón que resaltaba bajo la seda de la bata. Lo mordió despacio y cuando escuchó a Julia gemir la empujó con su pene contra la pared. Los dos jadearon.

—Acepto —murmuró separándose del pezón torturado—, te aseguro

que tu cuerpo va a quedar tan saciado de mí que ni siquiera vas a poder follar con él. ¡Me suplicarás que te la meta y cuando lo haga yo no la sacaré hasta que mojes el puto suelo!

Estaba segura de que ese lenguaje debería haberla ofendido, pero lo único que le hacía sentir era deseo irrefrenable.

Samuel colocó una de sus manos sobre la vagina húmeda y la movió de arriba abajo, cubriéndose de la lubricación de Julia, después llevó uno de sus dedos hasta la hendidura entre las nalgas ella y cuando encontró el punto que buscaba lo humedeció.

Ella se tensó, pero no de incomodidad sino de placer. Poco a poco fue adentrando su dedo, mientras con los otros acariciaba el clítoris.

—Oh, nena, te gusta que te toque el culo —jadeó en los labios de ella.

—No me llames nena —susurró ella al punto del éxtasis.

—Eres tan hermosa, Julia. Podría tomarte aquí mismo de mil formas.

Ella se sujetó más fuerte a él y lo sintió.

Aquel maldito italiano que le había enseñado como mantener relaciones sexuales jamás la había hecho tocar el cielo de esa forma.

Samuel estuvo a punto de correrse en los pantalones al escuchar como Julia gritaba y le apresaba el dedo.

Podía aprovecharse del momento, lo sabía, acostarse con ella ahí mismo y terminar con eso, pero por alguna razón no lo hizo así. De pronto descubrió que no sólo quería sexo. Quería más de ella, mucho más. Y empezaría por demostrarle que no era el idiota por el que todo el mundo lo tenía.

—Quiero que mañana pasemos la tarde y la noche juntos, Jul.

—No puedo...

—Vas a tener que poder. Quiero mostrarte algo, te va a gustar...

—Yo no...

—No tiene que ver con el sexo. Será divertido.

Julia se sacó un mechón de pelo de los ojos, pero el viento se lo volvió arrojar. Luego vio a Samuel tan sonriente y campante como si fueran a comprar unos zapatos al centro comercial.

—¿Qué te parece? —le preguntó él.

—¡Una locura! Dios, mira cómo los hace el viento... como hojas.

—Esa es la gracia, Jul. Ya verás que lo que se ve desde aquí no es nada en comparación con lo que sientes ahí arriba.

—Bien, pues ya me lo contarás.

Samuel arqueó las cejas con suficiencia, la abrazó y con voz burlona le susurró al oído:

—Tú también lo vas a hacer, cariño. No tendré que contártelo.

—No soy tan extrema.

—Esto no es tan extremo.

—Pues soy muy poco extrema, entonces.

—A mí se me da que eres una miedosa.

Julia se separó lo suficiente como para lanzarle llamas con la mirada.

—No es miedo, es respeto.

—Sí, claro. Eso dicen todos los miedosos. Juro por Dios que creí que querías un poco de aventura.

Julia suspiró profundamente y contempló lo alto que estaba del nivel

del mar. Maldito Samuel, la había retado...

Estaban en unas de las colinas más altas de la zona donde se practicaba el parapente. Samuel había probado todos y cada uno de los deportes extremos que se le habían presentado en el camino, para él ese era su mundo. Pero para Julia era como pisar el infierno descalza.

Los instructores fueron muy amables, de hecho, ella con todo y el miedo que sentía supo apreciar que el suyo era un hombretón muy atractivo al que Samuel no le hizo muy buena cara.

Cuando estuvieron preparados con el equipo Julia dejó de divagar en la belleza de los demás seres humanos y supo más que nunca que sus pies amaban la sensación de estar sobre el suelo. No, ni de coña se iba a tirar y confiar su vida a un viento impredecible, un instructor guapo y un pedazo de tela de colores.

Se ubicaron en el punto más alto de la colina, donde el viento daba con fuerza e ímpetu. Ella se agarraba a las cuerdas con toda la fuerza que tenía como si así fuera evitar salir volando mientras Samuel se desternillaba y le gritaba cosas insultantes, haciendo referencia a su cobardía.

—Oh, Jul... Puedes quedarte y no hacerlo, total que esto sólo es para personas valientes.

—¡Cállate, Evans!

En ese preciso momento la chica sintió que su instructor, que iba unido a ella, bajaba la pendiente corriendo y se horrorizó aún más al comprobar que ella le ayudaba. En pocos segundos sintió al viento arrebatársela de la tierra y el aire le dejó de correr en los pulmones...

Se iba a morir... Poco le faltó para desmayarse, pero cuando vio el mar tan brillante que dolía y las colinas verde limón se sintió morir de éxtasis. Todo el panorama de Santa Bárbara se extendía bajo sus pies, magnífico. El viento le daba de lleno acariciando su cuerpo. Vio de lejos a Samuel y lo saludó con una mano, ni siquiera podía hablar. Simplemente la había sobrepasado, era un pájaro fuera de su jaula... libre como el viento. Y lo había hecho él.

—Jul, guapa, es hora de irnos.

—¡Pero si aún ni oscurece!

—Claro que ya oscurece.

—Samuel, sólo una vez más.

—Lo hemos hecho cuatro veces...

—Exacto...

Samuel le dio un beso. Era la única forma de que se callara, cuando ella respondió con una lengua intrépida la estrechó más contra sí.

—Tengo más sorpresas para ti, si nos quedamos aquí no podrás verlas.

—¿Surf?

—Ja, ja, ja... A estas horas lo dudo, pero no voy a descartarlo para luego. —Sutilmente la condujo hacia donde habían dejado el coche que Venus les facilitaba—. Dime, ¿te gusta bailar?

Julia perdió su sonrisa inmediatamente.

—¿Ese es el plan?

—Sí... ¿cómo no va a gustarte?

—¡Pero si es la cosa más aburrida del mundo!

—¿Qué clase de baile has estado practicando durante estos años?

—Mi madre me llevó a los salones de Nueva York durante añ...

—No, Jul, esa mierda no es un baile. Tú vas a ver lo que es bueno. Hay un salón caribeño cerca, ya me dirás si te gusta o no el baile...

—¿Qué quiere decir caribeño?

—República Dominicana, Puerto Rico y ¡Cuba! Te aseguro que nadie en el mundo sabe bailar mejor que esos jodidos latinos.

La música retumbaba desde el parqueo. Julia no tenía la menor idea de lo que era, pero sonaba muy... movido.

Se sorprendió cuando entró al lugar y se encontró con una pista atestada de parejas. ¡La madre del cordero!

—¿Qué es eso?

—Eso se llama salsa, es Celia Cruz, un ícono.

—¿Cómo sabes tanto?

—Viví algún tiempo en las islas caribeñas.

—Vaya...

—¡A bailar, Jul, que hay mucho que aprender!

Julia se plantó en el sitio en el que estaba, ni loca iba a hacer el ridículo... Nunca había bailado salsa, en una ocasión vio a unos bailarines de salsa en línea, pero estaba segura de que ese baile no se parecía en nada a lo que tenía ante los ojos.

Una pareja seguía el ritmo de la música con una sincronía perfecta a una velocidad de miedo mientras sus caderas se contoneaban de una forma que Julia sabía a ella la dejaría partida en cuatro... No, no iba a hacer el ridículo.

Pero Samuel no estaba por la labor. La obligó a ir hasta la pista y una vez la tuvo allí le empezó a indicar cómo debía hacerlo. El paso era muy simple, pero ella parecía un lagarto enyesado, lo único que medio movía eran los pies.

—Escucha la música —le dijo él al oído.

—¡Es imposible no escucharla a ese volumen!

—Me refiero a los tiempos, la música te dice lo que hay que hacer. Aflójate y yo me encargaré de llevarte.

Para cuando Julia y Samuel llegaron al hotel estaban muertos, habían bailado toda la noche. Al final Julia había estado de acuerdo en que era algo divertido, sin apenas darse cuenta se había sumergido en esas notas exóticas, pero era pésima y demasiado tiesa, aun así, se había divertido un montón.

Ciertamente el alcohol había colaborado bastante en que ella dejara la pena a un lado y se soltara, si a derecha-derecha-izquierda-izquierda podía llamársele soltarse. El punto álgido fue cuando un tambor enloqueció y ella muy en su papel intentó agitar sus hombros como una brasileña en medio carnaval... A Samuel le dio la impresión de que en cualquier momento se le iba a zafar la cabeza, pero al final lo que se le había zafado era el tacón. Tendría un buen dolor en el trasero.

Antes de despedirse Samuel le dio un beso y la dejó acostada en su

cama, con un vaso de agua y unas pastillas en la mesilla.

Julia continuaba pasando la mayor parte de su tiempo con Norman, pero mientras tanto lo único que deseaba era estar con Samuel.

Cada vez que recordaba cómo la besaba y cómo la acariciaba su cuerpo se encendía de deseo. Quería sentir mucho más que eso y le era imposible sentirse indiferente. Lo deseaba como nunca había deseado a nadie.

Mientras tanto había descubierto que Norman era un hombre encantador, inteligente, honesto y trabajador. En su compañía se sentía segura, como se hubiese sentido una nieta con su abuelo.

Era un hombre atento que en ningún momento le había faltado al respeto. Además, de ser una persona sumamente interesante. Cada vez que le hablaba de su vida, su juventud, sus inicios en el mundo del petróleo y todo lo demás, ella sólo podía sentir admiración.

Esa noche, como todas, él la acompañó hasta su habitación y muy galantemente se despidió con un beso en la mejilla y una sonrisa caballerosa.

Julia suspiró y lo miró alejarse. Se sentía culpable de engañarlo y temeraria por lo que vendría. Por muchos años que hubiera tenido jamás habría conseguido prepararse para entregarse a un hombre como él. Mucho menos de haber sentido lo que había sentido con Samuel.

Entró a su habitación y se quedó de piedra cuando lo encontró allí.

Samuel había llenado la cama de pétalos de rosa, en el suelo se veían

un montón de velas, olía a flores y él tenía dos copas de champán en la mano.

—Sé que esto es muy cliché —dijo él—, pero la verdad es que no se me ocurrió nada más, Jul. Espero que no te haya molestado que entrara así en tu habitación.

—Vaya, es... muy bonito.

Él le tendió una copa, pero antes la besó.

—¿Qué pasa, Julia?

—¿Por qué no me avisaste? Siento que no estoy preparada para la ocasión...

—No necesitas nada más...

—¡Huelo a caballo! He estado todo el día montando... Créeme necesito un baño. Sólo dame un momento.

A la morena el corazón le latía a mil.

Aparte del baño necesitaba una cita en el psiquiatra o algo por el estilo. Cuando vio a Samuel allí, disculpándose, sintió un nudo en la garganta. Era lo más bonito que había visto antes.

Se había repetido hasta la saciedad cuánto deseaba a ese hombre, pero ya no estaba demasiado segura de si sólo era deseo. ¿Esa sensación indescriptible en el estómago era deseo?

Antes de que Samuel dijera nada ella se metió al baño. Se desnudó y abrió la ducha. El agua mojando su cuerpo le dio calma, pero mientras se enjabonaba se descubrió excitada. Él estaba a tan solo unos pasos... Maldición.

Cuando terminó tomó un bote de crema, dudó un momento y se miró

en el espejo. Estaba ruborizada y nerviosa. ¿Por qué? Sabía exactamente lo que iba a pasar, sabía lo que tenía que hacer, conocía muchas formas de darle placer a un hombre... Entonces ¿por qué coño me siento como una chica victoriana?

Y una mierda, no iba a pasar toda la noche con esa tensión en el cuerpo. Devolvió el bote de crema a su lugar, se despeinó más el cabello y abrió la puerta.

Samuel estaba concentrado buscando la música cuando la escuchó salir del baño, se quedó sin habla cuando se volteó. La dueña de todas sus fantasías estaba frente a él... húmeda y desnuda, accesible y magnífica

—Quiero sentirte, Sam.

No hubo más palabras. Él se lanzó sobre ella como un depredador ante su presa. La estrechó contra su cuerpo duro, besándola, acariciándola con una pasión de todo menos delicada.

Ella empezó a deshacerse de la ropa de él y a devolverle sus caricias. Las respiraciones de ambos sonaban agitadas y entrecortadas. El aire se había calentado en exceso. Los dientes se arrastraban por las pieles.

—Te deseo tanto, Jul.

—Hazlo..., hazlo ya... te necesito dentro de mí.

Pero Samuel no pensaba dejarse llevar tan fácilmente, por mucho que lo tentara.

La tendió en la cama y conforme iba acariciando también lamía su cuerpo. Julia lo envolvió con sus piernas y gimió sin contención cuando pene duro y grueso rozó su clítoris, pero Samuel rápidamente se

apartó. Bajó despacio y tomó sus dos pechos con las manos uniéndolos y separándolos, mojó los pezones con su lengua sin quitar los ojos de la cara de ella que se mordía el labio, excitada. Se alejó un poco y sopló una corriente de aire fresco sobre el pezón que pareció incrementar de tamaño. Ella maldijo entre susurros y elevó su cadera, pero él la detuvo.

Sin previo aviso la cara de Samuel desapareció entre las piernas de ella, pronto los dedos hicieron lo mismo. Julia enloqueció, no soportaba más. Estaba a las puertas del orgasmo y él no hacía más que intensificar las sensaciones. Se agarró a las sábanas y emitió un grito cuando su cuerpo estalló de placer.

Samuel bebió cada gota de éxtasis y se excitó aún más al sentir su cara húmeda de ella. No aguantaba un minuto más. Se acomodó entre sus piernas y sintió un calambre que lo recorrió por completo cuando los ojos de ella se concentraron en la punta rosada y brillante de su pene.

—¿Lo quieres, Jul?

—¡Ya!

Samuel entró de una estocada y ella estaba tan mojada que la frágil piel de su pene se contrajo anhelante, la miró a los ojos, se separó y volvió a entrar en ella. Duro, fuerte, salvaje. Como había deseado desde el primer momento. Ella jadeaba cada vez más fuerte, apretándole las nalgas con los pies, arañándole la espalda, halándole el cabello. Él era una bestia deseosa de esa mujer.

—Oh, Diooooo —gimió ella—. Más, necesito más.

—Te voy a dar lo que pidas.

Y lo hizo, cada vez que sus cuerpos se unían él se restregaba haciendo círculos con las caderas y ella tocaba el cielo ante ese movimiento.

—Oh, Jul, no lo soporto más....

—Sam, acaríciame como aquella noche.

Él no entendió al principio, pero cuando lo consiguió por poco se corrió.

—Joder, voy a hacer algo mejor que eso.

Salió de ella y en dos movimientos la dejó boca abajo. Se levantó de la cama y la movió como si no pesara nada. Ella no entendía lo que hacía, pero al levantar la mirada lo comprendió. La había dejado frente al espejo.

Samuel se puso tras ella y Julia levantó su trasero hacia él, pero la volvió a tumbar y empezó a masturbarse. Ella no pudo evitar sentir que le temblaba todo el cuerpo al verlo manipulando su miembro. Arriba, abajo. Iba a tener un orgasmo de solo verlo. Era tan masculino, sexy y caliente.

—Jul, dime ¿qué es lo que quieres que te haga?

—Quiero que me toques por detrás —susurró estremeciéndose, sin quitar la vista de la imagen del espejo, de ese glande rosado y brillante. Sintió deseos de pasar su lengua por esa piel, de probar las gotas claras que salían...

—¿Sólo eso?

—Mmmm... No, Samuel, quiero que lo hagas duro... Quiero que la metas en mi culo mientras haces que me corra una vez más.

—Te aseguro que te vas a correr más veces.

Samuel no resistió más, cuando sintió que el semen salía se inclinó y dejó que se regara entre las nalgas de ella que inconscientemente levantó el trasero al sentir esa calidez líquida, espesa, deliciosa.

Pero se quedó electrizada cuando vio cómo él se inclinaba sobre su trasero y lamía el semen derramado. Con su lengua empujaba el semen por ese orificio que siempre había creído prohibido mientras al mismo tiempo le ponía las manos bajo los pechos y los acunaba.

Julia no podía apartar la mirada del espejo y cuando él volvió a levantarse, lamiéndose los labios se le salieron los ojos al ver que aún estaba erecto.

A sus veinticinco años ni siquiera sospechaba que algo así pudiera suceder.

Esta vez fue él quien levantó su trasero y segundos después la penetró por detrás, esta vez más despacio para que su cuerpo se adaptara a su tamaño, mientras tanto también la penetraba con los dedos en la vagina, cuando su erección empezó a entrar con facilidad aumentó la intensidad y en pocos segundos ambos se encontraron aullando como fieras.

El aroma del café llenaba toda la habitación. Julia despertó con él y cuando consiguió abrir los ojos vio que Samuel estaba frente a ella con una bandeja en la que se encontraba el desayuno más apetecible del mundo.

—Buenos días, guapa.

Julia sonrió, quitó la mirada del desayuno y la posó en la perfecta tableta de chocolate que él tenía por abdomen.

—Buenos, muy buenos, sí.

—Te ves preciosa.

Entonces por fin reaccionó. Qué preciosa ni que tres mierdas. Estaba claro que debía estar ojerosa, sudorosa, despeinada, con aliento de dragón. ¡Y él la estaba viendo!

A la velocidad del rayo se levantó y se metió al baño en busca de la solución a su desastroso aspecto, pero no cerró la puerta. Cuando con horror se miró en el espejo vio a Samuel tras ella.

—Me gustaría saber qué pasa —dijo él, retirándole el cabello de la espalda y besándole un hombro.

—Necesito asearme un poco.

—Jul, es serio, estás preciosa...

—No lo creo. Sam, por favor dame un momento.

—No pienso darte nada. Te he traído el desayuno, he esperado a que

despertaras y ahora quiero mi recompensa.

Ella se horrorizó.

—¿Por qué no crees que estás guapa?

—Porque estoy terrible...

—A mí me encantas... —Él aspiró el aroma de su cuello—. Hueles a sexo, Jul, hueles a mí. ¿Acaso yo te parezco asqueroso?

Le parecía un montón de cosas, menos eso...

—Pues que sepas que estoy tan desvelado como tú, no llevo una gota de maquillaje y estoy seguro que no huelo a perfume caro. Pero ya que insistes...

La volteó, la besó y empezó a llevarla hacia la ducha.

—Cariño, si te vas a asear va a ser conmigo.

Por supuesto hicieron mucho más que lavarle la espalda al otro. Cuando por fin consiguieron salir de la ducha el desayuno tenía un aspecto poco apetecible y el café estaba helado.

Apenas Julia había tomado el teléfono para ordenar un nuevo desayuno su móvil empezó a sonar. ¡Aparato del demonio!

—Discúlpame un momento, Sam —dijo ella mientras se iba a una esquina apartada a contestar la llamada.

Samuel se lanzó sobre la cama y como quien no quiere la cosa aguzó el oído para escuchar lo que la morena decía.

—Madre, este no es el momento... —decía ella con voz algo chillona—. Sí, sí... ¡Tengo años escuchándolo!... Disculpe, es que... ¡Por Dios, madre!... Sí... Ya le dije que sí... Regresaré a Nueva York con un prometido millonario... ¡Por supuesto que no he olvidado por

qué estoy aquí! Sí... Hendell está en mis manos... No, no lo dejaré escapar... Adiós.... Sí, la mantendré al tanto.

Samuel cerró los ojos con fuerza. Su cuerpo de pronto se quedó sin aire... Era un idiota... ¿por qué se ilusionaba con ella? Maldita sea no entendía una mierda de lo que le estaba pasando, pero escuchar eso no le había sentado nada bien. Agradeció que Julia no se le acercara.

Julia se quedó contemplando el mar a través de la ventana. Ya no soportaba a su madre. Entre su tía y Hendell estaban logrando que ella la viera como realmente era, pero por algún motivo le resultaba imposible hacerle eso a su madre.

Sophie había estado metiéndole ideas durante años... Además, su madre sí tenía razón en algo. Si regresaba a Nueva York como antes se quedarían en la calle. No había más dinero y por muy preparada que Julia estuviera no tenía la menor idea de lo que era mover un dedo para ganarse el sustento.

—Sam, tengo que prepararme —le avisó a él—. He quedado en ir con Norman a conocer el rancho de uno de sus amigos que vive cerca... al parecer es un lugar precioso y...

Ese fue otro puntapié directo en el estómago para él.

—Jul, pero si nos la hemos...

—Sam. Sabes cuál era el trato.

—Maldita sea —injuró, saltando de la cama y dándole un puñetazo a la pared, luego se volvió a ella con los ojos inyectados en sangre—. Quiero que vayas a conocer un puto rancho conmigo, quiero que quieras estar conmigo, quiero que sólo me mires a mí...

Julia desvió la mirada. Hacía poco él sólo quería sexo y entonces

resultaba más sencillo. Entonces ¿por qué ahora pedía más, mucho más?

—Se me hace tarde, lo siento.

Samuel vio desde su terraza cuando Hendell y Julia llegaron, en la tarde, ambos sonreían de oreja a oreja. No se movió de su lugar. Estaba herido, él creía que sólo era su orgullo, pero en realidad era mucho más que eso.

No iba a ir a buscar a Julia a su habitación y conformarse con unas pocas horas, ni siquiera aunque su cuerpo le suplicara sus caricias. No quería sentirse como si ella fuera un imán demasiado fuerte y al final él no pudiera luchar contra su fuerza.

Desde el principio ella era quien había movido todo, aun cuando Samuel había seguido su plan, siempre fue ella la que tuvo el mando... No lo olvides, ha sido entrenada para ello.

Dio un respingo cuando alguien llamó a su puerta. Se levantó con desgana y le pidió al cielo que no fuera Zafron.

Era Julia.

—¿Me preguntaba si querrías pasear conmigo?

No... no me voy a conformar con migajas... Ve con tu estúpido viejo...

—De acuerdo —contestó finalmente.

Maldito gilipollas, es que ¿no sabes decir que no? ¡Encoñado! No, no sabía decir que no, no cuando veía esos ojos ámbar.

El mar rugía más furioso que de costumbre. Samuel y Julia caminaban descalzos por la orilla de la playa, siendo salpicados por las pequeñas olas que se les acercaban.

—Sam, necesito saber si nuestro trato sigue...

—¿A qué te refieres?

—Era sólo sexo... No me pongas a elegir entre ti y Norman, porque sabes que lo elegiré a él. —Sintió un sabor amargo en la boca al decir eso.

—¿De verdad lo prefieres?

Julia se detuvo y se volteó hacia él.

—Si esto no fuera por dinero ni siquiera me lo plantearía, te elegiría a ti, pero no es el caso. Tienes que entenderlo, Sam, yo no vine a conseguir al hombre más divertido o apuesto, vine por una fortuna, la más grande... y esa es la de él. Además, es un buen hombre y le intereso, así que no hay nada que hacer. He trabajado durante diez años para conseguir esto, no puedo simplemente renunciar por una aventura de unos días.

—¡No es una aventura de unos días! Yo...

—Mírame a los ojos, Sam, y dime que en este preciso momento podríamos irnos de Venus y que las cosas funcionarían. Dímelo y te creeré.

Pero Samuel ni lo dijo ni la miró a los ojos. Él sabía muy bien que esa situación apenas y se sostenía por los pelos ahí dentro, pero fuera era imposible... porque entonces le tendría que decir la verdad a Julia y todo se iría al demonio.

Esta vez el golpe se lo llevó ella, en el fondo de su corazón deseó que

le dijera que sí era posible. Habría huido, aunque después me arrepintiera, lo habría hecho.

Siguieron caminando unos minutos y entonces ella decidió sentarse en una roca.

—¿Sabes? —empezó—. Mientras papá vivía mi vida fue relativamente normal, hacía todo lo que hacían las personas normales, reír, llorar, portarme mal de vez en cuando, alejarme de las reglas según mi conveniencia. —Samuel se sentó a su lado, escuchando con atención—. Él me adoraba. Mi madre en cambio siempre fue distante, pero como él estaba allí ni siquiera me percaté de ello... Después murió y entonces toda mi vida cambió. Yo tenía trece.

—¿De qué murió?

—Un accidente de tránsito. Fue una muerte horrible.

—Lo siento, mucho, Jul.

—Gracias... Era un hombre adinerado y mientras vivió trabajo duro por ello, pero cuando se fue mi madre no tenía la menor idea de cómo llevar a flote el periódico que durante cuatro décadas había pertenecido a la familia Lambert, así que hizo lo que creyó mejor. Lo vendió.

»Cuando vio todo el dinero que le daban, sin tener en cuenta el porcentaje que me tocaba a mí que sólo yo podría retirarlo a los veintiuno, se volvió loca. Era una fortuna. Nunca en su vida había visto tantos dólares juntos. Entonces fue cuando empezamos a venirnos abajo. Mi madre se excedió con viajes, una mansión enorme que no necesitábamos y que necesitaba de mucho dinero para llevarse a flote, lujos estúpidos como obras de arte famosas que ella ni siquiera

entendía y demás...

En dos años la fortuna disminuyó estrepitosamente, cuesta creer que tanto dinero pueda desaparecer tan fácil. Mi madre se dio cuenta de que no se podría pagar esa vida por siempre. Descubrió que el dinero además de salir también necesitaba entrar y como ella no tenía la menor idea de cómo conseguir eso se centró en lo más fácil. Volver a encontrar un marido que pagara todo, uno como mi padre. No lo consiguió. Los millonarios que quedaban solteros no estaban por la labor, no se fijaban en una mujer madura como ella que ya tenía una hija adolescente, preferían a las jovencitas hermosas y sin «equipaje».

—Dios —susurró Samuel—, ¿por eso estás aquí?

—Sí, desde ese momento el dinero que a mi madre le quedó ha servido para darnos los lujos necesarios para no sentirnos demasiado pobres, mientras yo me preparaba día a día, para conseguir al millonario. Cuando Vacaciones Venus abrió por primera vez yo tan sólo tenía dieciocho, pero desde que mi madre lo supo se empeñó en que era el lugar adecuado para conseguir a ese millonario. No tienes ni la menor idea de todo lo que he hecho para estar aquí.

—¿Qué pasó con el dinero que te dejó tu padre?

—Fue a parar en el mismo objetivo, convertirme en el trofeo de un millonario.

—No puedo creer que tu madre te esté haciendo esto, Jul. Joder, no tienes que hacerlo, no lo necesitas.

—¡No tengo otra opción! Mi vida ha girado sobre esto muchos años, esta es mi vida y mi madre ha puesto toda su confianza en mí... Yo no puedo defraudarla.

—¿Qué coño? Esa es una tontería, sólo te ha utilizado para hacer lo que ella no pudo. —Samuel era la tercera persona que le decía eso—. Ninguna madre le haría algo así a su hija, se ha aprovechado de ti...

—Para...

—No puedo parar. —Él colocó sus manos en cada una de sus mejillas y la miró directamente a los ojos—. Esto es injusto, no necesitas venderte. Hay millones de personas que viven con poco y son felices... El dinero no te va a comprar una vida feliz...

—Mi primera intervención quirúrgica fue a los diecisiete —interrumpió ella—, una liposucción. Después vinieron más. —Levantó una mano frente a los ojos de él, levantando un dedo para llevar el conteo—. Mis dientes prácticamente fueron rehechos, mi madre quería que estuvieran perfectos. Mi nariz fue perfilada. Me falta una costilla. A los veintidós fue una lipoescultura. Mis orejas también fueron arregladas. Tengo implantes de senos y los glúteos inyectados. Hace menos de un año me hice una abdominoplastía... —Los ojos se le empañaron de lágrimas al recordar cada uno de esos momentos, el dolor físico y mental, lo mal que se sentía cuando su madre la ponía ante el espejo y le iba señalando cada defecto que había que eliminar, su cara y su cuerpo hinchados, doloridos, la mala cara de su madre cuando la veía llorar por el dolor—. Samuel, esta que vez aquí ni siquiera soy yo. Soy una mujer a la que han moldeado de todas las formas posibles para convertir en alguien perfecta...

—Dios mío. —Samuel la abrazó con fuerza mientras se sentía más miserable a cada minuto y una furia que no conocía le aumentaba en el pecho.

—Además de eso...

—Jul, basta, no tienes que seguir... No quiero que sigas...

—Quiero que sepas quién soy realmente —sollozó—. Sé cuatro idiomas, he practicado todas las artes que se te ocurran, he estudiado cualquier cosa que mi madre creyó que era glamurosa y útil, tengo una carrera que ella eligió, durante años he llevado una dieta estricta y me he matado en el gimnasio, tengo al menos diez cremas distintas para cada momento del día que deben ser aplicadas sin excepción...

—Jul, tu madre es la persona más despreciable que he conocido. Te ha convertido en un títere. ¿Cómo puedes permitirlo?

—¡Es lo único que me queda en el mundo! Ya perdí a mi padre y no pienso perder a mi madre. También tengo una tía, pero no es lo mismo...

Samuel apretó más el abrazo. Dios mío, ¿qué he hecho con esta mujer? Ahora más que nunca Samuel comprendía el error que había cometido al entrar en Venus. Había cometido el peor error de su vida y por mucho que sus sentimientos respecto a ella hubiesen cambiado, sabía que la cosa no iba a terminar bien. Él no podría alejarla de ahí. Él no era nadie en absoluto.

—Jul, yo también debo decirte algo...

—No, Sam. Lo único que deseo es que me hagas el amor, aquí mismo...

Ella lo besó y lo acarició como si se le fuera la vida en ello. Y cuando él abrió los ojos y vio los de ella olvidó hasta su nombre.

Los siguientes días pasaron como en cámara rápida. Julia dividía su tiempo entre Norman y Samuel, pero el tiempo con el último siempre era el que más esperaba. Y con cada hora, cada minuto, se sentía más confundida.

Por su parte Samuel ya se había dado por vencido respecto a sus alertas. Estaba total y completamente enamorado. No podía ser otra cosa. Pero aún no se atrevía a soltar lo que llevaba dentro, ni siquiera sabía si algún día podría, ¿cómo iba a hacerlo sin lastimarla? Prefería agarrarse a cada momento con ella y dejar que los días pasaran, con la esperanza de que se le ocurriera algo que solucionase todo. Siempre había sorteado todos los obstáculos, esta no podría ser la excepción.

Sin embargo, todo se resquebrajó cuando Zafron volvió a aparecer en escena. Al parecer la cazafortunas no era del agrado de los millonarios y ya ninguno le hacía caso, era demasiado descarada y no se conformaba con asaltar las carteras de todos cuantos podía, sino que sus bragas desaparecían ante todos. Como Samuel siempre se encontraba solo, nadie aún había descubierto sus escapes con Julia, Zafron creyó que su última opción era volver a él.

Samuel por supuesto que no estaba interesado, el problema fue que la cazafortunas no eligió el momento adecuado. Zafron llamó a la habitación de Samuel, entró como un vendaval, abalanzándose sobre él, y descubrió a Julia completamente desnuda en su cama.

Julia se tapó la cabeza con una almohada, pero había sido demasiado tarde. Mientras el cerebro de la otra mujer iba a mil por hora. Samuel dejó de importarle, ya sabía que no era el único millonario libre, cuando Hendell se enterara de con quién se lo montaba su querida señorita Julia Lambert le patearía el culo y ella tomaría su cartera.... Oh, sí.

Samuel ni siquiera fue cortés o caballeroso, la echó de su habitación entre maldiciones y empujones, pero antes de que consiguiera cerrar la puerta la muy arribista gritó «Sami, cielo, pero si ayer estábamos follando de maravilla...».

Julia se levantó de la cama a toda prisa y se vistió. Ahora no sólo se preocupaba por lo que esa bocazas hiciera, sino que estaba tan furiosa que ni siquiera se detuvo un momento en plantearse la inocencia de Samuel.

—Maldita sea, sabía que no debía confiar en ti. ¡En un gusano que no puede guardar su polla un solo minuto! —aulló y le lanzó un zapato.

—¿Qué coño? ¿No le pensarás creer a esa puta loca? Por el amor de Dios...

Pero Julia salió de su habitación como alma que llevaba el diablo, advirtiéndole que no la siguiera ni la llamara.

Norman Hendell llamó a la habitación de Julia la mañana siguiente. Ella no pudo mantenerle la mirada, no había podido dormir imaginando a su madre repitiéndole «Lo echaste a perder, Julia, lo sabía, sabía que me

decepcionarías». Sin embargo, a pesar de todo Norman se comportó como siempre. Como si no supiera nada. Julia se quedó boquiabierta ante el comportamiento completamente rutinario.

Ella, cuando por fin reaccionó, intentó también comportarse de forma normal. Pero a la hora del desayuno, en el restaurante se encontró con Zafron que le dejó muy claras sus intenciones.

—Señorita Lambert, pero si es usted. No la había reconocido, sin ropa se ve distinta.

—¿Qué quieres? No te metas conmigo, de una vez te lo digo—contestó Julia, fingiendo estar muy segura de sí misma.

—Ya te va a reventar esa bomba, ¿de verdad crees que al señor Hendell le gustarás tanto cuando sepas lo que haces a sus espaldas?

—Así que Zafron aún no había abierto su boca—. Yo estoy segura de que no. En el momento en que menos te lo esperes se dará cuenta, cielo. Te recomiendo que le saques todo lo que puedas mientras tanto, porque el resto será para mí. Ah, quería preguntarte algo, ¿Sami también te la mete por el culo?, ¿A que es un semental?... Oh, Dios, y su boca... A todas las de acá nos ha parecido de lo mejor en su especie.

Julia la miró alejarse mientras palidecía por completo.

¿A todas las de acá? O sea que no sólo había sido Zafron... Sacudió la cabeza y esfumó esos pensamientos, debía concentrarse en lo importante... Samuel Evans no lo era...

¿Qué pensaba hacer esa bruja? No importaba, Julia tenía que ser más inteligente. Por lo visto esa zorrilla de mierda no tenía una sola neurona que le funcionara, en cambio ella sí. Tendría que andar con pies de

plomo. No creía que Hendell le creyera a Zafron antes que a ella, además ni siquiera tenía como probar su aventura con Samuel... siempre y cuando esa aventura terminara.

Y claro que había terminado. De sólo imaginar a Samuel haciéndole a Zafron lo que le hacía a ella, la sangre le hervía. Su tía se lo había advertido todo respecto a los hombres y aun así Julia había creído en él. No, ni Zafron ni el gusano le iban a impedir conseguir su objetivo. Había sido una tonta una vez más, pero se había acabado. Tan sólo quedaba una semana.

Samuel no lo podía creer. Esa maldita mujer le había creído a Zafron y lo había evitado durante tres días. Era como si se hubiera desaparecido del hotel y cuando la veía siempre estaba con Hendell.

Samuel estaba desesperado. Había gastado un dineral en flores y al mismo tiempo había descubierto que quien había dicho que funcionaban para pedir perdón era un completo imbécil. Julia no le había vuelto a dirigir la palabra, además de que lo ignoraba deliberadamente... Lo peor es que parecía tan cómoda con el anciano ese... No soportaba ni verlos, pero lo cierto es que no sabía qué más podía hacer.

Desde la última vez en la habitación de ella supo que ese ya no era un juego, que el ya no era el gato y que ella no era un ratón. Su plan inicial de divertirse como si su vida estuviera en los últimos días, follar como un animal y darles su merecido a esas interesadas se había ido

al retrete. No le interesaba nada más que estar junto a Julia balanceándose en el mar como el primer día, sentir el aroma a flores que perseguía su cuerpo de pantera y perderse en aquellos ojos bañados en oro que la hacían tan irresistible.

Había intentado recordar otra mujer que lo hubiera hecho sentirse así, pero no consiguió recordarla. Quizá porque ninguna de las muchas que habían pasado tan fugazmente por su cama habían conseguido ni la mitad de aquel hechizo.

Hasta ese momento rogarle a una mujer no había sido una opción. Jamás. Sin embargo, Julia no era una mujer cualquiera. Bien, había hecho todo lo que hacían los hombres comunes y corrientes para recuperar a su chica, pues genial, él no era ni común ni corriente y jamás se había caracterizado por prudente. Haría las cosas a su modo y aun cuando Julia no había sido técnicamente su chica la recuperaría y ya vería después cómo resolver lo demás.

Ring, ring, ring... Su móvil seguía sonando. Lo tomó de la mesilla de noche y lo apagó. Después se dirigió al teléfono de la habitación y le pidió a la recepcionista que lo comunicara con otra de las habitaciones.

Esther abrió la puerta con cierto recelo y se quedó mirando con atención a Samuel. Vaya con el chico, sí que estaba bien...

—Hola, nena —saludó él con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pasa. Puedo tutearte, ¿no?

—Desde luego.

Samuel entró a la habitación y la encontró bastante más desordenada

que la de Julia que era una copia exactamente igual, principalmente la cama, estaba como si allí se hubiera formado el huracán más desastroso de la historia. Mmm...

—Y bien, ¿qué es ese favor tan importante que tenías que pedirme?

—Eres una chica directa...

—Eso dicen de mí, pero he escuchado que no es una de tus cualidades.

Todo Venus había traído y llevado chismes respecto a Samuel y la gran incógnita de por qué un hombre joven, apuesto y adinerado como él se encontraba ahí; por no decir que todos habían comentado como la primera semana el millonario había cambiado de chica según su antojo, para envidia de los millonarios y sorpresa de las cazafortunas, y las había enredado sin vincularse realmente con ninguna.

—Se dicen cosas peores de mí y todas son mentiras, claro. En fin, también voy a ser claro. Necesito que esta noche tú y el círculo con el que te manejas se encargue de Hendell.

Esther lo miró como si fuera el enigma de la humanidad.

—Disculpa, pero no entiendo.

—Mira, supongo que sabrás que estuve viéndome con Julia y... bueno, surgió un malentendido... Ahora ella no quiere ni hablarme y no se separa de ese viejo...

—¿Qué cazafortunas querría separarse de él? Todas nosotras queríamos ese trofeo, el mejor, pero ese hombre sólo tiene ojos para Julia y ella ni siquiera ha tenido que abrirse camino hacia él. ¿Por qué habría de preferirte a ti? Tu juventud y atractivo no pagan vestidos de diseñador, viajes alucinantes ni mansiones. Cielo, estamos aquí por

dinero y ninguna de nosotras es una tonta.

Sí, era una mujer directa.

—Si yo no la hubiera cagado a Julia ese tipo no le importaría lo más mínimo, créeme.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que yo le gusto tanto como ella a mí.

La rubia no hizo por dónde disimular su carcajada, simplemente la dejó fluir como el agua fluye por los ríos.

—Querido, sé que estás muy guapo y que tienes mucho dinero, probablemente cuando tengas la de edad de Hendell serás tan rico como él, pero al final no eres un buen negocio. Al principio yo pensé en lanzarme sobre ti, hasta que lo vi claro: no era conveniente. Un chico guapo y joven podría dejarme tirada mucho más fácil que un hombre con muchos más años y piel flácida, por no decir que el mordisco que sacaría del divorcio ni siquiera sería tan grandioso, a menos de que hubiese algunos pequeñines de por medio y ese no es plan para mí.

Samuel se quedó con la boca abierta. Toda la vida había escuchado decir que él era un descarado, cosa que ahora encontraba falsa, si su madre hubiese escuchado a esa mujer se habría arrodillado ante él pidiendo perdón por tanta difamación.

—Esther, no voy a discutir contigo sobre ese tema. ¿Qué te parece si dejamos que Julia decida al respecto?

—A mí me parece que ella ya eligió.

—Claro que no, sólo está actuando así porque está enfadada.

—Ya.

—Solamente te pido que distraigas al viejo por hoy, así yo podré hablar con Julia y ya verás cómo mañana ni se acuerda de él.

Esther no quitó su mirada de la de Samuel ni por un instante tratando de encontrar alguna señal de engaño. No la encontró, aunque no es que fuera especialmente experta en detectar miradas mentirosas, claro. Tendría que valerse su instinto.

—Mira, Julia y yo no es que seamos amigas como crees, la verdad es que somos simples conocidas, pero la chica me cae bien, ella no es una bruja como su madre, así que no me gustaría hacer nada que la perjudique.

—Te juro que si no arreglo las cosas hoy no volveré a meterte en nada de esto.

—No lo sé, no lo sé.

Al final Esther cayó y se comprometió a conseguir que Hendell estuviera lejos de Julia esa noche.

Entonces Samuel empezó su plan.

Julia abrió la puerta tras escuchar el llamado, pero no encontró a nadie. Arrugó el entrecejo creyendo que estaba empezando a alucinar por el calor, hasta que vio bajo su impecable zapato un sobre rojo carmesí, se agachó con todo el glamour de una reina de belleza y lo tomó. Una nota.

*Querida, ¿le darías el honor a este caballero de acompañarlo en una maravillosa velada?  
Mandaré por ti a las 8:00 confiando en que aceptes. Sería un honor para mí.*

*Norman H.*

Norman, tan galante como siempre. Sonrió con encanto. Ya se le había hecho raro no haber sabido nada de él durante todo el día. ¿Qué sorpresa le tendría preparada? Miró el reloj, faltaban tres horas para saberlo. Salió al balcón y desde allí llamó a su madre para ponerla al día, luego habló con su tía.

Tres horas después un hombre vestido de negro llamaba a la habitación de Julia y le pedía que la siguiera. La joven obedeció, sintiendo una curiosidad extraña, todo le parecía demasiado misterioso. Se había puesto un vestido coctel color azul eléctrico, con unas sandalias doradas y se había dejado el cabello a un lado de la cara, un look algo Hollywood.

El hombre de negro la condujo hacia una limusina blanca que estaba frente al hotel. Se sorprendió un poco ante tanto alardeo. Ella ya había

subido a una limusina antes, su madre se había encargado de que lo hiciera en una muy lujosa para que Julia supiera cómo eran y cuando fuese invitada a una no hiciera el ridículo, pero a pesar de ello no pudo evitar quedarse boquiabierto, ¡era asquerosamente lujosa!

—Señorita, ¿quiere que le sirva algo de tomar? —preguntó el hombre después de haberla ayudado a subir.

Todo. Oh, Dios, quiero tomar todo. Lanzó una mirada a la mesita donde unas botellas con líquidos de colores muy distintos la saludaban alardeando de lo caros que parecían.

—Champán, gracias —contestó al fin.

Oh, no, ¿es en serio?, ¿soy tan predecible y aburrida?

El hombre le sirvió una copa, se la entregó y la dejó sola. Segundos después el motor despertó de su letargo.

De acuerdo, había elegido el champán porque no tenía la menor idea de qué más pedir, su madre la habría lapidado ahí mismo por ignorante, pero al fin y al cabo en las películas el champán siempre era uno de los invitados en las limusinas, así que probablemente estaba bien su elección. ¡Qué demonios, nadie la estaba viendo!

Se lanzó sobre la mesilla y leyó cada una de las etiquetas en las botellas y observó con atención los distintos tipos de copas y algunas otras cosas como unos granos blancos, hierbas, hielos de colores... Vaya.

Primero se decantó por una botella de líquido color celeste. Como no tenía idea de qué copa utilizar para esa bebida y para no dejar huellas de su mal comportamiento se acabó el champán de una sentada y vació ahí el líquido celeste, luego le agregó hielo de color amarillo. Por

último, se atrevió a rociar los granos blancos y lanzó un chillido cuando de su copa empezó a salir humo.

Mierda, mierda, miiiiierda... esta debe ser una droga...

Con ciertas dudas dio un pequeño sorbo. Droga o no sabía a cielo líquido. Nunca había probado algo tan delicioso y la sensación chispeante y humeante en su paladar era casi orgásmica. ¿Por qué su madre nunca la había inscrito en algún curso de cato o algo así?

Al final probó tres licores más y dos de ellos no le gustaron en absoluto, tuvo que requerir de mucha fuerza de voluntad para no pegar la boca a la botella, no quería estar borracha y un leve mareo le indicó que combinar tantas bebidas no era muy inteligente. Pero estaba tan ocupada inspeccionando todo que no se dio cuenta que se habían detenido y cuando escuchó la puerta abrirse y una voz llamándola dio un salto tan de repente que de un codazo mando todo al suelo.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —saltó el hombre, en su auxilio.

—Yo... Oh, mi Dios... Lo siento tanto...

Estaba borracha, joder, pero si sólo habían sido cinco traguitos...

—No se preocupe. Pero ¿qué hacía usted de este lado?

—Yo..., ah... Es que me pareció ver algo por la ventana y... me asomé.

El hombre la miró con atención, luego desvió la vista al suelo mojado y afirmó para sí. A Julia todos los tonos de rojo se le juntaron en las mejillas.

—Ya hemos llegado, tome.

Ella tomó una pequeña tarjeta y leyó lo que ahí estaba escrito. Era una

instrucción: Sigue el camino de las luces. No le quedó muy claro qué significaba hasta que salió y vio un camino delineado con luces blancas en mitad de lo que parecía un parque.

Siguió el camino como si fuera Alicia en el país de las maravillas, en su cara no había más espacio que para la satisfacción hasta que vio quien estaba de pie en medio del quiosco... donde terminaban las luces.

Samuel se quedó mudo. Joder, está preciosa.

—Julia —susurró cuando el cerebro empezó a recibir algo de sangre.

—¿Qué... tú?

—No has querido responder a mis notas...

Ella se dio la vuelta y a toda velocidad se alejó. Samuel lanzó un juramento y salió tras ella. ¿Por qué era tan difícil? Cuando la alcanzó la sujetó por un brazo, la volteó y sin previo aviso la llevó hasta la oscuridad, empujándola contra un árbol y la besó.

No sabía qué decir así que esperaba que un beso pudiera funcionar... Un razonamiento bastante tonto para un hombre que se creía muy astuto.

Gimió cuando Julia le mordió, y no de forma erótica, pero no desistió hasta que ella dejó de forcejear y respondió como Dios mandaba a ese beso.

—Jul, ¿qué me has hecho? —pronunció sobre sus labios—. Te juro que ahora no consigo sacarte de mi cabeza. No puedo creer que le

hicieras caso a Zafron...

Con un simple movimiento Samuel juntó ambos cuerpos, Julia jadeó y restregó su abdomen contra la entrepierna de él mientras llevaba sus manos al cabello de él y volvía a besarlo.

—Espera —retomó—, necesito que me entiendas. Juro por Dios que no he tenido nada con ella ni con ninguna otras desde nuestro... trato.

Julia pareció reaccionar y abrió los ojos de par en par, luego se separó más.

—No vas a seguir jugando conmigo, Evans, y apártate de mí. ¡No me dejas respirar!

—De eso me di cuenta mientras me besabas...

—Yo no... ¡Eres un gusano asqueroso! ¿Qué le hiciste a Norman?

—¿Qué coño quieres decir?

—Él fue el que me invitó aquí... ¿Qué le hiciste?

—Ah, el vejete. Pues nada, guapa. Y que sepas que no fue él quien te trajo aquí. Fui yo.

—Sí, claro...

—No me dejaste más opción.

—Me cortarías cada extremidad de mi cuerpo a que estás mintiendo. Por Dios, tú... pfff.

—Claro que he sido yo. ¿Crees que no soy capaz de hacer esto?

—Oh, no. Estoy segura de que eres capaz de haberle dicho cualquier mentira a Norman para que creyera que no me presentaría a la cita y luego usurpar su lugar.

—Eres una paranoica de lo peor...

—Tú eres así de perverso, no te hagas el indignado.

Samuel se quedó boquiabierto. Claro que él no era perverso, Dios santo, se iba a volver loco por culpa de esa bruja encantadora. Enojada se veía tan bien.

—Mira yo no he... —No sabía exactamente cómo defenderse—. Jamás haría algo así.

Julia puso los ojos en blanco y después lo miró como se mira a alguien demasiado tonto.

—De acuerdo, sí que haría algo así, pero no es el caso.

—¿Cómo por qué te tomarías el tiempo?

—Porque me gustas... —La manzana de Adán decidió que era un buen momento para jugar al sube y baja—. Mucho. Te juro por lo más sagrado que nunca una mujer me había gustado tanto y estos días he estado al borde de la desesperación, luchando como el que más para no hacerte arrancada de los brazos de ese hombre y llevarte conmigo para siempre.

Julia apartó la mirada de esos ojos mentirosos que parecían tan sinceros. Es un mentiroso, es un mentiroso, no lo olvides.

—No te creo ni la hora, Samuel. No te lo voy a repetir ni una vez más. ¡Aléjate de mí o no responderé!

—Pero, Jul...

—Samuel... No puedo creerte, una parte de mí lo intenta, pero no puedo... Ya sabes mi situación, Zafron está esperando el momento perfecto para delatarnos y yo no quiero que eso pueda ser

comprobado... mientras esté lejos de ti no correré peligro.

—Joder. No lo entiendes. Maldita sea, no estoy hablando de sexo, ya no. Es que no he sido bastante específico al decir que me gustas. Y sé que yo a ti, no sonrías ni la mitad cuando estás con él y eso que no estás precisamente seria... Dime que no te gusto, dime que sólo yo he sentido esto, por favor dímelo.

—Sam...

—Anda, dímelo.

—Nunca había besado a alguien bajo el mar. Nunca nadie me había hecho desear poder respirar bajo el agua y detener el tiempo. Nunca. Nunca había creído que los brazos de alguien pudieran parecerse tanto a un hogar. Nunca creí poder volar. Tampoco sabía que se podía hacer el amor con sólo mirar y ser mirada. Pero esto no puede ser...

A Samuel el corazón le dio un vuelco, primero de alegría, después de decepción. Como si su objeto más preciado se le hubiera extraviado en alguna estación de tren y ya estuviera demasiado lejos para devolverse a por él.

Se alejó de Julia, mirando al suelo. No sabía qué decir. ¿Por qué se empeñaba en seguir esa vida de mierda que quería su madre?

—Sam —susurró ella—. Es en serio, lo mejor es que nos alejemos. Creo que esto fue demasiado lejos... No quise hacerte daño ni hacérmelo yo... No creí que algo así se pudiera sentir en tan poco tiempo, cuando lo ves en una película crees que es una estupidez... Pero lo cierto es que sucedió, estos días en Venus han sido más intensos que el resto de mi vida y sé que no podré olvidarlos jamás.

—Me encanta la pasta con vegetales que hace mamá —dijo Samuel.

Julia frunció el ceño sin entender—. Mi color preferido es el azul, aunque también me agrada el negro. He viajado a tantos lugares que no podría numerarlos, soy mochilero desde los dieciocho. Odio las responsabilidades, en serio, soy la persona más irresponsable del mundo. Me encanta escuchar country durante el atardecer y ver como desaparece el sol al ritmo de esa música suave y sentimental. Tengo una motocicleta que básicamente es mi mejor amiga o algo así como una amante. Soy la oveja negra de mi familia...

—¿De qué hablas?

—Dijiste que yo nunca tenía conversaciones serias. Tú ya me dijiste quién eras, ahora lo estoy haciendo yo.

A Julia le empezaron a picar los ojos y se le hizo un nudo en la garganta al hablar:

—Esto no va a cambiar las cosas, Sam.

—Me encanta bailar, como ya sabes. Chapuceo varios idiomas, pero no tengo ningún título que lo certifique. Odio las películas de terror, siempre me causan pesadillas y que conste que esto era un secreto hasta este preciso instante. Mi familia es lo más importante, aunque no es que me preocupe demasiado en demostrarlo... ellos seguramente no me lo creerían.

¿Quién era ese Samuel del que estaba hablando? Se parecía mucho a él, muchas de esas cosas Julia ya las había deducido, pero conforme él las iba aclarando ella no conseguía imaginar al informático y empresario que era fuera de Venus... Samuel era aventura, Samuel era una luz rebelde... ¿Quién era el millonario? ¿Por qué simplemente no calzaba?

—También me gusta cocinar, pero soy pésimo. Y, bueno, hay muchas cosas más. No podría decírtelas todas ahora... —Tragó con dificultad—. Sin embargo, hay una que...

Julia se lanzó sobre él y lo besó para que se callara.

—Calla, no lo hagas más difícil.

—No puedo, tengo que decírtelo...

—Sam, de verdad. No va a cambiar nada. Lo mejor es que lo dejemos y ya...

—¡Maldición, no lo puedo aceptar! —empezó a gritar él, estaba desesperado, nervioso, decepcionado y en conjunto se sentía como un completo imbécil.

—Volvamos al hotel, hablaremos con más calma allí.

Samuel la siguió, encontraron la limusina y subieron. Él ni siquiera notó el desastre con el alcohol derramado en el suelo.

Cuando llegaron al hotel se fueron a la habitación de ella. Julia le había estado dando vueltas a todo durante el viaje y estaba más enredada que los cascos de su iPod... o sea, mucho.

Ahora lo único en lo que podía pensar era en preguntarle a Samuel cuáles eran esos idiomas que chapuceaba o pedirle que le cocinara algo a ver si era cierto que lo hacía tan mal... En ese momento más que nunca se dio cuenta de lo que sentía por él. Dios santo, sí se había enamorado. Se había enamorado aún sin saber gran cosa... Aún ni siquiera sabía lo suficiente, pero... Él no era un gusano...

El teléfono de la habitación no paraba de sonar. Estaba tan desconcentrada en sus pensamientos que tomó la llamada. Era su madre.

—¡No puedo creer lo que has hecho! ¡Por todos los infiernos te dije que no te acercaras a ese Evans! ¡Maldito fuera el momento en que se me ocurrió que serías capaz de conseguir algo por ti misma!

—Mi... Madre, ¿qué pasa? —preguntó en el mayor estado de alerta.

—¡No te dije que no te comportaras como una perra en celo! Todo el mundo sabe que eres una maldita zorra estúpida. ¡Acaba de salir la nota en un programa de chismes! —Julia se quedó sin respiración, no por el chisme sino por lo que su madre le decía. Era como un golpe en el estómago—. A estas alturas Hendell ya te habrá pateado el culo y tu reputación estará tan jodida que nadie te volteara a ver jamás... Todos estos años al demonio. Todo el dinero que invertí en ti y me pagas así...

No lo podía creer... O sea, sí, pero no quería. Esa mujer que la trataba tan mal era su madre. Esa mujer por la que ella había renunciado a tanto ahora la trataba como si fuera una basura... Lo que Julia había temido durante tanto, decepcionarla, ya había ocurrido. Y sin embargo no se sentía poca cosa, como había creído, no, ahora lo veía claro, era su madre, ella era la poca cosa... Ella era quien había hecho todo mal desde el principio, no Julia.

Samuel miró el semblante de Julia y se apresuró a ver qué le sucedía, pero ella lo detuvo con un gesto de su mano, mientras su mirada se perdía tras él.

—...Eras invisible, gorda y fea y yo trabajé en ti aun sabiendo que habría un millón de chicas más guapas e inteligentes... Te convertí en quien eres, me lo debes y me has hecho esto. —Sophie comenzó a sollozar dramáticamente—. ¡Eres la peor hija del mundo!

Julia no lo soportó más y cortó la llamada. Las lágrimas asomaban a

sus ojos.

—Jul, ¿qué pasa?

—Tenían razón... Mi madre... es una bruja... Oh, Dios mío...

Entonces su llanto se intensificó, Samuel no entendía nada, pero la abrazó fuertemente hasta que sus olores se mezclaron.

—Todos me lo dijeron y sin embargo yo aún no había comprendido la vida que había estado viviendo... Su vida.

—Jul, no sé qué ha pasado, pero creo que necesitas una copa o no lo sé... No te ves demasiado bien...

—Te necesito a ti, Sam.

El jodido y enamorado corazón de él dio un salto.

—Sólo tú —continuó ella— has conseguido sacar a la verdadera yo... una que ni siquiera yo conocía... Cada vez que estaba contigo no tenía esa presión sobre mí, era difícil fingir... Al principio creí que me estaba convirtiendo en otra, pero todo lo contrario, me estaba convirtiendo en... mí. Dios, no sé qué significa esto exactamente, pero creo que quiero huir contigo en este mismo instante... quiero intentarlo.

Esta vez su corazón no sólo saltó si no que directamente se le salió del pecho y se estrelló con el de ella. Samuel ni siquiera era capaz de pensar en nada que no fuera «quiero huir contigo en este mismo instante»... Lo harían, le valía una mierda cómo le harían para sobrevivir... Se largaría con ella a recorrer el mundo o lo que sea, pero con ella.

Ambos encontraron los labios del otro y esta vez, como no lo habían experimentado antes, hicieron el amor de una forma suave, tierna, íntima, especial, mágica... Hicieron el amor... El amor.

Julia y Samuel todavía se encontraban envueltos en los brazos del otro cuando el sonido de alguien llamando a la puerta los despertó. Julia fue la primera en escucharlo, se levantó confundida y fue entonces cuando escuchó a Norman.

Antes de que Samuel despertara se apresuró a cubrirse e ir a abrir. Enfrentaría lo que fuera. Ahora que por primera vez tenía las cosas claras iba a hacer lo que quería, lo que le diera la maldita gana. Lo sentía por Norman, pero así estaban las cosas.

—Julia —dijo él, entrando a la habitación sin ser invitado—, ¿ya lo sabes?

—¿Lo que dicen de mí?

—Sí. Juro por Dios de que esa mujer se largará de aquí en menos de lo que canta un gallo....

—Norman, es verdad. Bueno, no sé qué dijo exactamente, pero admito que sí he estado acostándome con Samuel Evans.

—Jesucristo, yo sé que has estado acostándote con ese jovencito y si yo fuera tú seguramente habría hecho lo mismo. —Julia se quedó de piedra, sin entender nada—. Lo que no pienso permitir es que se ensucie tu dignidad, moveré lo que sea que tenga que mover. Pero cómo se atreve esa arpía si ella es quien menos puede hablar... No quiero decir que sea malo, pero ya sabes... No importa me encargaré de todo, no debes preocuparte.

—¿Lo sabías?

—Pues claro, al menos lo sospechaba. ¡Dios, si no hacías nada distinto a hablar de él o mirarlo cuando andaba por allí! Soy un viejo zorro, sé identificar cuando pasan cosas entre dos personas...

—¿Y seguiste conmigo? No lo entiendo...

—Julia, es una larga historia que pronto te pensaba contar, supongo que en este momento es confuso... pero ya lo entenderás después. Por favor, no pienses mal de mí. ¡Qué carajos! Este no es momento para explicaciones, necesitamos deshacernos de esos malditos chismes...

Norman vio una copa en una mesilla y la tomó. Estaba realmente furioso. Zafron había regado habladurías por todo el hotel y había llamado a un canal de chismes pasando la información de Julia y Samuel. Ahora todo el mundo lo sabía. Él no pensaba permitir que esto fuera más allá de lo que había ido.

Caminaba de un lado a otro sin parar de hablar, sólo se detuvo cuando divisó un pequeño platito de almendras en la mesilla de donde había tomado la copa, las cogió y siguió caminando y descaminando, sin parar de hablar como un demente. De vez en cuando injuriaba, pero sobretodo le aseguraba a Julia que iba a solucionarlo todo... Ella no podía quitarle la mirada de encima. Era tan irreal.

Samuel escuchó el sonido de una vibración y unas voces que resonaban más allá. Era Norman. Se levantó de un salto y cuando

puso el pie en el suelo sintió la vibración en su talón, miró hacia abajo, todavía medio adormilado, y se dio cuenta de que era su móvil que estaba en el bolsillo del pantalón que yacía en el suelo.

Como no estaba completamente consciente su cerebro decidió que lo del móvil era la prioridad. Su cerebro no se equivocó. Era una llamada de su hermano que en ese mismo instante quedó como perdida. Una notificación le indicó que era la número veintitrés... Mierda, mierda, mierda.

Otra notificación le avisaba que tenía diez mensajes de texto. Su madre, su padre y su hermano. Abrió el de su hermano. Antes de leerlo ya sabía lo que era. Mierda.

Una llamada volvió a aparecer en la pantalla en el mismo momento en que Julia lanzaba un chillido de animal herido mortalmente. Samuel lanzó el móvil a la cama y desnudo como estaba salió al lugar de donde provenía el sonido del infierno.

Hendell estaba tirado en el suelo, boqueando como un animal herido. ¡El viejo se estaba muriendo!

—Oh, Dios. ¡Un infarto, un infarto! —chillaba Julia, sujetándose la cabeza entre las manos.

Samuel fue por el teléfono en busca de ayuda.

—¡Un médico, un médico, necesita un médico! —continuó ella al borde de la histeria.

Samuel terminó la llamada. Se dirigió hacia ella, la cogió por los hombros y la sacudió hasta que la hizo reaccionar.

—¡Tú eres médico, Jul!

—Claro que no..., yo no soy...

—Eres cirujana, ¿no?

—Dios santo, Samuel, jamás he ejercido mi profesión...

—Puedes ayudarlo, Jul...

Pero no pudo. Cayó al suelo como una damisela en apuros, mientras a Hendell el aire se le iba del cuerpo.

Samuel colocó a Julia lo mejor que pudo en el suelo, maldiciendo porque nadie llegara en el auxilio del viejo, y se lanzó como un rayo sobre el hombre. Le aflojó la corbata y entonces vio que no tenía un ataque. Hendell se señalaba la garganta con un dedo artrítico y luego señalaba unas almendras en una mesilla.

El joven recordaba lo que tenía que hacer. La Maniobra de Heimlich. Pero ¿cómo coño? El por ser un hombre aventurero que recorría el mundo como un dueño de nada se había preparado con unos cuantos cursillos de primeros auxilios en su juventud... de eso ya había pasado mucho.

Se colocó tras el hombre que ya se ponía morado y se repitió que lo que estaba haciendo era sencillo, que una vida dependía de él. ¡La madre que lo parió, lo que me faltaba!

Rodeando a Hendell por la cintura, lo levantó lo mejor que pudo, colocó sus manos en el lugar que creía era el correcto, se dio aliento mentalmente y entonces presionó el puño contra el abdomen y su otra mano sobre el puño. No pasó nada. Repitió la maniobra y el resultado fue igualmente desastroso. ¡Pero es que ese viejo no podía ponerse en pie por un segundo y dejar de resbalar hacia el suelo!

A la tercera consiguió que algo café oscuro saliera expulsado de la boca del millonario, en el mismo momento en que dos hombres de

blanco daban un empujón a la puerta y se colaban como si fueran unos súper héroes. Samuel les lanzó el cuerpo de Hendell como si fuera la papa caliente, esperando que aún viviera y se quedó en mitad del lugar tan pálido como Julia que aún no recuperaba la consciencia.

Hendell apenas y soportaba el dolor en la garganta, por no hablar del susto de mil demonios que se había llevado. Junto a él Julia trataba de contener las lágrimas. Él estaba tendido en la cama de ella.

Estaban solos en su habitación, después de que los paramédicos aseguraran que el hombre sólo necesitaba un descanso y de que Norman le pidiera a Samuel que lo dejara a solas con Julia.

—Por favor, Norman, perdóname. Jesús, si no fuera por Samuel te habrías muerto ahogado... ¡Te juro que apenas vuelva a Nueva York agarraré esos malditos títulos de cirugía y los quemaré! Ni por un momento pensé que algo así fuera a suceder... ¡Yo debí haberte salvado!

—Julia, por Dios, para. Está claro que lo tuyo no es la medicina, se notó que eres pésima. Creo que deberías desarrollarte en algo bien distinto...

—Le dije a mi madre que odiaba mi carrera, pero ella se empeñó y...

—Cálmate, muchacha. Ya pasó, no le des más vueltas. Hierba mala nunca muere.

—Oh, cómo puedes bromear... Si estuve a punto de dejarte morir... ¡Si casi me muero hasta yo!

—Pero ninguno de los dos murió, ¿verdad?

Tardó unos minutos en calmar a Julia e, incluso, sacarle algunas carcajadas dándole un tono cómico al asunto. Pero luego se puso serio y la miró de esa forma en que un abuelo mira a sus nietas cuando piensa darles una lección para toda la vida.

—Mira, Julia, no me cabe duda de lo que has estado haciendo con ese chico...

—Norman, lo siento... Yo no quería aprovecharme de ti o jugar... pero ha sido tan....

—¿Tienes esa manía de interrumpir a todos los hombres que desean tener una conversación importante contigo?

—Yo... no. Claro que no.

—De acuerdo. Entonces cállate y escúchame, ¡sin chistar!

Julia abrió la boca, pero se lo pensó mejor y la volvió a cerrar.

—Como te decía, intuyó lo que ha pasado. Ya había notado desde el principio que entre ustedes dos había algo raro. Sabía que habían pasado tiempo juntos, como recordarás él mismo me lo hizo saber aquel día en que te encontrabas muy enferma en tu habitación. Sin embargo, cuando corrió el rumor de que ese informático no sólo andaba tras tus faldas me interesé más en ti y que lo sepas, el diablo sabe más por viejo que por diablo, esperé el momento a que su jueguito se le cayera y entonces estuve ahí para ti.

»Sé que mientras hemos ido forjando nuestra amistad tú has intentado mantenerte lejos de él al menos en apariencia, pero créeme que no lo disimulabas demasiado bien. No tengo queja sobre ti, en serio. En estos días he descubierto que eres una joven noble que a pesar de la influencia que ha ejercido tu madre sobre ti, no te ha echado a perder.

Fue ahí cuando Julia no pudo evitar interrumpirlo. Le contó lo de su madre y lo más increíble fue que su pecho poco a poco empezó a liberarse, él la escuchó atento, apretándole la mano en los momentos que ella lo necesitó y le aseguró que estaba muy feliz de que ella por fin despertara de esa nube sobre la que había vivido tanto tiempo.

—Quiero que sepas por qué desde el principio me interesé por ti y por qué cuando sospeché de lo que hacían ustedes dos no te dejé libre.

Hendell Norman no era ningún viejo en busca de una esposa joven, al menos no uno como la mayoría. Simplemente era un hombre triste y sólo que buscaba desesperadamente alguien que le hiciera compañía. Su intención al entrar a las Vacaciones Venus sólo era la de comprar una mujer, pero no para esposa, si no para hija.

A Julia eso le pareció de lo más raro hasta que él se lo explicó con detalle.

Hacía cinco años su hija Mabeline había muerto en un terrible accidente en coche. La misma tenía veintiocho años cuando perdió la vida, había sido una hija producto de una aventura años atrás, pero desde que supo de su existencia se encargó de demostrar que era su padre.

Mabeline apenas era una chiquilla cuando lo conoció, pero no tardó mucho en encariñarse con ese hombre que la adoraba y que era un puerto seguro. La relación entre ambos fue el sueño de cada padre y cada hija. Se adoraban, pasaban mucho tiempo juntos, discutían como locos para luego reconciliarse como si nada hubiese pasado.

Pero entonces ella murió y él quedó desgarrado hasta lo más profundo de su ser. Durante mucho tiempo estuvo intentando ir a terapia, perderse en alcohol, tomársela contra el mundo, convertirse en un

ogro y demás intentos de olvido, sin que ninguno resultara. Entonces en su casa se había aparecido una jovencita pidiendo trabajo, su ama de llaves la había contratado y él poco a poco se había descubierto encariñado de la muchacha que era alegre y vivaracha. La dulce Hope se había metido en su corazón y en su hogar como un vendaval, pronto se encontró ayudándola con dinero, regalándole cosas, charlando interminablemente con ella en cada rincón, preocupándose como el que más por su bienestar, subiéndole el sueldo... tratándola como algo más que a una empleada, como a su hija.

Hope se había convertido en la brisa fresca que lo sacó del hoyo de la depresión, pronto lo convirtió casi el mismo Hendell de antaño... hasta que un día la chica desapareció con las joyas de su caja fuerte y unas obras de arte de la casa. Dolor, traición, desesperanza. Eso fue lo que sintió.

Estaba recuperándose de la decepción cuando la invitación de Vacaciones Venus llegó a su puerta y fue ahí cuando decidió que no le importaba nada, que lo único que necesitaba era una compañía joven y femenina que al menos le recordara a su hija, ya que remplazarla era imposible.

Cuando había visto a Julia se había dado cuenta de que era la persona indicada y no se había equivocado. Con los días descubrió que Julia era una mujer valiosa que durante años había sido influenciada por una arpía, pero que tenía un corazón puro y era una mujer correcta.

No deseaba casarse con ella, él no sentía el más mínimo deseo por Julia, a pesar de que era una mujer hermosa. A Hendell le gustaban las mujeres maduras, experimentadas, esas a las que la vida les había

enseñado a capear los baches, como a él.

Su intención había sido comentarle todo lo sucedido a Julia y auspiciarla bajo su ala como a una hija. Estaba dispuesto a firmar un contrato o lo que fuera con tal de tenerla cerca. Desgraciadamente él era un hombre correcto y agradecido, Samuel y Julia eran jóvenes y merecían aunque fuera una oportunidad. Él no sería quien lo impidiera.

—Oh, lo siento tanto... —contestó Julia cuando él terminó con su historia—. Ha sido terrible.

—Chica, que yo no te conté esto para que me compadecieras.

—Pero es que...

—¡Pero es que nada! Ahora, anda, dime qué es exactamente lo que vas a hacer con tu vida ahora que ya sabes quién es tu madre...

—Vaya, no lo sé... Quiero que Sam y yo lo intentemos, él... Creo que sentimos lo mismo, lo último que dijimos era que íbamos a escaparnos a cualquier lugar. Pero no quisiera dejarte aquí.

—Jesús —dijo él, indignado, chasqueando la lengua—, ni se te ocurra hacer semejante tontería. Admito que voy a extrañar verte, pero confío en que te acordarás de este pobre viejo y lo llamarás y visitarás de vez en cuando.

Julia dio un sonoro suspiro. Abrazó al hombre y le plantó dos besos en las mejillas. Ambos sonreían y se les nublaban un poco los ojos por unas lágrimas que se resistían a salir, aunque al final perdieron la batalla.

—¿Qué esperas para largarte, muchacha? Antes de que me arrepienta.

Julia sonrió, volvió a besarlo y se levantó de la cama.

Un sonido que no conocía apareció en la habitación. Norman dio un saltito y se sacó un móvil de la espalda.

—Maldito aparato por poco y me causa un infarto —dijo él, pasándole el móvil a Julia.

—Oh, es el móvil de Samuel.

Julia sacudió la cabeza cuando vio el nombre que aparecía en la pantalla.

Samuel.

Revisó el móvil y nuevamente comprobó que no era el suyo. Levantó la vista y vio que Norman la miraba atento, sin darse cuenta contestó la llamada.

—¿Se puede saber qué demonios has hecho? —gritó una voz desde el otro lado de la línea—. En este preciso momento salgo para los Estados Unidos y juro por Dios que esta será la última vez que te salgas con la tuya...

—Señor...

—¿Quién demonios es usted? ¿Dónde está Jake?

—¿Jake?

—Jake Evans, ¿dónde está? ¿Qué hace con su móvil?

—Yo... él olvidó...

—Quiero que le diga que no le alcanzará la vida para arrepentirse de haber falsificado mi identidad y después aléjese de él si no quiere problemas, porque eso es lo que es él, un maldito problema. Ah y no olvide decirle que quien le ha enviado el mensaje es su hermano, Samuel Evans.

A Julia el móvil se le zafó de las manos y le cayó al suelo. En su cerebro un montón de terminaciones hicieron clic... Jake Evans. Samuel Evans. Jake Evans. Samuel Evans. Jake Evans. Jake Evans...

Julia llamó a la habitación de Samuel (Jake) cuando ya amanecía. Él abrió inmediatamente, había estado despierto esperándola.

—Dios, creí que no ibas a venir, guapa —dijo él, abrazándola—. ¿Cómo está el viejo?

—¡Norman! Mal, está realmente mal. —Jake se separó y la miró a los ojos—. Los paramédicos no quisieron decir la verdad frente a él, pero más tarde fueron a avisarme de que está en sus últimos días —terminó, su cara era completamente seria.

—Pero ellos cómo pueden saber algo así si no hicieron más que llevarlo a la cama...

—No sé cómo lo saben, pero lo saben. Vine a dejarte esto. —Levantó la mano, mostrando el móvil. Jake tragó con dificultad y se lo quitó a toda prisa, suspiró cuando vio que el aparato estaba apagado.

—Gracias. Pasa, Jul, ¿no pensarás quedarte aquí?

—En realidad me devuelvo a mi habitación.

Jake se separó por completo, fue entonces cuando se dio cuenta que ella ni siquiera le había devuelto el abrazo y que tenía un gesto... raro.

—¿Qué pasa?

—Lo he conseguido, Samuel —remarcó el nombre.

—No entiendo de qué hablas.

—Norman está a punto de morir, toda su fortuna será mía y sin

ningún sacrificio. Quizá ni siquiera haga falta que me acueste con él.

Jake sacudió la cabeza creyendo que escuchaba mal, pero se topó con que la cara de ella decía lo mismo que su voz.

—No entiendo, de verdad que no entiendo. Jul, tú y yo quedamos...

Ella soltó una carcajada histérica.

—Por Dios, S... Evans, solo quería acostarme contigo. Te vi ahí como un pobre imbécil y no voy a negar que los hombres en plan «quédate conmigo» me ponen. Está claro que ahora menos que nunca existes para mí.

Jake se quedó sin aire.

—¿Es una maldita broma?, porque no me agrada, no hace gracia.

—Es en serio. ¿De verdad te lo creíste? Dios, olvidé decirte que también llevé algunos cursillos de artes dramáticas. Desde el principio todo fue una jodida mentira, Evans. Desde el día uno en que te vi por primera vez, en aquel coche de Venus, supe que quería que me follaras y cuando supe que eras un millonario lo quise aún más. Follas de maravilla, guapito. Pero yo aspiró más que a un buen polvo. Todo este tiempo te he utilizado, a ti y a Hendell, para satisfacer mis necesidades. Es una verdadera lástima que para que una mujer pueda tener todo lo que quiere de un hombre tenga que necesitar a más de uno y así poder complementarlos. En fin, la vida es injusta.

Julia ni siquiera se reconocía en cada una de esas palabras, pero estaba dispuesta a hacerle daño y humillarlo de la misma manera en la que él lo había hecho con ella. Lo quería destrozar. La sola idea de verlo ahí tan falso le provocaba náuseas y un odio infinito.

Jake la tomó por los brazos y la sacudió. En su mirada había furia,

pero sobretodo decepción, desilusión... Julia tuvo que repetirse que él era una basura para evitar desviar la mirada o de plano echarse a llorar y maldecirlo hasta el cansancio... Eso era lo último que haría, si se permitía esa debilidad él volvería a engatusarla y sus mentiras volverían a hacerla creer en historias estúpidas y fantasiosas.

—¿Me estás diciendo que todo este tiempo has estado jugando conmigo?

—Pues claro.

Qué cara se tenía el tío. No había nadie más falso que él.

—¿Todo fue mentira?

—Todo, hasta la historia de mi vida. ¿A que te di lástima? —Lanzó una risita insolente.

Jake la soltó, se mesó el cabello e hizo una mueca de dolor. Julia estuvo a punto de partirse al verlo. Ni siquiera a esas alturas dejaba de sentir ese maldito sentimiento de mierda que la había arrojado a esos brazos llenos de mentiras.

Jake levantó la mano y con un gesto le indicó a Julia que se fuera. Ella lo hizo. Sin mirar atrás.

Samuel, el verdadero Samuel Evans, estaba sentado en su avión privado. La sangre aún le hervía. Estaba cansado y furioso. Había tenido que venirse desde Egipto cuando su madre lo llamó y le recriminó su presencia en esa «basura» de Vacaciones Venus.

Él desde luego no entendió nada y no sólo por las frases rápidas e ininteligibles de su madre... hasta que recordó aquel maldito día en que Jake había encontrado esa invitación de Venus en su escritorio. Entonces todo tuvo sentido, si es que una situación así podía tener sentido.

«¿Sabes?, estaría genial beneficiarse de ellas. No creo que seas tan tonto como para desaprovechar semejante oportunidad de tener un montón de mujeres a tus pies. Un mes rodeado de bellezas y luego te las sacudes y ya está», le había dicho Jake mientras miraba la invitación. Y el muy idiota se había apropiado de ella, de una de sus tarjetas y se había hecho pasar por él durante casi un mes. De todo lo que había hecho eso había sido lo peor.

Con razón ese empeño en no contestar el maldito móvil y cada vez que lo hacía lo notaba extraño... Ese maldito crío cada vez se superaba, pero él y su familia ya lo habían tolerado demasiado. Eso pronto se acabaría.

Samuel levantó la cabeza cuando escuchó pasos acercándose por el pasillo. Ahí estaba, una versión más joven de él, una versión que en lo

único que se parecía era en lo físico.

Jake tenía cara de haber dormido con pirañas, iba desaseado y llevaba una maleta cara que Samuel estaba seguro había salido de su tarjeta.

—Por Dios, Jake, no puedo creer...

—Sam, tío, sé que no tengo derecho a pedir nada, pero, por favor, cierra la boca. Cuando estemos en casa puedes hacer lo que quieras.

Samuel abrió la boca para darle una buena reprimenda, pero qué se creía... Fue entonces cuando notó algo distinto en él. Jake se metía en problemas con la frecuencia con la que la aguja del segundero cambia a cada instante y siempre a la hora de asumir la responsabilidad él se tornaba insolente, cansino, descarado e incluso intentaba hacerse el divertido; como si el enfrentar sus metidas de patas fuera la cosa más absurda... Siempre había sido así, menos en este momento.

Realmente parecía un alma en pena y la cara le rebosaba de... ¿pesar?, ¿dolor? Samuel no tenía la menor idea, pero como fuese lo dejó a su aire y se reservó todas las cosas desagradables que deseaba gritarle, las ganas infinitas de golpearlo hasta quitarle la idiotez de encima... ¡Por Dios era un puto problema andante!

Jake había asumido toda su culpa, no es como si hubiera podido negarse, y había tenido que relatar su estúpida idea de hacerse pasar por Samuel para pasar unas vacaciones divertidas y ponerle un poco de acción a su vida (Samuel había aullado que si de algo se excedía

su vida era de acción). Pero en ningún momento mencionó a Julia. Ni siquiera cuando su madre preguntó por «la mujer con la que los de la tele aseguran que te acostaste» y mucho menos cuando ella le dijo que lo notaba diferente, que a qué se debía el cambio.

Lo que más sorprendió a todos fue cuando dijo que esta vez iba a hacerse responsable por su vida de una maldita vez y que se iba a entregar a la policía por robo y suplantación de identidad. Para ese entonces Samuel estaba menos furioso y descartó la idea al instante, pero Jake se empeñó, alegando que era lo justo y lo correcto, que ese sería su primer paso para madurar. Samuel tuvo que aceptar, aunque sólo por lo del robo ni siquiera quiso escuchar nada respecto a la suplantación.

Y fue entonces como Jake pasó seis meses en una cárcel de Washington. El primer día en que su madre y su padre lo visitaron coincidió con el día en que Venus volvía a cerrar sus puertas. Fue el peor día de su vida.

Durante el tiempo que estuvo en la cárcel descubrió que tenía un talento. Era bueno trabajando con madera. Su profesor se había quedado impresionado con la técnica de Jake, asegurando que le parecía imposible que sin haber hecho algo parecido antes pudiera crear figuras de madera tan reales e impresionantes. Jake también estaba sorprendido. Mucho más se sorprendió cuando se enteró que sus piezas eran las que más se vendían fuera de la cárcel.

Lo que nunca nadie llegó a saber fue el porqué de que todo lo que tallaba o esculpía siempre era lo mismo, una mujer.

Julia sonrió cuando vio a su tía Loren pasarle los brazos a Norman por la cintura y plantarle un besazo en los labios. Desde que esos dos se habían conocido habían surgido chispas. A ella le encantaba y también le daba envidia. Cuando veía sus miradas cruzarse con aquella luz que ella había creído ver en aquel mentiroso...

Ahora trabajaba para Norman, porque no había aceptado vivir a sus expensas cuando él le ofreció su casa como suya. Era algo así como su asistente personal y estaba segura de que después de la medicina y sus derivados ese era el trabajo más horrible del mundo. Por ello se había inscrito en la universidad y ahora estudiaba Economía, le había costado lo suyo encontrar una carrera ideal para ella, pero Hendell se encargó de que abriera los ojos.

Su vida había cambiado mucho en esos siete meses. Le parecía mentira haber sido la Julia de hacía un año atrás.

Primero había creído que sería sumamente difícil, pero al parecer no lo fue más de lo que creyó. Lo único que había sido difícil era olvidar aquel mes en Venus, eso aún lo sentía en la piel... pero siempre que se descubría pensando en ello espantaba los recuerdos y fingía que no había sucedido.

Sophie la había echado de su vida. Al principio cuando supo que ella efectivamente se había ido con Hendell había intentado aprovecharse de ello y Julia creyó que se podría arreglar su situación, pero entonces

ella le dijo que sólo era la asistente y su madre volvió a demostrar del material del que estaba hecho.

Julia no sabía demasiado de ella, la última vez que la había llamado le había asegurado que ya no la necesitaba para nada y que estaba muy bien... Julia no tenía la menor idea de qué podía significar «muy bien».

Su tía Loren había sido la más feliz con el cambio de su sobrina.

Ahora quienes estaban a punto de casarse eran Loren y Norman. Julia era quien se estaba encargando de todos los preparativos. Orgullosa de haber sido ella quien los juntara.

Pero esos no habían sido los únicos cambios en Julia. Como ahora vivía en Houston, Texas, se había habituado escandalosamente a la deliciosa comida del estado y lo cierto era que un poquito de curvas por aquí y otro por allá se le habían instalado y estaba sencillamente hermosa. El gimnasio era una mierda, ahora sí que tenía un buen culo... y los hombres a su alrededor le veían de una forma que a veces la hacía ruborizarse.

También se había dejado crecer el cabello, su piel lucía más bronceada y su acento yanqui poco a poco se hacía menos marcado. A veces se permitía ponerse unas botas camperas y un sombrero de cuero, se montaba a un caballo y salía a toda velocidad entre nubes de polvo.

Pero a pesar de que en general su vida iba perfecta había algo en su interior que le seguía presionando. Y ese algo tenía nombre y apellido. Un apellido en el que odiaba pensar, por cierto.

Desde aquella noche en el hotel no había sabido nada de Jake más que poco después él se fue... Para siempre. Habían sido muchas las

noches en las que se había arrepentido de todo lo que había dicho. Cuando no podía dormir se preguntaba si Jake estaría pensando en ella y recordándola como una perra, una cazafortunas, una basura. Pero entonces recordaba que la única basura era él. Habían pasado tres semanas juntos, ella le había contado todo sobre ella a un hombre que ni siquiera le había dicho su nombre real. Se había enamorado de alguien que no existía.

Entonces ¿por qué no lo olvidaba de una vez por todas?

Porque esa noche él me quiso decir algo y yo no lo dejé.

«Calla, no lo hagas más difícil» había dicho ella y entonces él había contestado «No puedo, tengo que decírtelo». Dios, le había dedicado horas a ese recuerdo, ¿acaso él pensaba confesarse?, ¿por qué no lo había dejado?

Julia cerró los ojos y apartó todo eso de su mente. Fuere como fuere para ese entonces ya era tarde, aun cuando él le hubiera dicho la verdad, habría sido demasiado tarde... Habría dolido igual, no lo habría perdonado, ¿cierto?

—Jul, cielo, ¿qué se te perdió en esa ventana? —preguntó su tía, sacándola de sus ensoñaciones.

—Oh, discúlpenme, por favor. Sólo pensaba.

Loren y Norman se lanzaron esa mirada suya.

—Señorita Julia —chilló la ama de llaves, agitada, corriendo hacia donde Julia—. Hay un hombre allí fuera llamándola... La madre del señor Jesucristo, viene en un camión de mudanza y lo tiene aparcado al frente. Dice que no se piensa ir hasta que usted no salga.

—Julia, ¿sabes de quién puede tratarse? —preguntó Norman.

—¿En un camión de mudanza? —dijo a su vez Loren.

—Sí, señora. Tiene matricula de Washington.

A Julia el pulso se le detuvo de inmediato. Ay, Dios. Esto tiene que ser un sueño... No, no, una pesadilla.

Ahí estaba. Después de tantos meses. Había conducido un jodido camión de mudanza por todo el país sólo con una razón. ¡Encontrarla!

No era ningún idiota, sabía que sería mucho más difícil que eso, pero la cosa era demostrar cuánto la amaba y que ni un solo minuto durante todo ese tiempo había dejado de hacerlo. Lo único que le había pedido a Dios durante esos días en carretera fue que ella sintiera lo mismo por él.

Joder, si sus sentimientos habían cambiado seguramente se moriría en el mismo instante en el que lo supiera.

Miró el camión aparcado frente a la puerta principal de la casa y se dio una palmadita mental, lo había dejado en el lugar adecuado. Uno, o para hacer lo que tenía planeado hacer con él; dos, o para lanzar a Julia a la parte trasera, secuestrarla y esperar que ella sufriera el Síndrome de Estocolmo o algo que lo ayudara... Pero el plan B era demasiado extremo, la verdad.

Cuando la puerta se abrió su cuerpo se encogió por instinto, tuvo que obligarse a erguirse todo lo posible. Pero la mujer maravillosa de ojos oro que esperaba ver ni siquiera asomó.

Frente a él estaba Norman Hendell y no tenía cara de tío amable.

—¿Qué haces aquí? No quiero sonar mal educado, pero no eres bienvenido en mi casa.

—Señor Hendell, necesito hablar con Julia y sé que ella está aquí.

—También has de saber que ella no tiene ningún interés en hablar contigo.

—Sí... Me lo imagino, pero es realmente importante.

—Lárgate de mi propiedad.

—No me pienso ir.

—Muchachito, no me hagas llamar a seguridad.

—Creo que usted es un hombre razonable y como tal ha de comprender que esto no le incumbe. ¡Quiero hablar con Julia y no me pienso ir de aquí sin hacerlo!

El hombre sacó su teléfono móvil pero antes de que hablara, Jake gritó a una de las ventanas:

—Jul, sé que estás ahí... en la ventana, acabo de verte.

Era más un farol que una verdad, sí había visto una sombra, pero no tenía ni idea de quién podía ser. Aunque quizá sí fuera ella porque apenas lo dijo la sombra desapareció y dejó la cortina balanceándose.

—Jul, tenemos que hablar. Por el amor de Dios —continuó él—. Sólo serán cinco minutos y entonces yo haré lo que tú quieras. Lo juro, si quieres que me marche del puto país te juro que lo haré. —Y una mierda que me voy a ir... no sin ti.

Norman llamó a los de seguridad, sin apartar los ojos de Jake.

—Jul, ¡maldita sea, sal, no pensarás que puedo gritar durante todo el día a una jodida ventana! —Empezaba a preocuparse y a enojarse un poco.

—Tú...

—Jake Evans.

—Sí, eso, ¿no crees que estás haciendo el ridículo? Julia tiene una nueva vida, ¿de verdad crees que ella sigue pensando en ti?

A Jake se le contrajeron hasta las pestañas. ¿Nueva vida? Joder, esperaba por el bien de quien fuera que Julia no se hubiera enamorado de nadie más. Mierda, mierda, mierda puta. Habían pasado poco más de seis meses... cualquier cosa habría pasado. No, no, relájate, tío. Ella te ama a ti, como tú a ella. Punto.

—¡Julia Lambert...!

En ese momento dos hombretones enormes, con cara de mala leche y vestidos de negro, aparecieron de pronto.

Maldito vejete de los mil demonios, ojalá lo hubiera dejado ahogarse con la almendra.

Eso era exactamente lo que pensaba decirle al maldito de Hendell, pero entonces la puerta se abrió por segunda vez y en esta ocasión la cara que vio le gustó mucho más.

La madre que la parió, está preciosa. Jul, mi Jul.

Julia no había soportado un minuto más dentro. Maldita fuera pero cuando vio que los guardas se lo iban a llevar como a un criminal salió corriendo tras él como una tonta de tomo y lomo. ¿Es que no aprendía?

—Jake, creo que lo mejor es que hagas lo que Norman te ha pedido.

—Decir su nombre en voz alta le sonó demasiado extraño.

—Jul —susurró, acercándose a ella—. Lo sé todo. Mierda, sé que no tengo perdón, pero, por favor escúchame. Todo este tiempo creí que lo que me dijiste la última noche había sido cierto. —Una mujer pelirroja salió tras Julia, Samuel supo que era su tía, por cierto que lo

asesinó con la mirada—. Creí que realmente no me querías. Hasta que hace unos días supe lo que pasó el último día en Venus y luego hablé con Sa... ejem, con mi hermano y me dijo que aquella noche una mujer había contestado mi móvil... Fue ahí cuando lo comprendí. Desde entonces he estado buscándote, he viajado por todo el país en tu busca y por favor sólo pido que me escuches.

A Julia las manos le sudaban. El corazón le corría desbocado. La garganta se le cerraba. Estaba ahí frente a ella... Tan guapo como lo recordaba. ¿Por qué simplemente no podía tener el aspecto de un gusano? ¿Por qué se parecía tanto a aquel «Samuel» de Venus, que NO existió nunca?

—Jake... No hay nada de lo que tengamos que hablar...

—Ya la escuchaste así que lárgate antes de que te saquen a patadas —dijo la pelirroja en tono agresivo.

—Señor Evans, compréndalo y váyase por su propia voluntad —terció Norman.

—Jul, cinco minutos —suplicó.

—Jake —le contestó ella—, dijiste que harías lo que te pidiera. Te estoy pidiendo que te vayas.

—Sí pero sólo dije que lo haría cuando me escucharas y eso no lo has hecho aún.

Ella puso los ojos en blanco. Norman y Loren se miraban, confundidos, sin saber qué hacer. ¿Debían irse?

—De acuerdo, ni un minuto más. —Miró su reloj para dar la sensación de que hablaba muy en serio y no era una mujer que se anduviese con tonterías.

—Bien... Vaya... Puede que necesite más de cinco minutos, Jul...

—Cuatro minutos y medio...

—He estado seis meses en la cárcel. —Julia abrió los ojos de par en par—. Ya sabes por lo que hice en Venus... Pues bien, hace pocos días quedé en libertad y me di cuenta de que el último día cuando todos en Venus se comprometen y otros hasta se casan —explicó— ninguno de ustedes dos lo hizo. Cuando lo supe no entendí nada... Me habías dicho que estabas esperando a que se muriera y todas aquellas cosas desagradables, entonces eso de que desaprovecharas echar el último anzuelo... ¿en qué parte calzaba? Me inquietó mucho esa información y no pude soportarlo. Tomé un maldito avión hasta Nueva York, te busqué en tu casa, pero me dijeron que ni tú ni tu madre vivían allí desde hace tiempos. Me desesperé imaginando que jamás te volvería a ver o que te habías ido del país, no lo sé, me enloquecí. No pude buscarte donde tu tía porque el piso se mantuvo vacío durante tres días.

»Finalmente acudí a Samuel. Él me ayudó a encontrar a tu madre. —Julia no podía quitarle la mirada de encima, se veía tan nervioso—. Nuevamente tuve que tomar un avión, esta vez para Las Vegas.

—¿Las Vegas? —preguntaron los tres al unísono. Los dos guardas de seguridad que no entendían nada de lo que pasaba se miraron sin saber si irse o tirarse todo el novelón.

—Tu madre vive allí. ¿No lo sabías? —Julia negó—. Vaya, entonces tampoco debes de saber que es una cabaretera o algo así... —Jake vio la cara de su chica y se maldijo por ser tan bocazas, inmediatamente siguió—: En fin, que me fui hasta allá y me dijo que estabas aquí, me costó bastante sacarle la información. —Le había

tenido que pagar un montón de dinero, que por supuesto él no tenía, pero Samuel accedió a prestárselo ahora que era un hombre maduro y confiable—. Quise morir de felicidad cuando por fin supe dónde encontrarte, tomé otro avión y vine a Houston... pero entonces supe que no me perdonarías. —Julia abrió la boca e inmediatamente la cerró, antes de decir alguna estupidez—. No si no te mostraba algo... algo importante. Así que tuve que tomar otro avión de mierda a Washington, alquilar este camión y conducir como un loco toda esta distancia.

—¿Qué quiere decir lo del camión? —quiso saber Loren, su sobrina se encogió de hombros porque tampoco encontraba lógica a esa situación.

—Ya voy a llegar a ese punto. Pero primero tengo que decirte que estoy aquí porque fui un completo hijo de puta y todo lo que quieras. Supongo que no me creerás si te digo que en varias ocasiones intenté decirte la verdad, pero al final nunca tuve los cojones. Siempre pasaba algo y yo me aventajaba de ello para seguir guardando mi secreto. Lo acepto, al principio fuiste sólo parte de mi juego, pero luego te metiste hasta el fondo de mi pecho y desde ese momento no has salido. ¡Ni por un segundo! Te seguí amando con cada parte de mí aun cuando creí que tú no sentías nada por mí... Todos estos seis meses te he pensado hasta el cansancio hasta la locura.

»Y todas estas horas en las que he estado al volante de este camión he pensado que la única razón por la que estoy aquí es porque te amo más que a nada en mi vida, porque necesitaba verte, porque deseaba aceptar ante ti mi error, necesitaba pedirte perdón por el daño que te hice, el que nos hice... Pero sobre todo porque necesito decirte a los ojos que extraño cada momento que pasé contigo, extraño el Jake que

fui cuando estuviste a mi lado. Mentí sobre mi identidad, pero te aseguro que el hombre que conociste, me refiero al que no se comportó como un imbécil, ese es exactamente el que soy.

»Durante mi tiempo en la cárcel estuve en terapia y, esta no es una justificación, pero junto con mi terapeuta llegamos a la conclusión de que tengo una personalidad con tendencia borderline, no tengo el trastorno de personalidad, pero sí algunos de sus rasgos. Como te dije, no es una justificación, pero tal vez eso explique muchas cosas sobre mi inestabilidad, mis impulsos, la incapacidad de establecer relaciones normales...

»En fin, a mi favor diré que no soy un mentiroso patológico. Así que puedes creer todo lo que te he dicho. Y si no pregúntaselo a mi terapeuta... —Jake ya no sabía ni cómo continuar—. Esto es lo que quería que escucharas. Por cierto, que si aún no queda claro que te amo, pues que lo sepas: ¡Te amo!

A Julia hacía mucho que se le habían saltado las lágrimas, incluso a Loren. Pero no estaba segura de si el siguiente paso era arrojarse sobre él y no soltarlo jamás o llamarlo por todos los improperios que había aprendido durante los últimos meses. Puede que necesitara soltar eso y liberarse de la rabia... o puede que sólo necesitara sentir sus brazos alrededor de su cintura.

—¿Y lo del camión?

—Eso es sólo por si no me crees nada de lo que he dicho hasta ahora.

Julia se descubrió sorbiendo los mocos y alzando las cejas hasta el cielo, muy digna ella. Le creía todo, maldito fuera, maldita fuera, lo único que sabía era que le creía.

—Pues no te creo un carajo, Evans. Así que espero que lo que sea que signifique ese camión te ayude... Creo que hace rato que pasaron los jodidos cinco minutos.

Jake tragó con dificultad. ¡No lo iba a perdonar! Iba a morir ahí mismo con el corazón hecho mierda...

—El camión... Ven asómate. —Julia se movió hasta quedar lo suficientemente cerca. Norman y Loren hicieron lo mismo, aunque nadie los había invitado al espectáculo. Los guardas de seguridad tuvieron que contenerse para no hacer lo mismo. Jake procedió a abrir las puertas—. Esto... Joder. Esto es lo que eres para mí.

Jake abrió las puertas de par en par. Estaba muy oscuro para ver gran cosa, pero cuando los ojos se adaptaron y cuando Julia se acercó mucho más consiguió distinguirlo.

—Oh, Dios mío... Jake —suspiró ella y entonces el asunto de las lágrimas sí que se complicó, el grifo se abrió y ya no se cerraba.

En la parte de atrás del camión había un montón de esculturas de madera. Más de veinte, de distintos tamaños. Todas y cada una de ellas eran Julia. En algunas sonreía, en otras su cabello se veía agitado y su mirada veía a lo lejos, en otras estaba desnuda... Había de todo.

—¿Tú hiciste esto?

—Lo aprendí en la cárcel, hice muchas más, pero se vendieron. Estas son las que más me gustaban. Bueno, todas me gustaban, joder. Porque todas eran tú y realmente fue difícil deshacerme de ellas, pero no sabía qué más hacer. Sólo podía pensar en ti.

—¿Este es Jake?

—Este es —afirmó él, esperanzado al verla tan frágil, con esa sonrisa temblorosa que se moría por besar.

—Te creí desde el segundo minuto, Jake.

Jake sonrió, mantuvo sus manos en los bolsillos. No quería lanzarse sobre ella, bueno, sí quería, pero no era demasiado prudente.

—Mucho gusto, soy Julia Lambert —dijo ella, tendiéndole una mano.

—Mucho gusto, yo soy Jake Evans, el amor de tu vida.

Le tomó la mano la estrechó a la velocidad de la luz y luego le plantó el beso más increíble en los labios. La atrajo hacia sí y se prometió que jamás dejaría a esa mujer ni aunque la tierra se partiera en dos y estuvieran desde una orilla distinta.